

Un matrimonio imposible



Tamara Marín

Un matrimonio imposible****

Tamara Marín

Un matrimonio imposible

Marzo 2025

© de la obra Tamara Marín

tamaramarin0403@gmail.com

Instagram: [@tamaramarin04](https://www.instagram.com/tamaramarin04)

Twitter: [@tamaramarin04](https://twitter.com/tamaramarin04)

Facebook: [Tamara Marín](https://www.facebook.com/TamaraMarin)

Edita: Rubric

www.rubric.es

C/ María Díaz de Haro, 13 1ª

48920 Portugalete

944 06 37 46

ISBN: 978-84-129973-2-3

Corrección: Rubric.

Ilustración y diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:

Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

*A mi hermano,
por ser el puerto en el que sentirme segura
y mi luz cuando estoy perdida.*

.

ÍNDICE

Prólogo

1. ¿Estás de broma?
2. ¿Entiende lo que estoy diciendo?
3. Noche de bodas
4. ¿Le serás fiel durante todo un año?
5. Soy la madre de Romeo
6. Para estar casados conozco muy poco de ti
7. De compras con Gia
8. ¡¿Mi padre?!
9. Menudo idiota
10. Eres una caja de sorpresas y ninguna es buena
11. Eso es algo que no te importa
12. Es una historia bastante larga
13. El amor de mi vida
14. ¡Joder, otra vez!
15. Era encantador, sí, señor
16. Estaba jodido
17. ¿Quién era la mujer del bar?
18. Nada más ni nada menos
19. ¡¿Que ha hecho qué?!
20. En casa de Pietro
21. ¿Y dónde estáis?
22. Sin aliento
23. La mancha de chocolate
24. ¿Algo que celebrar?
25. ¿Aún sigues enamorada de él?
26. Preferiría que no tuvieras nada con ella
27. Aquello no sucedió
28. Que no se te olvide pedir un deseo
29. No tan deprisa, Julieta
30. Me dormí, me desperté, te besé. Fin.
31. Estrellándome en tres, dos, uno...
32. Ahora te estoy preguntando a ti
33. Lo tengo todo bajo control
34. Mi puerto seguro
35. Esa sensación de soledad
36. ¿Has estado espiándome, Romeo?
37. ¿Lo dejamos ahí?
38. ¿Una pareja abierta?
39. Tienes que ayudarme

[40. Una inmensa metedura de pata](#)
[41. Las cartas](#)
[42. A solas con Leandro](#)
[43. Solo hoy. Por favor](#)
[44. Volver](#)
[45. Como si Julieta jamás hubiera estado allí](#)
[46. Sentirme en paz](#)
[47. El regreso a Roma](#)
[48. La herencia](#)
[49. ¿Te apetece tomar un café?](#)
[50. Este matrimonio ha tenido sus cosas buenas](#)
[51. Romeo Montesco y Julieta Capuleto](#)
[Epílogo](#)
[Nota de la autora](#)
[Agradecimientos](#)
[Música](#)
[Otras obras de Tamara Marín](#)

Prólogo

Julieta

Nunca pensé que tantas personas apreciaran a alguien como mi padre. Pero, por la cantidad de gente que había asistido a su entierro, parecía que me equivocaba. Eso, o que el motivo por el que se hallaban allí fuera para cerciorarse de que realmente estuviera muerto, que también podría ser.

Como podéis comprobar, mi padre no era una persona a la que yo quisiera en exceso, más bien diría que no lo quería. Punto. Que, a ver, él tampoco había hecho ningún mérito para cambiar aquello y menos para ganarse mi cariño.

Lo único que hizo durante toda su vida fue engendrarme, pasarle a mi madre la manutención que le tocaba, visitarme un par de veces al año y mandarme un regalo y una postal por mi cumpleaños. El padre del año, vaya. Lo que sí podía agradecerle era que con la enorme suma de dinero que le pasaba a mi madre —una menudencia comparada con todo lo que tenía— había podido formarme en las mejores escuelas privadas y no me había faltado de nada, de nada excepto el amor de un padre, claro.

Por eso no fui capaz de soltar ni una sola lágrima cuando su féretro, tallado en una madera que valdría una millonada, se perdió en la profundidad de la tierra. Estaba tan absorta viendo cómo desaparecía de mi vista que no me percaté de que alguien se acercaba a mí para pedirme que pronunciara unas palabras. Me negué en redondo, pues no podía decir nada bueno de él ni aunque estuviera muerto. Menos mal que pensaron que había sido incapaz debido a la pena. Las gafas de sol que decidí ponerme aquel día habían resultado ser una maravillosa idea.

Al final, la encargada de hablar fue su esposa de turno, una rubia no mucho mayor que yo que lloraba con tanta teatralidad que nadie la creyó. En cuanto empezó a divagar —se había venido arriba al ser

el centro de atención— desconecté y eché un vistazo a mi alrededor intentando encontrar alguna cara conocida. No lo conseguí.

Me giré un poco para mirar detrás de mí, pues tenía la extraña sensación de que alguien me estaba observando. No me equivoqué. En un lado, entre la multitud, pude distinguir a un hombre que no me quitaba los ojos de encima, lo que empezaba a incomodarme. Su aspecto dejaba mucho que desear, pues su barba era demasiado larga para mi gusto e iba vestido con lo que parecía ropa de trabajo. Incluso llevaba puesto un sombrero; no un gorro o una gorra, no, un puñetero sombrero. ¿Quién diablos usa sombreros hoy en día?

Tenía una pinta algo sombría y a mí me recorrió un escalofrío. Así que aparté la vista de él y volví a concentrarme en la afligida viuda, que en aquellos momentos lloraba sin soltar ni una sola lágrima.

Por más que le había insistido a mi madre en que me acompañara, ella se negó rotundamente. La entendía, yo tampoco habría ido si no hubiera sido estrictamente necesario. Y es que, después del entierro, los abogados de Francesco quisieron hablar conmigo por la maldita herencia. No voy a negar que recibir el dinero de mi padre me iría genial por muchos motivos.

Aparte de que mi madre siempre intentó darme la mejor educación, parecía que una niña pequeña la molestaba para sus planes. Por eso, parte del dinero que le pasaba mi padre se iba en las escuelas privadas a las que ella me mandaba. Jamás escuchó mis súplicas, pues a mí me hubiera encantado estar junto a ella y no interna en aquellos colegios en los que lo pasé realmente mal, pues nunca terminé de encajar en ese ambiente y fui incapaz de integrarme.

Ella me repetía que lo hacía por mi bien, porque mi madre carecía de formación académica y quería que yo tuviera la mejor, pero me era imposible olvidar la cantidad de noches que me dormí llorando en las idénticas habitaciones de aquellas frías instituciones.

Por todo aquello, con el dinero que iba a heredar de mi padre tenía pensado comprar uno de esos internados. Durante los últimos meses me había informado de que uno de los colegios a los que asistí de niña estaba a punto de quebrar. Sin embargo, por más que recorrí un sinfín de bancos, ninguno estaba dispuesto a prestarme el

dinero que necesitaba para hacerme cargo de aquella escuela. Me repetían una y otra vez que se necesitaba más de un inversor para que fuera viable.

Mi intención era conseguir el dinero y convertir aquel frío y lúgubre edificio en un segundo hogar sin que nadie más interviniera en mis planes. Eso sin contar que no quería que a él solo acudieran personas ricas, sino que también lo hicieran las que no pudieran permitirse aquel tipo de educación. Sabía bien cómo funcionaba y conocía la manera en la que los niños que no tuvieran recursos económicos podrían matricularse en él con becas, algo que, como es de suponer, no acabó de entusiasmar a los bancos.

Yo había estudiado Dirección de Empresas y cursé un máster para ejercer como profesora, así que mi sueño era dirigir aquella escuela y, si podía dar alguna clase, mejor que mejor.

Con toda la pasta que tenía mi padre, podría permitirme aquello y me sobraría dinero para viajar y vivir holgadamente el resto de mi vida, y seguramente hasta mis bisnietos seguirían viviendo bien. Estuve a punto de sonreír ante semejante pensamiento, pero me contuve a tiempo al percatarme de que me encontraba en mitad de un funeral y no estaría bien que la hija del difunto riera en un momento como aquel.

Un par de horas después me hallaba sentada en el bufete de abogados más prestigioso de Roma con sus mejores socios frente a mí.

Gracias a mi educación y a la insistencia de mi padre, pues fue una de las pocas cosas en las que se interesó, yo hablaba italiano perfectamente. Y es que mi progenitor había nacido y vivido gran parte de su vida en Roma.

—¿Podemos empezar ya? —pregunté pausando las palabras e intentando que mi impaciencia no se notara demasiado.

—En realidad no, señorita De Luca. Debemos esperar a la otra parte interesada.

¿Perdón? ¿Qué otra parte interesada? ¿De qué estaban hablando? ¿Había otra parte? Que yo supiera la única heredera de la fortuna de mi padre era yo, pues él no tenía más descendencia.

¿Quizá se tratara de la afligida viuda? Saqué ese pensamiento de mi cabeza, mi padre llevaba apenas unos meses con ella y era sabido por todos que estaba a punto de pedirle el divorcio.

Solo me faltaba que dijeran que tenía un par de hijos secretos y que mi querido padre me había desheredado.

Justo cuando iba a preguntar, la puerta se abrió y por ella apareció el hombre que me observaba en el funeral; el barbudo.

¿Qué hacía él allí? ¿Quién era aquel individuo? ¿Él era la otra parte?

No tuve opción de averiguar nada porque después de un gruñido a modo de saludo los abogados se pusieron a hablar.

Estaba tan absorta contemplando el comportamiento escasamente civilizado de aquel hombre que cuando oí la palabra «matrimonio» me había perdido la mitad de la explicación que dieron los abogados.

—Por favor, ¿podría repetirlo? —pedí con nerviosismo.

El barbudo resopló y me miró como si estuviera observando a alguien imbécil a quien despreciaba profundamente.

—Sí, por supuesto. Lo que le decía, señorita De Luca —a favor del abogado diré que parecía abochornado— es que en el testamento de su padre hay una cláusula que indica que para recibir la herencia deberá casarse con el señor Conte. Si logra permanecer casada un año, la herencia será suya; por el contrario, si se separa antes de ese tiempo, el dinero pasará a ser de él.

No debía estar oyendo bien, ¿había dicho «matrimonio»? Eso era lo último que yo quería en este mundo. No podía ser cierto.

Me levanté como un resorte de la silla, haciendo que los demás abogados también lo hicieran. Muy educados todos, sí, señor.

—Pero ¡¿quién demonios es el señor Conte?! —grité.

—Yo —dijo con aplomo el hombre barbudo.

Aquello solo podía ser una pesadilla. Un sudor frío recorrió mi espalda, empecé a ver borroso y supe lo que vendría a continuación, porque cuando me ponía muy nerviosa mi tensión bajaba y terminaba desmayándome.

Por más que intenté que no pasara, no pude evitarlo.

Lo último que vi antes de caer inconsciente fue la media sonrisa de aquel horrible hombre.

1. ¿Estás de broma?

Julieta

Con los ojos aún cerrados conservé la esperanza de que al abrirlos todo se tratase de un mal sueño. Pero, claro está, no tuve tanta suerte.

Lo primero que vi fue a un puñado de personas sobre mí, me agobié solo al primer parpadeo. Pero una voz profunda y calmada puso orden a aquel revuelo.

—Caballeros, aparten para que la señorita De Luca pueda respirar —dijo el barbudo, y como si de su jefe se tratara todos acataron aquella orden.

No me había hecho daño, pues cuando sufría esos episodios mi cuerpo me avisaba un poco antes y tenía el tiempo justo de agacharme o sentarme para no caer a plomo. De todas maneras, al mirar mi atuendo me percaté de que mi vestido se había subido hasta más de la mitad de mis muslos. Me lo coloqué bien y pestañeeé intentando tranquilizarme.

—Ya comentó Francesco que su hija tenía cierta inclinación al drama, pero no imaginé que lo fuera tanto —dijo sin mirarme.

¿Perdón? ¿Qué yo era dramática? La verdad, un poco sí lo era, pero no iba a consentir que un desconocido dijera esas cosas sobre mí. ¿Y qué se había creído mi padre para ir contando aquel tipo de intimidades por ahí?

—Señor Conte... —empecé a decir, si bien no pude terminar porque me interrumpió.

—Si vamos a casarnos, será mejor que nos tuteemos. Llámame Romeo.

—¿Estás de broma? —Es que no salía de mi asombro. Aquello era un no parar.

—¿Por lo de tutearnos? ¿Por mi nombre? ¿Por lo de casarnos? —comentó haciendo una mueca en la última pregunta, como si el

simple hecho de nombrarlo ya lo desagradara.

—¡¡Por todo!! —grité, ya sin poder contenerme—. ¿A quién cojones se le ocurre obligarme a que me case con un desconocido durante todo un año, que encima se llama Romeo? Joder, ¿qué tipo de broma es esta? Hasta donde yo sé, mi padre carecía por completo de sentido del humor.

—Veo que acudir a colegios caros no ha hecho que seas correcta en tu manera de hablar.

Lejos de tranquilizarme, aquello terminó por sacarme de mis casillas.

—Mira, leñador de tres al cuarto, no podría casarme contigo porque no sería capaz de tocarte ni con un palo —alegué mientras lo señalaba con el dedo índice.

—No te preocupes, *drama queen*, pienso exactamente lo mismo y me alegro mucho de que lo hayamos dejado claro, así tú podrás volver a España y yo cobrar la herencia de tu padre.

¡Mierda! Me tenía bien pillada, sí.

Me levanté del suelo porque tumbada en él me sentía muy vulnerable.

—No es que haya mucha diferencia —murmuró el barbudo haciendo una clara alusión a lo bajita que era.

¡Qué chico tan gracioso, por favor! Con él era un no parar de reír. Lo miré con todo el desprecio que pude y, sí, tuve que alzar la mirada.

—¿Debo dar una respuesta ya, o puedo pensarlo durante algunos días? —pregunté dirigiéndome exclusivamente a los abogados.

—Aquí pone que la fecha límite es el día treinta. —calculé mentalmente y abrí los ojos como platos

—Pero ¡eso es mañana!

—Sí, señorita De Luca —respondió el abogado sin mirarme a la cara.

—De acuerdo, nos vemos mañana aquí mismo.

Antes de que nadie pudiera decir nada más recogí mi bolso y salí de allí lo más rápido que pude.

De regreso al hotel donde me había instalado el día anterior, no podía dejar de pensar en lo mucho que odiaba a mi padre. ¿Cómo

había podido hacerme algo así? ¿Por qué quería obligarme a que me casara con un hombre tan desagradable como aquel? Y nada más y nada menos que un año entero. Solo de pensarlo una mezcla de desagrado, rechazo y miedo recorrió mi cuerpo. No porque tuviera miedo de él, sino porque no me gustaban los cambios y menos uno tan importante como aquel.

Lo primero que hice al llegar al hotel fue comer algo en la cafetería, llevaba varias horas sin ingerir nada y después de haberme desmayado me vendría bien para recuperar fuerzas. Cuando terminé, subí a mi habitación, me di una ducha y me puse el pijama. Salí un momento al balcón para contemplar el paisaje. Roma era impresionante y siempre conseguía dejarme sin aliento. Apenas habían pasado unos minutos cuando fui consciente de lo cansada que estaba, así que decidí meterme en la cama.

Aún no eran ni las siete de la tarde y me hubiera apetecido dar una vuelta por la ciudad; por mucho que le dijera a mi padre que aborrecía Italia, era una mentira como un templo. Roma era posiblemente mi ciudad favorita, pero no podía reconocerlo delante de él, pues entonces tendríamos una cosa en común.

Con todo, no era capaz de hacer turismo porque cuando sufría aquellos desmayos me quedaba floja. No me afectaban en exceso, pero sí tenía una sensación extraña, como de cansancio. Casi había conseguido dormirme cuando un sonido estridente hizo que me sobresaltara. Había recibido un correo electrónico. Dudé entre mirarlo o dejarlo para el día siguiente, pero pensé que quizá se trataba de algo importante.

No me equivoqué, era del bufete y me decía que no habían podido comunicarme que, en caso de aceptar ser la esposa del señor Conte, debería mudarme a un pueblo llamado San Gimignano —ni puñetera idea de dónde leches se encontraba, pero me sonaba a un lugar perdido de la mano de Dios—, pues la residencia de dicho señor se encontraba allí.

Es decir, que por si no fuera suficiente el tener que casarme con él para conseguir MI herencia, también debía dejarlo todo para irme a vivir a SU maldito pueblo.

Genial, todo aquello era maravilloso.

2. ¿Entiende lo que estoy diciendo?

Julieta

A la mañana siguiente me levanté viéndolo todo mucho más claro. Había dormido casi diez horas y tenía la mente completamente despejada.

Como era demasiado temprano para llamar a nadie ni para presentarme en el bufete, decidí volver a ducharme. Cuando salí, me vestí, pedí que me llevaran el desayuno a la habitación y me lo comí tranquilamente. Hacía muchísimo que no me tomaba tanto tiempo para mí y me sentó de maravilla. Una vez que terminé, me dirigí al bufete de abogados. Estaba convencida de que se podría hacer algo para modificar aquellas cláusulas. Seguramente el señor Conte aceptaría una suma sustancial de dinero si a cambio no teníamos que convivir durante un año. O tal vez había algo, lo que fuera, que podría hacer que lograra cobrar la herencia sin tener que pasar por el altar. ¡Por el amor de Dios! Si es que aquello debía de ser hasta ilegal. ¿iEn qué siglo se pensaba mi padre que vivíamos!? ¿En la Edad Media?

Sí, seguro que encontraríamos alguna solución.

Pues no había nada que hacer. Por lo visto el documento de mi señor padre era legal y a mí no me quedaba de otra —si quería recibir un euro de la herencia—que casarme con el señor Conte.

Antes de comentar nada con los abogados y darles una respuesta, pensé que lo mejor sería hacerlo con él. Así que lo llevé a un rincón apartado para que pudiéramos hablar tranquilos.

—Señor Conte, esto es una locura. Usted y yo no nos conocemos de nada y no creo que convivir durante un año sea una buena idea. —El tío ni siquiera hacía un gesto para confirmar que me entendía. ¿Y si no era mentalmente estable? ¿Y si no era demasiado espabilado?—. ¿Entiende lo que le estoy diciendo, señor Conte? —pregunté despacio, como si hablara con un niño pequeño.

—Perfectamente, pero debo recordarle que, si no aguanta un año casada conmigo, la herencia será para mí. El tiempo juega a mi favor y qué quiere que le diga, no pienso ponerle las cosas fáciles. —No, estaba claro que tonto no era.

—¿Y si repartimos la herencia? —dije a la desesperada.

—¿Para qué voy a repartir algo que con toda seguridad será mío antes de que pase un año? —Me quedé tan perpleja con aquella deducción que no fui capaz de replicarle nada—. ¿Entiende lo que le estoy diciendo, señorita De Luca?

Sin añadir nada más dio media vuelta y se marchó para entrar en la sala donde nos esperaban los abogados.

A la que se le quedó cara de tonta después de aquello fue a mí. A ver cómo salía de allí sin pasar por el altar. Se me empezaban a terminar las ideas.

Dos horas después, tras haber quemado todas las opciones posibles me di cuenta de que, si quería cobrar la herencia, debería casarme con el señor Conte. Aunque, claro, aquello no era lo peor —imaginad—, lo peor era lo de convivir con él durante un año. ¿En qué demonios estaría pensando mi padre para hacerme algo así? ¿Cómo iba a pasarme un año entero viviendo con alguien a quien no conocía y que no me caía ni bien?

También cabía la posibilidad de renunciar a la herencia y cedérsela a él, pero es que no me daba la gana. No estábamos hablando de mil euros, estábamos hablando de que el que la consiguiera se haría rico, muy rico. Y yo quería cumplir mi sueño, cosa imposible si no cobrara aquel dinero.

No lo pensé más, debía tomármelo como algo que tenía que hacer y ya está. Un año no era tanto tiempo, seguro que pasaría volando; cuando quisiera darme cuenta estaría dirigiendo mi precioso colegio...

—Si las dos partes están de acuerdo, deberán casarse en un plazo de cuarenta y ocho horas —zanjó uno de los abogados.

—De acuerdo —gruñó el barbudo.

—Yo creo que deberíamos ir ya —dije, poniéndome en pie.

—¿Ir a dónde? —preguntó él con retintín.

—A casarnos.

Sabía que estaba contradiciéndome, pues hasta ese momento era completamente reacia a aceptar el matrimonio con aquel tipo, pero es que, si tenía que hacerlo, mejor que empezáramos a descontar días cuanto antes.

—Vaya, vaya, Julieta De Luca, de pronto te han entrado unas enormes ganas de desposarte conmigo —comentó con sorna.

Supongo que por la manera en la que pronunció aquella frase caí en la cuenta de algo importante.

—Creo que tú y yo deberíamos firmar un acuerdo o algo así, ¿no? —propuse entrecerrando los ojos.

—¿Un acuerdo? —preguntó confuso.

Odiaba que hiciera aquello, que se comportara como si no se enterara de nada, cuando yo sabía que no era así.

—Sí, Romeo Conte, un acuerdo entre tú y yo para definir los términos de nuestro matrimonio —expliqué, una vez más, como si hablara para un crío.

—Ah, que también necesitas aclarar eso. —La burla en su voz me puso de los nervios.

—Sí, por supuesto. No te preocupes, será algo sencillito para que lo entiendas bien —ironicé.

—No, si la que parece no entenderlo eres tú. No pienso firmar ni un solo papel más. Tu padre ha dejado unas condiciones y yo las acataré, pero no me doblegaré ante lo que tú quieras o dejes de querer, que, todo sea dicho, me importa una mierda.

¡Uy, lo que me había dicho! Suspiré profundamente intentando serenarme para responderle sin gritar.

—Pero si yo lo único que quiero es que la convivencia sea lo más llevadera posible... —Tuve que masticar cada una de las palabras y contenerme para no terminar la frase con un insulto.

—Lo sé.

Esperé a que continuara hablando, pero no añadió nada más, por lo que me vi obligada a preguntarle:

—Entonces, ¿por qué no quieres firmar?

—Por si no lo recuerdas, yo deseo todo lo contrario, de manera que me importa poco que la convivencia sea cómoda; lo que me

interesa es que desaparezcas de mi vida antes de que termine el primer año.

Se iba a marchar, estaba levantándose de la silla para irse y dejarme allí como si yo fuera imbécil. No pude contenerme durante más tiempo.

—No pienso acostarme contigo —casi grité, y los abogados estuvieron a punto de meterse debajo de la mesa, aunque estaba convencida de que habían lidiado con cosas mucho peores.

—No te preocupes por eso, no pienso tocarte un solo pelo. — Pensé que ya había terminado de hablar, pero no fue así—. A menos que tú me lo pidas, por supuesto.

La sonora carcajada que aquel comentario me produjo sirvió como respuesta.

3. Noche de bodas

Julieta

Ni en mis peores pesadillas hubiera imaginado que el día de mi boda sería así. Que, a ver, una vez que llegué a la edad adulta no deseaba casarme, de ninguna de las maneras, pero, cuando era niña y pensaba en ese momento, desde luego no se parecía en nada a lo que estaba viviendo.

Para empezar, llevaba puesta una ropa cualquiera. Lo que me pondría para un día normal de trabajo. Sin embargo, lo peor era que la persona que me esperaba en la puerta del juzgado me causaba más repulsión que agrado; ya ni siquiera hablaba de cariño o amor, es que era rechazo puro y duro.

Y es que, encima, el puñetero señor Conte no se había ni afeitado. Y llevaba puestos unos tejanos y el maldito sombrero. ¿Quién en su sano juicio se casaba con sombrero?

Entramos en una sala tan anodina que no parecía que allí fuera a casarse nadie. No se me había pasado por la cabeza decorarla con algunas flores, total, ¿para qué, si aquello era una pantomima?

Nos acompañaban dos de los abogados del bufete, imagino que para cerciorarse de que realmente nos casábamos y que no nos sacábamos los ojos en el proceso.

De pronto me vi delante de un señor con traje, respondiendo a las preguntas que me hacía de manera mecánica, y antes de ser consciente de lo que había pasado estaba casada con el señor Conte.

En cuanto todo terminó, salí de allí lo más rápido que pude, pues me estaba empezando a marear y no me apetecía volver a quedarme inconsciente. No quería que nadie se diera cuenta de los nervios que estaba pasando; al fin y al cabo, aquello era una boda de mentira.

Apenas había logrado llegar a la calle, coger aire y serenarme un poco cuando apareció él.

—Tenemos que ponernos en marcha o llegaremos muy tarde. ¿Has traído tus cosas? —preguntó sin detenerse.

Me hizo gracia oír aquello. Si no llego a estar tan aturdida, incluso hubiera sonreído. ¿De qué cosas hablaba? Yo había cogido lo justo para asistir al funeral de mi padre, no pensé que necesitaría ropa para un año entero.

El hotel donde me había alojado estaba cerca, así que fui a recoger la maleta de mano y volví para encontrarme al barbudo metido en una furgoneta que parecía estar a punto de caerse a pedazos. No pretendería hacer el viaje con eso, ¿verdad?

Abrí la puerta del copiloto y asomé la cabeza. Por dentro aún estaba peor que por fuera, y aquello era mucho decir.

—¿Dónde vamos con esto? —pregunté sin moverme.

—A Gimignano, ¿dónde si no?

—¿A qué distancia está?

—Si no hay mucho tráfico, a tres horas y media.

—Tres horas y media con un vehículo normal, con esto yo calculo que tardaremos diez.

—¿Tienes alguna idea mejor? ¿Has traído tu coche? Si no es así, sube y deja de quejarte por todo —me reprendió.

Era un hombre exasperante, odioso, mejor dicho.

Estuve un par de minutos sacando todas las cosas que había encima del asiento del copiloto. Cuando por fin terminé, sacudí la butaca, pues estaba llena de... porquería.

—Si sigues perdiendo el tiempo de esta manera, seguro que tardaremos diez horas en llegar —bufó él apretando el volante con la mano y haciendo que los nudillos se le pusieran blancos.

—Si fueras un poquito más... limpio.

—Vaya, ¿ves?, esa palabra faltaba en la lista de insultos que tú dices y que a mí me importan una mierda. ¡Entra ya en la furgoneta o me voy sin ti! —Terminó la frase gritando.

Podía haberle contestado. De hecho, tuve que morderme la lengua para no hacerlo, pero preferí tener un viaje relativamente

tranquilo. Total, podríamos continuar discutiendo los trescientos sesenta y cinco días que nos quedaban de convivencia.

No volvimos a intercambiar palabra en todo el trayecto. Me pareció perfecto porque las vistas eran increíbles y me quedé embelesada contemplando el paisaje. Tanto que casi no me percaté de cuándo llegamos.

Nos detuvimos frente a una casa vieja que me pareció bastante bonita. Por lo visto, Romeo era propietario de la planta de arriba, lo que no esperaba encontrarme cuando vi la fachada era lo que escondía dentro.

No logré pasar del umbral de la puerta porque un inmenso espacio diáfano y con una luz maravillosa me dejó descolocada. Lo más impresionante era la decoración. No tenía muchos muebles, pero los que había eran tremendamente bonitos. Estaba convencida de que, si yo misma hubiera tenido que decorar aquel lugar, no hubiese elegido otra cosa que cada uno de los objetos que había allí.

—Espero que la sorpresa te dure mucho y estés todo ese tiempo sin abrir la boca.

Aquella frase tan grosera logró sacarme del estado en el que me hallaba. Iba a comentarle lo mucho que me gustaba su piso y lo poco que le pegaba, pero pensé que ni eso se merecía.

—¿Puedes decirme dónde está mi cuarto para que pueda dejar mis cosas?

—Ahora estamos casados, tu habitación está donde yo duermo —aclaró con seriedad, y yo entrecerré los ojos.

—No puedes hablar en serio, no pienso...

—Era una broma. —Me cortó sonriendo de medio lado—. Ven.

—Menuda broma de mierda —susurré bajito, pero no tanto como para que no me oyera.

Por más que me lo propuse, no pude evitar fijarme en cada uno de los detalles de aquel maravilloso piso.

Romeo se paró en la puerta de una habitación y cuando la vi casi grité de la emoción. Jamás me había faltado de nada y me alojé en sitios mucho más lujosos que ese, pero cuando vi a aquel hombre, las pintas que llevaba y cómo estaba su vehículo, me imaginé lo peor, así que encontrarme con aquel espacio fue un regalo para mí.

—Voy a salir. —Aquello fue todo lo que dijo antes de marcharse, aunque yo ni siquiera le contesté.

Me adentré en mi nueva habitación y estuve un ratito colocando lo que había dentro de mi maleta. No me llevó mucho tiempo porque no llevaba casi nada. Al terminar me tumbé en la cama pensando en quedarme allí encerrada para no tener que verlo.

Pero aquello no fue necesario porque él no volvió a aparecer por el piso.

Fue la noche de bodas perfecta y estaba convencida de que la luna de miel sería otra maravilla.

4. ¿Le serás fiel durante todo un año?

Romeo

Salí de mi piso en cuanto le enseñé su habitación, necesitaba alejarme de aquella tía pija que lograba sacar lo peor de mí.

Cuando Francesco me explicó lo que tenía pensado hacer con su testamento puse el grito en el cielo. Sin embargo, por más que se lo pedí, por mucho que me opuse y me cabreé, no me hizo el menor caso, y era extraño, porque Francesco solía tener muy en cuenta mi opinión.

El caso era que estaba casado con aquella... mujer y que lo único que podía hacer era ponerle las cosas lo suficientemente difíciles como para que se largara lo antes posible y me dejara la herencia a mí.

Bajé las escaleras que llevaban a la planta de abajo, me paré frente a la puerta y abrí con mi llave.

—¡Hola, mamá! —grité antes de cerrar.

—Hola, hijo, ¿ya has regresado?

—No, soy producto de tu imaginación —respondí poniendo los ojos en blanco.

—¡Mira que eres tonto!

—Tontas son tus preguntas, mamá.

—Vale, vamos a dejarlo estar. ¿Cómo es? ¿Es simpática? ¿Guapa? Es... —La interrumpí porque sabía que si empezaba a bombardearme con preguntas era capaz de no parar.

—Mamá, es una pija estirada que no ha tenido que luchar por nada en su vida. Va a ser un año duro, aunque espero que se canse pronto de mí y se largue lo antes posible.

—Ni se te ocurra ser grosero con ella, yo no te he educado para que te comportes mal con nadie.

—Pero es que, cuanto antes consiga que se vaya, mejor. Así la herencia será mía.

—Romeo Conte, el dinero no lo es todo en la vida y lo sabes —adujo alzando el dedo índice y apuntándome con él.

Cuando mi madre me llamaba por mi nombre y mi apellido era mejor no llevarle la contraria. Así que me callé todo lo que pensaba.

—Luego subiré a visitarla y le llevaré un plato de pasta casero que he hecho.

—Mamá, sabes que nuestro matrimonio no es real, ¿verdad? No empieces a montarte películas, que nos conocemos.

—Real o no, de momento estáis casados. Además, sabes que lo haría por cualquier persona. En esta vida hay que ser educada y generosa. Y repartir cuando se tiene, porque cuando no se tiene se pasa mal, ya lo sabes.

Lo sabía demasiado bien. Mi madre se quedó embarazada de mí cuando apenas tenía veinte años. Trabajó muchísimo para que yo tuviera lo básico, pero muchas veces no era suficiente, por lo que tuvo que pedir ayuda a familiares y entidades. Mis abuelos la echaron de casa al enterarse de su embarazo y ella solo contó con el apoyo de su abuela, que ya era demasiado mayor para ayudarla económicamente. O por lo menos fue así hasta que Francesco regresó.

—Voy a ir a trabajar. Me esperan en un rato —le informé, dándome la vuelta para marcharme. Solo había pasado por allí porque sabía que, si no lo hacía, mi madre estaría toda la tarde llamándome para preguntarme cosas.

—De acuerdo. Yo subiré a verla en un par de horas.

—Por cierto, vendré a dormir aquí —susurré como si no quisiera que me oyera, pero claro está, lo hizo.

—¿Y eso por qué? —preguntó alzando una ceja.

—Porque no me apetece dormir con ella.

—¡Claro que no vas a dormir con ella! —gritó mi madre escandalizada—. Pero es que tu piso tiene dos habitaciones más aparte de la tuya.

—Por supuesto que no tengo ninguna intención de meterla en mi cuarto, lo que pasa es que no me apetece ni siquiera cruzármela.

—Sabes que no la podrás rehuir siempre, ¿no?

—No, pero lo intentaré todo lo que me sea posible.

—Hijo, esa chica acaba de perder a su padre. Padre que la ha obligado a casarse con un hombre al que no conoce, está muy lejos de su casa y de todo lo que es familiar para ella. Así que será mejor que te comportes.

Mi madre acababa de soltarme uno de sus rapapolvos oficiales, por lo que no me quedó más remedio que bajar la cabeza, susurrar un «hasta luego» y largarme de allí sin decir nada más.

Llegué con tiempo de sobra al punto de encuentro, así que entré en el bar de Pietro para tomarme un café.

—¿Ya eres un señor casado? —preguntó, incluso antes de que tomara asiento.

—Sí. —Más que un sonido claro, fue una especie de gruñido.

—Entonces habrá que brindar, no todos los días se casa mi mejor amigo. ¿Cuándo vas a presentarme a la novia? ¿Es guapa? ¿Agradable? ¿Simpática?

—Pietro, tienes claro que este matrimonio es una farsa, ¿a que sí? —Empezaba a estar hasta las narices de que todos me hablaran como si estuviera casado de verdad.

—Claro que lo sé, pero también sé que vas a tener que estar unos meses casado con ella, en el mejor de los casos, y un año, en el peor. Así que por tu propio bien espero que la chica sea, como mínimo, agradable.

—No lo es —negué categórico—. Es una niña pija acostumbrada a tener todo lo que quiere. Es exasperante, caprichosa, impaciente... Además, demasiado bajita y delgada para mi gusto. —Lo dije todo de carrerilla y con tanto desagrado que hasta torcí el gesto.

—¡Guau! Te has quedado a gusto, ¿eh?

—No te creas, podría seguir.

—Pues no, la cosa no pinta muy bien.

Pietro puso un *cappuccino* frente a mí a la vez que hacía una mueca, y es que realmente la situación era una mierda.

Al tomar el primer sorbo me quemé la lengua. Solté una maldición por lo bajo, estaba claro que no era mi día.

—En fin, ya hablaremos con más calma en otro momento. Ahora no puedo explicarte mucho porque me esperan en unos minutos. A ver si logro tomarme el café, que está ardiendo.

—¿Quieres un cubito de hielo?

—No, mejor no.

—Romeo, ¿puedo preguntarte algo? —añadió mi amigo con recelo.

—Claro. —No podía imaginarme qué era lo que quería saber para que dudara tanto en preguntármelo.

—¿Le serás fiel durante todo un año?

—No me he planteado nada. Ya veré qué hago, sobre la marcha —respondí.

Cogí la taza y me tomé lo que me quedaba de café de un trago —menos mal que ya no quemaba tanto— y salí de allí, pues lo que menos me apetecía era continuar hablando de la que se había convertido, de la noche a la mañana, en mi mujer.

5. Soy la madre de Romeo

Julieta

Esa misma mañana había enviado mi certificado de matrimonio al trabajo y solicité una excedencia de un año. No se trataba de que trabajar en aquella oficina fuera el empleo de mi vida, pero no cobraba mal y tras la muerte de mi padre aquel sería el único ingreso que tendría si no aguantaba un año viviendo con mi señor esposo. Aunque pensaba intentarlo, porque mi objetivo era cobrar la herencia, largarme de allí y hacer realidad mi sueño. Pero no estaba de más dejarme aquella puerta abierta por si las moscas.

Después de resolver aquel asunto, salí al salón y desayuné. Lo que pillé por ahí, porque la nevera estaba prácticamente vacía. Logré encontrar un poco de pan y un huevo para hacérmelo revuelto. Al terminar me paseé por el piso observando lo que no había visto hasta el momento. Todas las estancias eran preciosas. Dudé al llegar a la puerta de la habitación de él; si Romeo regresaba y me pillaba figoneando en su cuarto, estaba convencida de que me la iba a liar. Sin embargo, no pude resistirme. Abrí la puerta sin pasar del umbral, era una habitación con mucha luz. La cama estaba perfectamente hecha, eso ya lo imaginaba, pues él no había dormido aquella noche allí. Encima de la mesita de noche había un libro y ese era el único objeto que indicaba que allí dormía alguien. No había ni una foto y nada se encontraba fuera de sitio. Salí de allí sin que aquella inspección me aportara ni un solo dato sobre Romeo.

Me tumbé en el sofá y dejé transcurrir los minutos pensando en que esa sería mi vida a partir de aquel momento. Pasarme las horas encerrada entre aquellas cuatro paredes. Semejante pensamiento me hizo recapacitar y estuve a punto de caerme cuando me levanté de golpe. No pensaba hacerlo. Si me quedaba allí día tras día y no hacía nada más acabaría deprimiéndome, así que decidí ir a dar una

vuelta y ver si encontraba algún trabajo, de lo que fuera; lo único importante era salir de ese piso unas pocas horas al día.

También estaba el hecho de que necesitaba ganar dinero, pues la cuenta donde, hasta el momento, mi padre ingresaba lo que me pasaba estaba a nombre de mi madre y mío. La última vez que la miré pude comprobar que casi no quedaba nada —mi madre había vuelto a gastar más de lo que podíamos permitirnos—, y la mía personal tampoco se encontraba para tirar cohetes. Sería imposible poder mantenerme con lo que tenía en ella durante todo un año.

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando me percaté de que no tenía llaves; si me iba, luego no podía volver a entrar. ¡Mierda!, pues sí que estaba encerrada, sí.

Justo cuando volví a entrar, y antes de encajar la puerta, alguien puso el pie para abrirla de nuevo y me saludó desde la parte de afuera. Por poco no me da un infarto.

—Perdona si te he asustado, no era mi intención.

—Es que no esperaba a nadie —jadeé intentando recuperar el aliento.

—He subido a traerte esto —dijo la mujer alzando lo que llevaba en las manos y que parecía un pastel.

—Ay, muchas gracias. Pase. —La invité a entrar porque después de llevarme aquel detalle era feo dejarla en la puerta.

Observé cómo traspasaba el umbral y se dirigía hacia la cocina. A pesar de ser un espacio abierto, parecía conocer bien dónde estaba cada cosa.

Me resultaba difícil ponerle una edad, pero estaba casi segura de que superaría por muy poco los cuarenta. Me fijé mejor en ella y me di cuenta de que era una mujer muy hermosa. Mucho. ¿Y si era la pareja de Romeo? Que yo no saliera con nadie en el preciso instante en el que mi padre murió y decidió casarme no quería decir que Romeo también estuviera soltero. Vale que le sacaba unos cuantos años, pero tampoco tantos como para no poder estar juntos.

Tan pendiente estaba de ella que la pobre carraspeó al sentir que no le quitaba los ojos de encima.

—Yo soy Gia, encantada —se presentó.

—Yo soy Julieta.

—Ya sé quién eres. Iba a venir ayer, pero decidí que era mejor dejarte algo de tiempo y espacio. —Aquella respuesta me hubiera dejado completamente descolocada e incómoda si no la hubiera acompañado de una agradable sonrisa—. Eres la esposa de mi hijo. Soy la madre de Romeo.

—¿Su qué?! —No podía estar hablando en serio. ¿Cómo era posible? ¿Con cuántos años lo tuvo? ¡Con diez!—. Pero es usted muy joven...

—Si me hablas de usted no me siento joven en absoluto. Romeo nació cuando yo apenas tenía veinte años.

—Lo tuviste siendo una cría, pero aun así pareces más joven.

—Muchas gracias. Creo que estabas a punto de salir cuando he llegado.

—Sí, pero me he dado cuenta de que no tengo llaves y, si me voy, no podría volver a entrar.

—Eso tiene fácil solución, toma las mías. A partir de ahora no voy a necesitarlas.

—¿Y eso? —pregunté extrañada.

—No pienso entrar sin avisar mientras tú vivas aquí.

—No sé si a él le hará mucha gracia que yo tenga un juego de llaves de su casa.

—Ah, pero es que a mí me da exactamente igual lo que él piense. Además, ¿pretende tenerte encerrada aquí?

No le contesté que me daba la sensación de que eso era exactamente lo que quería. Y cogí, sin volver a abrir la boca, las llaves que me ofrecía.

—Si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírmela. Y si quieres salir a dar una vuelta, adelante, creo que he interrumpido tus planes.

—No tendría planes si no llegas a venir, porque no hubiera podido moverme de aquí. Mi intención era dar un paseo y buscar algún sitio donde trabajar, aunque sea unas horas. Si voy a pasar tiempo aquí, necesito sentirme útil. —Obvié añadir que también necesitaba el dinero. Nadie creería que, con lo que mi padre me pasaba cada mes, me hiciera falta, a no ser que lo derrochara, que era precisamente lo que hacía mi madre.

—El problema es que los puestos de trabajo que hay por aquí no son... —Intuí lo que quería decir y la interrumpí.

—Me da igual trabajar de lo que sea.

—Entonces, creo que puedo ayudarte. Conozco el sitio perfecto.

No pude ver mucho del pueblo cuando llegamos, así que caminar junto a la madre de Romeo por aquellas calles fue increíble, pues se trataba de un lugar realmente bonito.

Hubiera continuado caminando y absorbiendo cada detalle, pero Gia se paró frente a una tienda y me invitó a entrar.

Al fondo de esta había un hombre que se acercó a nosotras nada más vernos, pude comprobar que a pesar de que debía rondar los cincuenta era muy atractivo.

—Hola, Lorenzo. Tengo la solución a todos tus problemas —comentó Gia parándose frente a él.

—¿Por fin has decidido salir conmigo?

—Ay, Lorenzo, mira que eres, eh... Te traigo a alguien para que te ayude con la tienda —explicó ella sonriendo.

—¿No me digas?, eso es maravilloso. Así podré salir por fin a tomar mis clases de pintura.

—Lorenzo, te presento a mi nuera: Julieta.

—Ah, es ella —dijo como si yo no estuviera delante.

—Encantada, señor Lorenzo —saludé tendiéndole una mano. Mano que ignoró porque me plantó dos sonoros besos.

—Vaya, chica, hablas italiano muy bien.

—Hablo igual de bien francés, inglés y español.

—¡Contratada! —gritó sonriendo.

Y a pesar de que creí que lo decía en broma, la verdad era que iba en serio. Durante la siguiente hora me estuvo explicando un poco el funcionamiento de todo. Por lo visto saber idiomas jugó a mi favor.

El empleo no tenía demasiada dificultad, lo más complicado era aprenderse los precios y, como la mayoría estaban en la caja registradora, no había más misterio.

—Pues te espero mañana a las diez.

—Aquí estaré —respondí la mar de contenta.

Ya habíamos quedado en que trabajaría unas pocas horas por las mañanas y no todos los días. Iríamos viéndolo sobre la marcha.

—Todo solucionado —comentó Gia sonriendo—. Así que, si ya estáis, voy a llevar a Julieta a tomar el mejor *cappuccino* que haya probado jamás —se ofreció dirigiéndose hacia la puerta—. ¡Hasta mañana, Lorenzo!

—Porque quieres; ya sabes que, si por mí fuera, te vería esta noche.

—No tienes remedio —añadió justo antes de salir a la calle.

6. Para estar casados conozco muy poco de ti

Julieta

Seguí a Gia hasta un pequeño bar. Lo observé, pues no había nada en él que hiciera indicar que allí servían un buen café.

—Hace un día estupendo, ¿quieres que nos sentemos aquí fuera?

—Sí, me parece bien.

La terraza era bonita y la temperatura muy agradable.

—Gia, cuánto me alegro de verte —dijo el camarero parándose junto a nuestra mesa.

—No seas zalamero, Pietro, que vengo casi a diario.

—Sí, pero es que hoy lo haces muy bien acompañada.

—Ya me parecía a mí. Pietro, ella es Julieta. Julieta, él es el sinvergüenza de Pietro.

—¿Julieta? ¿Esa Julieta? —preguntó perplejo.

Me daba la sensación de que todos parecían conocerme.

—Mi nuera, sí —confirmó Gia, y a mí cada vez me gustaba menos que me presentara de aquella manera. Con Lorenzo no me supo tan mal, sin embargo, con Pietro no terminó de gustarme. Que fuera un hombre tan guapo no ayudaba, supongo.

—Vaya, después de todo, el muy cabrón es un tío con suerte.

—Pietro, esa boca —lo regañó Gia, perdiendo fuerza por la sonrisa que acompañó a aquella reprimenda—. Mañana Julieta empezará a trabajar donde Lorenzo, espero que la trates bien.

—Aquí al lado —susurró curvando los labios en una sonrisa perfecta—. No te preocupes, Gia, yo me encargo.

—Eso no me tranquiliza lo más mínimo, ¿sabes?

—No entiendo el motivo —dijo alzando los hombros, guiñándome un ojo y haciendo que me gustara más de lo estrictamente necesario—. ¿Qué vais a tomar?

—¿Te apetece un *capuccino*? —me preguntó Gia, y yo asentí con la cabeza—. Que sean dos.

—¡Marchando! —exclamó Pietro dándose la vuelta.

Cuando estaba lo suficientemente lejos como para que no nos oyera, Gia habló.

—Conozco a ese chico desde que llevaba pañal, es un auténtico peligro —murmuró siguiéndolo con la mirada hasta que desapareció dentro del bar.

—Es muy guapo —confesé sin poder aguantarme.

—Lo es y lo sabe, ese es el principal problema.

No tardó mucho en regresar con nuestros cafés.

—Dos *capuccini* para dos damas *bellissime*.

—Además de guapo es un zalamero —susurró Gia en mi oreja, aunque Pietro lo oyó perfectamente.

—Así que soy guapo —afirmó mostrando una perfecta hilera de dientes blancos.

—Oh, vamos, eso es algo que tienes claro desde que ibas al parvulario —dijo Gia poniendo los ojos en blanco.

Pietro nos guiñó un ojo y estaba a punto de marcharse cuando unas carcajadas procedentes del final de la calle llamaron mi atención.

Alcé la vista y me encontré con el que se había convertido en mi marido. Estaba riendo con ganas y algo en su manera de hacerlo captó mi interés; quizá se tratara de que era la primera vez que lo veía relajado, o tal vez que también era la primera vez que me fijaba en lo guapo que era. Hasta el momento la espesa barba y su comportamiento impidieron que lo mirara de otra manera.

Desvié la vista hasta su lado para saber qué le hacía tanta gracia. Junto a Romeo iba una impresionante mujer, casi igual de alta que él, diría que la típica belleza italiana, que reía con las mismas ganas que él. Bajé la mirada, pero me dio tiempo a ver cómo la mano de él agarraba su cintura. No la quitó de allí hasta que estuvo frente a nosotras. Tampoco entendí el motivo. Por lo visto todos parecían saber que nuestro matrimonio era una farsa.

—¿Qué haces aquí, mamá? ¿Y ella? —preguntó desviando la mirada de una a otra para terminar alzando la cabeza en un ademán

que se refería a mí como si yo no estuviera presente o fuera una niña pequeña incapaz de responder.

—No creo que te cueste tanto deducirlo. Estamos tomando un café. —La última frase la dije sílaba a sílaba, como si el niño pequeño fuera él.

Lo vi apretar la mandíbula y me encantó ser capaz de sacarlo de sus casillas con tanta facilidad, ya que él lograba el mismo efecto en mí.

—Haced lo que queráis, yo voy a continuar trabajando —informó desviando su mirada de la mía.

—Ah, ¿pero que a eso se le llama trabajar? —dije con toda la ironía que pude.

—No sabes nada de mí, así que será mejor que te calles —espetó con rabia.

Hasta su madre se sobresaltó a mi lado por la manera en la que me habló. Sabía que ella estaba a punto de responderle, pero coloqué mi mano sobre la suya para apretarla ligeramente y evitar que lo hiciera. Levanté la cabeza, lo miré a la cara y sonreí.

—Sí, la verdad es que para estar casados conozco muy poco de ti.

La mujer que iba con él dio un paso atrás y el gruñido de Romeo no pasó inadvertido para nadie, al igual que la carcajada de Pietro, que, por más que intentó disimularla tosiendo, no lo logró.

Yo agaché la cabeza, cogí mi taza de café y la levanté simulando un brindis con Romeo para después beber un sorbo. No, no le hizo ninguna gracia porque dio media vuelta, agarrando a la mujer, y se marchó de allí a grandes zancadas.

—Eso ha sido maravilloso —me halagó Gia.

—¿Tú crees? —pregunté con escepticismo.

—Y tanto, va a ser un año muy interesante.

—Ya lo creo —ratificó Pietro.

7. De compras con Gia

Julieta

Justo cuando volvíamos al piso caí en la cuenta de que no tenía nada que ponerme más allá del vestido negro que utilicé para el entierro y unos pantalones de vestir con un par de blusas. Algo que, estaba convencida, no era el atuendo adecuado para pasearme por aquel pueblo. Además, necesitaría ropa interior y algunos productos de higiene y maquillaje.

—Gia, necesitaría comprar ropa, lo último que tenía pensado era quedarme un año entero y solo metí en la maleta un par de mudas.

—¡Ay, claro! Vamos, que te acompañaré a Siena. Allí encontrarás todo lo que necesites.

—No quisiera importunarte. —Me sabía mal, pues ya había hecho suficiente por mí.

—Bonita, no hay nada que me guste más que ir de compras, te aseguro que es un placer.

Ir a Siena con Gia fue un auténtico acierto, pues ella mejor que nadie podía aconsejarme sobre lo que era más adecuado para moverme por Gimignano.

Me encantó lo que finalmente terminé comprando. Yo me imaginé vestida con ropa de trabajo cómoda y fea, pero Gia me quitó aquella idea de la cabeza enseguida. No hacía falta ir con vestidos de marca ni de etiqueta para estar guapa, y me sorprendí al darme cuenta de que tenía razón. Compré varios vestidos cortos y otros largos, con unos estampados vistosos, que me favorecían mucho, muy fresquitos y sobre todo cómodos. También unos cuantos pantalones cortos con camisetas y calzado. Sandalias de cuña en su mayoría; era tan bajita que no me sentía cómoda yendo plana.

Pasé un poco de apuro cuando entramos en la tienda de ropa interior, pero Gia parecía estar disfrutando tanto que se me pasó

enseguida.

Me quedé perpleja al darme cuenta de que todas las prendas que compré me costaron menos que uno de los vestidos de fiesta que tenía en mi armario. Aquello no se debía a que yo me fijara en exceso en aquel tipo de ropa, ya que era mi madre la encargada de elegirme la mayoría de las prendas que vestía cuando debía acudir a algún evento. Se creía que yo era su *barbie* a tamaño real. La única ropa que yo escogía era la que llevaba a diario a la oficina, que solía ser sobria, elegante y bastante aburrida, no tan cara como los vestidos que me escogía mi madre, pero desde luego no tan barata como la que acababa de comprar en esos momentos.

Cuando ya regresábamos al coche para marcharnos, un vestido llamó mi atención desde el escaparate donde estaba expuesto. Era sencillo, pero tenía algo que me impedía dejar de mirarlo.

—Cómpratelo —me animó Gia.

—No sé cuándo iba a ponerme algo así estando aquí —confesé sin apartar los ojos de él.

—Seguro que encontrarás el momento.

Por si me cabía alguna duda, todas se disiparon en cuanto me lo vi puesto; era muy bonito y, sin sonar pedante, me favorecía mucho. Tenía claro que no podía malgastar el dinero, debía pasar aquel año con lo poco que tenía ahorrado y con lo que ganaría trabajando media jornada en la tienda de Lorenzo. No era que yo necesitara mucho más, pero estaba casi segura de que mi madre me llamaría en breve para pedirme dinero. Aun así, decidí que iba a permitirme aquel capricho.

—Permíteme regalártelo —propuso Gia.

—¿Qué? No, claro que no. Bastante has hecho con acompañarme y aconsejarme.

—Ya te he dicho que ha sido un placer. Como bien sabes solo tengo un hijo, y jamás he podido ir de compras con él. Si no te has dado cuenta de cómo viste, te diré que invierte menos tiempo en elegir la ropa que en ponérsela. Así que me ha encantado pasar este ratito contigo. Además, no te he hecho regalo de bodas... Anda, permíteme regalártelo.

—Las dos sabemos lo que esta boda significa, no puede ser más falsa. Es tan de mentira que ni siquiera llevamos alianzas; que conste que eso es lo que menos me preocupa y, si bien al principio pensé que a Romeo se le había olvidado comprarlas, ahora estoy segura de que no lo hizo para seguir pareciendo que está soltero. — No sé por qué dije todo eso, pero al verlo con aquella mujer estuve casi segura de que precisamente ese era el motivo de que ninguno de los dos lleváramos anillo. O tal vez no quiso tomarse la molestia, pues ni era un matrimonio de verdad ni iba a durar mucho. Aunque, por mi bien, esperaba aguantar un año, claro.

—Este hijo mío no deja de sorprenderme, pero entiendo que ha sido algo nuevo y precipitado para los dos y que os tomará un tiempo adaptaros.

—Sí, supongo que sí. —Obvié añadir que para Romeo sería mucho mejor que el tiempo fuera poco y que le vendría de perlas que yo terminara cansándome lo antes posible de aquella situación, para que así él pudiera cobrar la herencia.

—No hay más que hablar —dijo quitándome el vestido de las manos y dirigiéndose a la caja.

Al final Gia me compró el vestido, y para compensar un poco el detalle que tuvo conmigo la invité a comer.

Elegimos un restaurante pequeño que ella parecía conocer bien y en el que la comida estaba buenísima. No dejamos de hablar durante todo el tiempo que estuvimos juntas. Me entristeció darme cuenta de que no recordaba haber compartido nunca momentos así con mi madre. Las pocas veces que ella me permitía volver a casa para las vacaciones de Navidad o verano, siempre estaba demasiado ocupada. No tenía una relación horrible con ella, pero sí bastante distante y fría. Sin embargo, Gia, a la que apenas conocía, era cariñosa y cercana.

Debía admitir que lo pasé muy bien con ella.

Al llegar al piso de Romeo no vi ni rastro de él. Me fui directa a mi cuarto y me dediqué a colocar todas las cosas que había comprado. No eran demasiadas y el armario tenía unas buenas dimensiones, así

que no me llevó mucho tiempo. Al terminar me metí en la ducha. Mi intención era no volver a salir de mi habitación.

Y, si estáis pensando que lo que estaba haciendo era intentar evitar a Romeo, la respuesta es sí, pero es que no me apetecía cruzármelo. Pero a las dos horas de estar encerrada me entró sed y un poco de hambre, por lo que salí lo justo para beber un vaso de agua y coger algo de comida —al día siguiente debería hacer la compra, pues no había casi de nada— y volví rápidamente a enclaustrarme en la que era mi habitación.

No hubiera hecho falta ir con tanto cuidado, pues Romeo no apareció en toda la noche.

A la mañana siguiente seguía sin haber ni rastro de él, algo que agradecí, pues pude tomarme el café, vestirme, peinarme y maquillarme tranquilamente.

Me decanté por un pantalón tejano corto y una camiseta azul marino con topos blancos. Un atuendo que no hubiera escogido nunca, ni siquiera para ir a la playa. Pero, cuando me puse un poco de tacón y me maquillé, me entusiasmó el resultado, aunque he de reconocer que el pantalón me dio la sensación de ser más largo cuando me lo probé en la tienda.

Cogí un bolso, metí las llaves y el móvil y salí a la calle; aún quedaba bastante para que fuera la hora de entrar a trabajar, pero no me apetecía continuar más tiempo encerrada.

Al bajar las escaleras me planteé seriamente llamar a Gia, aunque lo pensé mejor, ya le había dado bastante la murga el día anterior.

Me puse a caminar sin rumbo fijo y casi sin ser consciente de a dónde me dirigía terminé en el bar de Pietro.

—Buenos días, *bella*, ¿a qué debo esta maravillosa visita?

—Vengo a tomarme ese estupendo café que haces —respondí sin poder evitar sonreír.

—Vaya, y yo que pensaba que venías a disfrutar de mi maravillosa compañía —bromeó, o tal vez no.

—Eso también —respondí coqueta, y como recompensa tuve una deslumbrante sonrisa por parte de Pietro que me dejó

momentáneamente anonadada. Ese hombre era demasiado guapo para mi estabilidad mental.

—Veo que tú tampoco eres inmune a los encantos del gran Pietro
—tronó una voz fría desde la puerta, y al girarme descubrí a la persona que llevaba evitando desde que llegué.

8. ¡¿Mi padre?!

Julieta

No pude contenerme y repasé a Romeo de arriba abajo para comprobar que, a pesar de ser muy parecida a la que llevaba el día anterior, se había cambiado de ropa, incluso aseguraría que la barba no era tan larga. ¿Dónde habría estado? Sacudí la cabeza intentando sacar tales pensamientos de ella. ¿A mí qué me importaba la vida de aquel hombre? ¿Qué más me daba dónde hubiera pasado la noche?

—¿Estás celoso, amigo? —La pregunta de Pietro me devolvió a la realidad.

—¿Celoso? ¿De qué? —Romeo apretó la mandíbula al responder.

—De que me sonría a mí de esa manera.

—Estoy acostumbrado a que las mujeres se fijen en ti. Creo que ya hemos superado eso, ¿no? —Intuía que me estaba perdiendo algo, aunque no sabía el qué.

—No quería decir eso, solo me refería a que ella ahora es tu mujer.

—Ah, sí, ya...

Yo sentía por él y por aquella situación el mismo desánimo que Romeo, pero no pude evitar que la respuesta me escociera, no porque no estuviera celoso, aquello era absurdo, sino por su apatía e indiferencia, incluso desprecio, en su forma de hablar. Y no era que yo estuviera emocionada con aquella situación, pero, no sé... Él continuaba en su entorno, con su familia y conocidos, había sido yo quien tuvo que cambiarlo todo por aquel maldito testamento.

Respiré hondo, pues de nada servía lamentarse cuando no tenía otra opción.

—Toda tuya —remató, y ahí ya se vino abajo toda mi buena voluntad.

—¡Estoy aquí, ¿sabes?! Soy una mujer, no «algo» que se pueda ir pasando, ¿lo entiendes? —lo increpé con rabia.

—Yo lo entiendo perfectamente, el que parece no haberlo entendido es tu padre.

Fue un golpe bajo y no pude evitar torcer el gesto. No quería entrar en su juego, no valía la pena. Así que, por más que me costó, logré desviar la mirada de él y centrarla en Pietro.

—¿Puedes ponerme el café para llevar, por favor? —le pedí intentando esbozar una sonrisa.

—Claro, pero recuerda que yo no tengo la culpa de que mi amigo sea imbécil, no dejes de venir a verme.

—No te preocupes por eso —susurré mientras cogía el café y le pagaba—. Hasta mañana, Pietro. —Dejarlo a él fuera de la despedida era inmaduro e infantil, pero no pude evitarlo.

—Hasta mañana, *bella*.

Al salir de allí aún me quedaba un buen rato para entrar a trabajar —no sabía cómo lo hacía, pero cada vez que aparecía mi queridísimo esposo lograba estropear el momento—. Así que me senté en un banco y me tomé el café tranquilamente.

Sabía que Romeo no iba a ponerme las cosas fáciles, él deseaba que me largara de allí lo antes posible y de esa manera cobrar el dinero de la herencia, pero yo no estaba dispuesta a ceder bajo ningún concepto. No me daba la gana de renunciar a mis sueños. Además, contra todo pronóstico, aquel pueblo me gustaba; su gente y la manera tranquila en la que se vivía. Y Gia, ella me encantaba. No tenía ni idea de cómo Romeo había salido tan desagradable con la madre tan maravillosa que tenía.

Lo que no terminaba de entender era por qué mi padre había elegido a Romeo. ¿Por qué motivo puso esa condición y por qué nos obligó a vivir juntos, cuando estaba claro que a ninguno de los dos nos gustaba lo más mínimo? De alguna manera entendería que me hiciera algo así a mí, pues nunca tuve una relación buena ni estrecha con él, pero aquello también parecía fastidiar a Romeo. ¿Por qué no dividir la herencia y que los dos pudiéramos recibir algo?

Cuando quise darme cuenta apenas faltaban quince minutos para que tuviera que entrar a trabajar. Me terminé el café y corrí hasta la tienda de Lorenzo.

Me paré en la puerta porque en forma, lo que se dice en forma, no estaba. Y fue justo en ese instante cuando corroboré lo que pensé el día anterior: Lorenzo era un hombre muy atractivo.

—Buenos días —saludé una vez recuperado el aliento.

—Hola, Julieta. Llegas pronto.

—Me gusta estar un poquito antes para poder hablar y que me expliques si hay alguna novedad.

—Pues te he dejado una lista de precios de productos nuevos y también te he apuntado mi número de teléfono, lo he puesto todo junto a la caja. Si no te aclaras con algo, no dudes en llamarme, tendré el móvil cerca.

—Muchas gracias, Lorenzo.

—No, gracias a ti. Me has salvado la vida, tenía muchas ganas de apuntarme a esas clases de pintura.

—¿Te gusta pintar? —pregunté con interés.

—No demasiado. —Su respuesta me dejó descolocada, pues parecía muy ilusionado por asistir a esas clases—. Verás, es que Gia es quien las imparte y, como ha rechazado de todas las maneras cualquier invitación que le he hecho para salir, he pensado que esta sería una buena forma de acercarme a ella.

—Ah —respondí, incapaz de encontrar nada más que decir.

—Quizá te parecerá que soy un poco pesado...

—No he dicho nada —me defendí alzando los brazos.

—Ya, pero yo lo pensaría. Sin embargo, con Gia es complicado. No ha estado con nadie en años. Y tú la has visto, es una mujer preciosa, oportunidades no le han faltado.

—Ya me imagino, es una gran mujer —añadí con sinceridad.

—Lo es, pero desde que tu padre la dejó no ha vuelto a estar con nadie más, por lo menos no en serio.

—¿Mi padre?! ¿Que Gia salió con mi padre? —Tuve que hacer un esfuerzo para cerrar la boca.

—Vaya, creo que he metido la pata. Tengo que marcharme —alegó caminando a paso ligero y saliendo con rapidez por la puerta.

—No, Lorenzo, espera... —No sirvió de nada porque ya había desaparecido de mi vista.

¿Gia y mi padre? ¿Cuándo? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Por qué nadie me había dicho nada? Las preguntas se me acumulaban en la cabeza y por el momento no obtendría ninguna respuesta.

9. Menudo idiota

Romeo

Cuando entré y la vi sonreírle de aquella manera a Pietro me cabreé. Creo que tuvo más que ver el hecho de que ella estuviera allí, dando al traste con mi momento de paz, que con que le sonriera a mi amigo. Aunque también debía reconocer que, a pesar del tiempo que había pasado, aún llevaba regular la facilidad con la que Pietro parecía levantarme a las mujeres.

Por eso cuando decidió marcharse yo respiré aliviado. Cuanto menos coincidiera con ella, mucho mejor.

—Normalmente eres un poco gilipollas, pero esta vez te has pasado —me recriminó mi amigo.

—¿Perdona? —respondí a la pulla que acababa de lanzarme.

—No había ninguna necesidad de decirle algo así sobre su padre. Has querido hacerle daño y eso tampoco es propio de ti. No es que seas una persona encantadora, pero normalmente no eres tan cabrón.

—Joder, amigo, dos insultos en dos frases. Te estás superando —dije, mordaz.

—Bah, hay veces que hablar contigo es inútil.

—Por si no lo sabes, debo conseguir que ella se vaya lo antes posible para poder cobrar la herencia —añadí intentando excusar mi comportamiento.

—Eso ya lo sé, pero creo que no por ello debes ser cruel con Julieta.

—Vaya, amigo, apenas la conoces y ya la defiendes con uñas y dientes —espeté con toda la burla que me fue posible.

—No puedo contigo —murmuró mientras se alejaba para atender a una pareja que acababa de entrar.

Quizá sí me había pasado; tal vez no debería haberle dicho aquello de su padre, pero, francamente, me daba bastante igual. Lo

único que quería era que Julieta desapareciera de mi vida, a ser posible cuanto antes para que yo pudiera recuperar mis costumbres, mi intimidad y cobrar la dichosa herencia.

Terminé el café y salí de allí sin despedirme de mi amigo, aquella mañana me había cabreado.

Caminé hasta donde había quedado, pero al pasar junto a la tienda de Lorenzo algo me llamó la atención. Una chica estaba subida en una escalera intentando colocar algo en una estantería que era demasiado alta para ella. Tardé unos segundos en reconocerla. Sin embargo, no me moví. Como ella no podía verme, la miré con tranquilidad de arriba abajo, debía reconocer que tenía unas piernas bonitas y un buen culo. Era delgada, pero tenía curvas. El pelo le caía hasta mitad de la espalda y sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo una imagen se coló en mi mente. Su pelo enroscado en mi brazo y ella desnuda debajo de mí. Sacudí la cabeza, ¿cómo demonios se me ocurría pensar algo así!? Julieta no me gustaba, ni siquiera me caía bien.

Podría haber entrado y haberla ayudado, en cambio, me largué de allí caminando a paso ligero y enfadado conmigo mismo por haber imaginado aquello.

Si creía que mi día había empezado mal, parecía que no tenía intención de mejorar, pues el grupo de aquella mañana eran un par de clases de un instituto. Los adolescentes sacaban lo peor de mí. Jamás escuchaban nada de lo que explicaba, estaban demasiado pendientes de los móviles y de sus compañeros. Con todo, tuve suerte porque una de las profesoras resultó ser encantadora y guapísima. Lo mejor fue que me dio su número de teléfono al terminar el *tour*. Aquello hizo que mi humor mejorara notablemente.

La llamé en cuanto llegué a casa de mi madre y quedé con ella aquella misma noche.

—Hijo, sabes que no me importa tenerte aquí, pero me da la sensación de que huyes de algo.

—No estoy huyendo de nada.

—Te estás escondiendo, que viene a ser lo mismo.

—Solo intento evitarla todo lo que sea posible.

—Estoy convencida de que cuando Francesco hizo su testamento lo que quería era que pasarais tiempo juntos.

—Sí, pero es que yo tengo una vida y no pienso perder un año de ella con alguien a quien apenas aguanto.

—Hablas como si tu vida fuera perfecta y como si tú resultaras la compañía ideal.

—¿Tú también vas a ponerte a criticarme?

—No es mi intención, pero te quiero fuera de mi casa —resolvió con tranquilidad y cruzándose de brazos.

—¡Mamá! —protesté.

—Ni mamá ni leches. Tu piso tiene tres habitaciones, no es como si te obligara a dormir con ella. Además, debe de ser la única mujer del planeta con la que no deseas acostarte.

Preferí obviar aquel comentario. Lo que sí hice fue recoger mis cosas con cierto dramatismo y largarme de allí para subir a mi piso.

Menuda mierda, pensaba que mi madre me echaría una mano con eso, pero no había sido así.

Abrí la puerta, pensando que Julieta no habría regresado de la tienda. Lo último que esperaba era encontrarla bailando en medio de la cocina con unos diminutos pantalones de lo que parecía un pijama y con un top que cubría lo justo.

Lejos de pararme a fijarme en su indumentaria, me cabréé porque yo quería poder regresar a mi casa y estar solo, tal y como había ocurrido hasta ese momento.

—Julieta —la llamé, pero no me hizo el menor caso. Por lo visto llevaba los auriculares puestos—. ¡Julieta! —grité, haciendo que se sobresaltara, y una satisfacción malvada me recorrió el cuerpo.

—Me has dado un susto de muerte —expresó con la respiración entrecortada y llevándose la mano al pecho. Mis ojos siguieron su movimiento y se detuvieron justo ahí. No me ocupó más de dos segundos comprobar que no llevaba sujetador. Carraspeé y desvié la vista. Aquello era lo último que necesitaba.

—No bailes con los cascos puestos —resolví clavando mis ojos en ella.

—Eres el Grinch, pero de la vida.

—¿Perdona?

—Que eres la alegría de la huerta.

—Debes entender de una vez que no es mi intención ser yo el que te haga la vida alegre, es, más bien al contrario —mascullé.

—¿No me digas?, no me había dado cuenta —ironizó dejando los cascos encima de la encimera.

—Si quieres que te sea sincero, lo que de verdad quiero es recuperar mi vida.

—Ay, mira, yo es que estoy genial aquí, en un país que no es el mío, lejos de mi familia y conocidos, viviendo en una casa de un tío al que aborrezco y que me hace la vida imposible —soltó de carrerilla.

—Pues no sé por qué no te vas de una puñetera vez —concluí caminando hacia mi cuarto.

—Menudo idiota —oí que decía justo antes de irme, y no pude evitar girar la cabeza y posar mis ojos en su culo. Los aparté de allí con rapidez y me dije por segunda vez en apenas unos minutos que aquello era lo último que necesitaba.

Se mirara por donde se mirase, aquella situación era una mierda y debía encontrar la manera de hacer que Julieta saliera de mi vida lo antes posible.

10. Eres una caja de sorpresas y ninguna es buena

Julieta

Sabía que no iba a ponérmelo fácil. Más aún porque fui yo quien me había tenido que instalar en su casa.

Y, aunque a él le diera igual lo que yo sintiera, era obvio que llevaba regular que invadiera su espacio. En parte lo entendía, de verdad que sí, pero podía ser un poquito menos desagradable conmigo, ¿no?

Lo que él desconocía era que, cuanto peor me tratara, más me cabrearía y menos posibilidades había de que me marchara.

En fin, que no me quedaba de otra que aguantar al simpatiquísimo Romeo durante nada más y nada menos que un puñetero año. Casi nada.

Hasta que se me pasó un poco el enfado no me percaté de cómo iba vestida. No esperaba que él apareciera y me había puesto cómoda, diría que en exceso, pero cuando él me miró lo hizo como el que observa una pared, así que tampoco le di demasiada importancia.

En la tienda de Lorenzo solo trabajaba unas horas, por lo que tenía toda la tarde libre. Era la primera vez en años que no sabía qué hacer con mi tiempo. No se trataba de que tuviera una vida social apabullante en España, pero trabajaba todo el día, al salir iba al gimnasio y alguna noche cenaba con Carol, una compañera de trabajo, o me marchaba a mi piso de alquiler para ver alguna serie. Y muy de vez en cuando me veía obligada a asistir a algún evento que mi madre consideraba imprescindible y en el que terminaba aburriéndome como una ostra. Supongo que lo que en realidad sucedía era que intentaba cubrir cada instante de mi día a día para que no me pasara lo que me ocurría en aquel momento.

Decidí que tenía dos opciones: o volver a esconderme en mi cuarto o hacer cualquier otra cosa que no implicara estar encerrada en aquel piso. Me decanté por salir a comprar algo de comida. Fui a mi habitación y me cambié de ropa. Me marché del piso sin despedirme de Romeo y me dirigí directamente a por lo que necesitaba.

Tardé más de lo necesario, así que pensé que cuando regresara él ya no estaría allí. Por desgracia, me equivoqué.

Lo encontré cómodamente tumbado en el sofá del salón viendo lo que parecía una serie.

—He ido a comprar porque no había nada para comer —anuncié pretendiendo que sonora a reproche.

—Fantástico —respondió sin pillarlo.

—Como comprenderás no pienso comprar y cocinar para los dos.

—Vives aquí, eso es lo mínimo que debes hacer.

Respiré hondo, la palabra «debes» había estado a puntito de hacerme saltar, pero si entraba en aquel juego lo nuestro se convertiría en una batalla campal.

—No tengo ninguna intención de cocinar para ti —aclaré.

—Entonces me pagarás un alquiler —masculló sin mirarme.

Vale, en aquellos momentos trabajaba unas pocas horas en la tienda de Lorenzo. Mis cuentas estaban en números rojos porque lo último que supe de mi madre fue que había hecho algunas «inversiones», como ella llamaba a pasar tiempo con sus amigos ricos y gastarse un dineral en estancias de lujo —no era la primera vez—, y terminó gastándolo todo —tampoco era la primera vez—. Pero en esa ocasión la cosa se complicaba, pues no íbamos a recibir más dinero de mi padre hasta que no consiguiera la maldita herencia, así que, a pesar de que nunca me había gustado, vivía casi al día.

Si mi madre hubiera sido de otra manera, con la manutención que mi padre me pasaba cuando era niña podría haber ahorrado y viviríamos estupendamente, pero no lo hizo y cuando fui mayor necesité cada euro para pagar mis estudios y mantener a mi madre, que se había acostumbrado a llevar un nivel de vida bastante elevado.

Yo también vivía bien, no podía negarlo ni quejarme, pero era mi madre la que gastaba la mayor parte del dinero que mi padre ingresaba.

Ni siquiera fue capaz de comprar un piso en el que vivir, pasaba la mayor parte del tiempo en casas de amigos suyos —ella decía que de invitada, pero terminaba gastando más dinero que si pagara una hipoteca— y, cuando yo regresaba en vacaciones, alquilaba cualquier sitio o nos instalábamos en un hotel.

—¿Qué pasa, que la niña rica es una tacaña? —añadió mordaz. Si él supiera...

—De acuerdo, te haré la comida a cambio del alquiler. —Odié pronunciar cada una de aquellas palabras, pero no tenía a nadie a quien acudir para pedirle dinero y con lo que ganaba con Lorenzo no llegaría para pagarle a Romeo la mitad del alquiler, comer y los pequeños gastos que me surgirían.

Aun sin pagar alquiler y haciéndome cargo solo de la compra, dudaba mucho que llegara a final de mes, por lo que llegué a la conclusión de que debería buscarme alguna otra cosa.

Romeo me miró casi sin parpadear, estaba claro que no esperaba esa respuesta por mi parte.

—Vaya, vaya, eres una caja de sorpresas y ninguna es buena.

—Me voy —solté con rapidez encaminándome hacia la puerta.

Era eso o estamparle algo en la cabeza, por lo que preferí marcharme hasta que mis instintos homicidas se esfumaran.

No tenía ningún sitio a donde ir y no me apetecía continuar dando vueltas por la calle, pero menos aún estar ni un momento más en su presencia.

Caminé sin rumbo fijo y de la misma manera que me pasó por la mañana entré en el bar de Pietro casi sin ser consciente.

—Dos veces en el mismo día. Menuda suerte la mía.

—Si tenemos en cuenta que esta mañana solo he estado aquí un par de minutos...

—Sí, en eso llevas razón. ¿Te apetece un *cappuccino*?

—No, si quiero dormir será mejor que me pida otra cosa. ¿Cerveza?

—Por supuesto.

Pietro dejó delante de mí una cerveza con una copa y se acercó apoyando las manos en la barra.

—¿Qué te ha hecho mi amigo para que estés aquí a estas horas?
—preguntó con seriedad.

—Nada que valga la pena mencionar, y prefiero no hablar de él
—declaré antes de darle un buen trago a mi cerveza, que estaba fresquita y entraba de maravilla.

—De acuerdo, pues hablemos de otra cosa. ¿Qué te parece el pueblo?

—Es un sitio pintoresco y precioso, resulta difícil no enamorarse de él.

—Sí, bonito sí que es, pero debes de echar de menos tu casa.

—No sé si utilizaría ese término, tampoco sé si lo que añoro es la vida que tenía antes o simplemente que vivir con una persona a la que detesto no me está resultando fácil. Supongo que si las circunstancias fueran otras...

—Ya imagino, ya.

No quería continuar hablando de mí ni de cómo me sentía, así que pregunté lo primero que me vino a la cabeza.

—Oye, Pietro, ¿tú no necesitas a alguien para que te eche una mano aquí? —Después de hablar me di cuenta de que la pregunta no estaba tan mal y me vi aguantando el aliento mientras esperaba la respuesta de Pietro.

—Lo he intentado un par de veces, pero solo me haría falta en horas y momentos muy puntuales y no hay nadie dispuesto a trabajar de esa manera.

—¡Yo lo haré! —me apresuré a responder, con un entusiasmo genuino—. Por las mañanas trabajo en la tienda de Lorenzo, pero tampoco todas.

—No, yo necesitaría a alguien más bien por la tarde-noche.

—No tengo mucha experiencia sirviendo mesas, pero aprendo rápido y hablo francés, inglés y español, además del italiano.

—Madre mía, ¿hablas cuatro idiomas? Eso en hostelería vale oro y hace que tu falta de experiencia me dé exactamente igual. Empiezas mañana.

—¿De verdad? —dije con incredulidad y levantándome del taburete para abrazarlo.

—Si llego a saber que darte trabajo iba a hacer que me abrazaras así, lo habría hecho antes.

Me aparté de él de inmediato, pero no pude evitar sonreír al ver que él también lo hacía.

11. Eso es algo que no te importa

Julietta

Ese día no trabajaba en la tienda de Lorenzo, así que me levanté un poco más tarde y dediqué la mañana a cocinar. No era algo que se me diera especialmente bien, pero me defendía. No porque hubiera visto a mi madre hacerlo o porque me hubiese enseñado, sino porque cuando fui mayor de edad me apunté a un curso sin que ella se enterara —cocinar era algo que no nos correspondía a nosotras hacer, ese era el nivel de mi querida progenitora—. Ahí aprendí lo básico y luego fui perfeccionándolo con la práctica.

Acababa de meter un par de fiambreras en la nevera cuando oí a Romeo salir de su cuarto. Llegó a la cocina y ni siquiera saludó, aunque tampoco era algo que yo esperara.

Se sirvió un café y se sentó en el sofá a tomárselo. Lo agradecí porque de esa manera yo podría continuar a lo mío. Lo malo fue que no tardó mucho en hablar.

—Me he enterado de que vas a trabajar en el bar de Pietro.

Me quedé un poco cortada por la recriminación que parecía contener su voz; con todo, no me dejé intimidar, solo faltaría que tuviera que hacerlo por el simple hecho de trabajar.

—Las noticias vuelan.

—Es un pueblo pequeño y él es mi mejor amigo, me llamó anoche.

—Ya... —respondí sin tener la menor idea de adónde quería ir a parar.

—No tengo ni idea de qué hay entre vosotros dos y tampoco me importa, pero si vas a liarte con él intenta ser discreta. Recuerda que este es mi pueblo y que se supone que estamos casados.

Dejé el paño con delicadeza encima de la encimera y me giré para mirarlo a la cara.

—Cuando dices que sea discreta, ¿te refieres a la misma manera en que tú lo fuiste con aquella mujer? —No desmentí que tuviera intención de liarme con Pietro. No porque me lo hubiera planteado, sino porque era algo que a él no le importaba lo más mínimo.

—La diferencia está en que tú terminarás marchándote, sin embargo, yo continuaré viviendo aquí y no me gustaría ser el cornudo del pueblo.

—Vaya, eres una caja de sorpresas y ninguna es buena —repetí las palabras que él mismo me dijo.

—Me trae sin cuidado lo que hagas o dejes de hacer, solo te pido que seas prudente. Nada más.

—No voy a liarme con Pietro —afirmé, y cuando aquellas palabras salieron de mi boca me arrepentí en el acto. Me había propuesto no decirlas.

—No eres la primera que dice eso y termina haciendo todo lo contrario —espetó, y su voz sonó extraña.

—Ajá. —No me apetecía continuar conversando con él.

—¿Es porque tienes pareja? —Que se interesara por mi vida privada me dejó completamente descolocada.

—Creo que eso es algo que no te importa —solté a la defensiva.

—Tienes razón. Debo irme —zanjó levantándose del sillón.

Era la primera vez que me daba algún tipo de explicación sobre lo que iba a hacer. No le contesté y él se marchó sin despedirse. Parecía mentira, pero aquella conversación había logrado ponerme de peor humor de lo que habitualmente me producía hablar con él.

Al terminar de cocinar, lo dejé todo metido en la nevera y me fui a la calle, pero al bajar el primer tramo de escaleras me encontré con Gia, que parecía llegar de comprar.

—Hola, preciosa. Entra y nos tomamos un café.

No pude rechazar su invitación por varios motivos: el primero, porque no tenía a dónde ir ni nada mejor qué hacer, y el segundo, porque desde que a Lorenzo se le había escapado que ella tuvo algo con mi padre la curiosidad me estaba matando.

Gia colocó la compra mientras me preguntaba qué tal me iba en la tienda de Lorenzo.

—Bien, es un hombre encantador y me ha puesto las cosas muy fáciles. El problema es que hago pocas horas, por ese motivo ayer le pregunté a Pietro si podía trabajar en su bar.

—¿Y qué te contestó? —terció con interés.

—Que sí. El tema de que sepa varios idiomas parece jugar a mi favor.

—Sí, por supuesto que sí. Además, Pietro es un chico listo y no ha perdido el tiempo —dijo.

No la entendí muy bien, por lo que añadí:

—Fui yo la que le pedí trabajo.

—Sí, ya... ¿Sabe Romeo que vas a trabajar con él?

—Sí. Pietro lo llamó para decírselo.

—¿Y te ha comentado algo al respecto?

—¿De que trabaje para Pietro? —Sus preguntas me tenían desconcertada y muy intrigada, para qué negarlo.

—Sí. —No estaba segura de si debía contárselo, pero no vi nada malo en hacerlo.

—Me ha pedido que, si voy a liarme con él, sea discreta.

—Algo así me imaginaba.

—¿Por qué? —pregunté interesada, pues tenía la sensación de que me estaba perdiendo algo.

—Esa es una historia que no me toca a mí contar —se excusó alzando los hombros.

Justo en ese preciso instante pensé que era el momento de preguntarle por una historia que sí era suya, pero mi móvil sonó dando al traste con mis intenciones.

Al sacarlo del bolso vi que se trataba de mi madre y dudé en cogérselo, no porque Gia estuviera presente, sino porque sabía que terminaría arrepintiéndome. No obstante, al dejar de sonar volvió a hacerlo otra vez y, ante la insistencia de ella, terminé por descolgar.

Como ya imaginaba, mi madre necesitaba dinero para uno de sus viajes. Cuando le dije que no podía darle nada porque no tenía, no solo se cabreó, sino que me llamó egoísta y me colgó el teléfono.

Cuando tenía aquel tipo de conversaciones con ella me gustaba estar sola, porque además de ponerme nerviosa también me entristecía mucho. Las únicas veces que mi madre me llamaba era

porque necesitaba alguna cosa de mí. Jamás lo hizo para preguntarme cómo estaba o si era yo la que necesitaba algo.

—Julieta, cariño, te has quedado pálida. Tómate esto, te sentará bien —me pidió Gia tendiéndome un vaso con algo que no llegué a ver porque las últimas palabras las oí como de lejos. Sabía que estaba a punto de perder el conocimiento, por lo que me dio el tiempo justo de apoyar la cabeza sobre el mármol.

12. Es una historia bastante larga

Julieta

Siempre que me pasaba aquello no sabía el tiempo que permanecía inconsciente, muchas veces dependía de varias cosas: si había comido, si me había puesto muy nerviosa, si hacía mucho calor...

Aún no había abierto los ojos, pero ya podía notar que estaba tumbada sobre una superficie blanda y que me habían tapado con algo. Sin moverme intenté hacer memoria para saber dónde me encontraba. Salí de dudas al oír la voz de Gia, recordé que en el momento de perder el conocimiento me encontraba en su casa. Agucé el oído porque ella parecía no estar sola, ya que hablaba con alguien.

Abrí los ojos poco a poco y me encontré con su cara tan cerca de la mía que me sobresalté.

—¿Ves, mamá? Ya te dije que no era nada. Una manera más de llamar la atención —espetó Romeo apartándose de mí.

Me percaté de que estaba tumbada en el sofá del salón de Gia. Deduje que había sido él quien me había llevado hasta allí, porque lo último que recordaba era haber apoyado la cabeza en la encimera de la cocina.

—No seas bruto, hijo. ¿Estás bien, Julieta? —dijo Gia acercándose a mí.

—Sí, no te preocupes. Me pasa cuando me pongo nerviosa —murmuré intentando incorporarme, pero sin lograrlo, pues me mareé ligeramente.

—¿Y qué te ha puesto nerviosa esta vez? ¿Que te han cancelado la Visa? ¿Que no te han dado hora para la manicura? —inquirió Romeo con mordacidad.

Cuando me pasaba aquello me recuperaba rápido, pero había pasado poco tiempo y no estaba al cien por cien, aún tenía un leve

mareo y la cabeza un poco embotada. Así que decidí ignorarlo. Su madre no pensó lo mismo.

—Ya puedes largarte —espetó Gia poniéndose frente a su hijo.

—¿Perdona? —dijo él alzando la cabeza de golpe.

—Ya me has ayudado con Julieta y has demostrado ser un... un... da igual, así no se trata a alguien que acaba de desmayarse, por lo que, si no vas a aportar nada bueno, ya puedes volver a tu casa.

Romeo se había incorporado, su madre fue dando pasos hacia él mientras este retrocedía hasta que lo tuvo arrinconado contra la puerta. Gia la abrió y, una vez que él traspasó el umbral, se la cerró en las narices.

—Ya está bien. A ver quién se cree que es, ni que yo lo hubiera educado para que se comporte de esta manera...

Gia no paraba de renegar a la vez que cogía un vaso de agua y me lo acercaba.

—Estoy mejor, de verdad —volví a decir.

—Me has dado un buen susto. Debes tener cuidado, podrías hacerte daño al caer.

—Normalmente dispongo de unos segundos en los que noto mi cuerpo raro y puedo tomar medidas.

—Bueno, eso me deja más tranquila. —Su genuina preocupación me enterneció—. Lo que no entiendo es qué ha pasado con esa llamada para que te haya afectado así.

—La verdad es que mi madre es la persona que consigue ponerme nerviosa con más facilidad, aunque Romeo está ganando muchos puntos y con mucha rapidez —intenté bromear.

—A mi hijo, cuando quiere ponerse idiota, no hay quien lo gane —dijo sacudiendo la cabeza.

—Desde luego no voy a llevarte la contraria —respondí esbozando una sonrisa.

—Perdona que me sorprenda y que me meta donde no me importa, pero ¿la que ha llamado era tu madre? ¿Tan mal os lleváis?

—preguntó Gia, obviando lo que había dicho sobre su hijo.

—Sí, bueno, ella y yo no tenemos una relación demasiado estrecha. Mi madre es una mujer... peculiar. La mayor parte del tiempo me da la sensación de que la madre soy yo —susurré.

Pocas veces había expresado en voz alta la relación que mantenía con mi madre, pero es que era exactamente así. Ella siempre había sido una persona egoísta y alocada que fue madre muy joven, pero que no hubiera estado preparada para serlo nunca.

Siempre me había costado mucho entenderla y lograr ponerme en su lugar. Como me pasaba en esos instantes, y es que no comprendía por qué no dejaba su vida de lujos, una vida que no podía permitirse ni mantener, claro.

Si me paraba a reflexionar y pensaba en ella, hasta sería bueno que yo no cobrara la herencia, pues mi madre contaba con ese dinero para continuar derrochándolo y si yo lo conseguía sería incapaz de decirle que no.

—Las relaciones humanas no son fáciles, y por lo que sé tu madre es una persona complicada —confesó Gia sin mirarme a la cara.

—¿De qué conoces a mi madre? —pregunté extrañada.

—Es una historia bastante larga —añadió alejándose de mí.

—Debo terminar de recuperarme, así que tengo tiempo —mentí, porque ya se me había pasado la sensación de mareo y estaba perfectamente.

—No sé si soy la persona adecuada para hablarte de esto.

—¿Te afecta a ti? —inquirí.

—Soy una de las protagonistas. —Sonrió con cierta tristeza.

—Pues entonces seguro que no hay nadie mejor que tú para explicármelo.

Gia se giró para mirarme a la cara y durante unos segundos dio la sensación de meditar lo que iba a hacer, hasta que finalmente se acercó y se sentó en el sofá que había frente al mío. Era obvio que estaba nerviosa, por cómo se restregaba las manos.

Mi curiosidad se disparó, pues no tenía ni idea de lo que iba a contarme.

13. El amor de mi vida

Gia

Desde la primera vez que la vi no pude evitar sentir ternura por ella. Julieta parecía estar perdida y no porque se viera abocada a casarse con un desconocido y hubiera tenido que irse a vivir a otro país; se trataba de que daba la sensación de no saber qué hacer con su vida. Era como un animalillo indefenso que necesitaba que alguien se hiciera cargo de él. Con eso no me refiero al simple hecho de cuidarla, Julieta parecía ser una mujer que podía hacerlo perfectamente sola; hablo de esa clase de red con la que cuenta la mayoría de la gente y que consta de las personas que nos quieren y que están cerca cuando caemos. Esa red que, casi sin ser conscientes, nos proporciona seguridad. Ella parecía no tener absolutamente a nadie. Y lo peor de todo era que me daba la sensación de que se trataba de algo que siempre le habían negado.

Sabía que yo estaba actuando como una mamá gallina, pero es que no podía evitarlo, esa chica me enternecía de una manera difícil de explicar.

Solo por eso creí que merecía saber la verdad de todo el follón que Francesco había orquestado, ya que era la única de todos los implicados que lo desconocía y aquello tampoco me agradaba.

No sabía cómo se lo tomaría, así que decidí empezar por el principio para que conociera toda la historia.

—Julieta, voy a explicarte parte de mi juventud, porque creo que será lo mejor para que logres entender la totalidad del relato.

—Perfecto —respondió acercándose ligeramente a mí y prestándome toda su atención.

—Verás, yo era una joven que creía estar enamorada de su novio. Salíamos juntos desde hacía varios meses y todo iba bien. Hasta que otro muchacho apareció en escena y lo que creí sentir por Tomasso no fue nada en comparación a lo que sentí por él. Sé que

no me comporté bien, pero era una cría con un montón de pájaros en la cabeza y empecé a quedar con los dos hasta que todo saltó por los aires.

—¿Qué quieres decir? —Julieta no perdía detalle de mi explicación, lo que me animó a continuar.

—Lo que quiero decir es que me quedé embarazada y no sabía quién de los dos era el padre.

—¡Joder!

—Sí, exacto. Y el problema no terminó ahí, sino que empeoró cuando mis padres se enteraron de mi embarazo. Con el tiempo los perdoné, era otra época y este un pueblo pequeño, pero que me echaran de mi casa, encima estando embarazada, fue muy duro para mí. Tomasso era del pueblo y en el mismo momento en el que le dije que no sabía si el hijo era suyo se desentendió por completo. Cuando se lo comuniqué al otro chico me confesó que, donde él vivía, tenía novia y que esta también estaba esperando un bebé.

—La hostia —soltó Julieta sin poder contenerse.

—Sí, de la noche a la mañana mi vida se convirtió en una telenovela.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Julieta con preocupación. Era un amor de niña.

—Mi abuela me acogió en su casa y yo trabajé como una mula para sacar a mi hijo adelante. No supe nada más de Tomasso. Lo veía por el pueblo, sí, pero hacía como si no nos conociéramos de nada. Incluso se cruzaba de acera cuando yo pasaba por ella.

—Menudo gilipollas —susurró Julieta.

—Sí que lo fue, pero con los años entendí que era un crío y que se sintió muy traicionado por mí.

—Supongo que sí, pero eso tampoco le daba derecho a tratarte de aquella manera. —Que saliera en mi defensa con tal vehemencia estuvo a punto de hacer que se me saltaran las lágrimas—. ¿Qué pasó luego?

—Pues que el otro chico se marchó a los pocos días de yo darle la noticia. No fue fácil criar a mi hijo yo sola siendo tan joven, debo agradecer la paciencia y la ayuda que tuve por parte de mi abuela. El único miembro de mi familia que no nos dio de lado.

—Debo decir que hiciste muy buen trabajo con Romeo —dijo ella apretando mi mano.

—Sí, pero esto es solo el principio de la historia, porque el chico que se marchó regresó al pueblo dos años después. Por lo visto él y su novia rompieron en cuanto él volvió. Ella no le dejaba ver al bebé y estaba resultando todo muy complicado. Se instaló en el pueblo y se puso a trabajar. Empezó a visitarnos y a cuidar de Romeo y de mí. Reanudamos nuestra relación justo donde la habíamos dejado, con la diferencia de que éramos uno más. En cuanto pudimos, alquilamos un pequeño pisito en el que los tres vivimos un tiempo. Aquellos fueron los mejores años de mi vida, cuando no teníamos demasiado, pero nos sobraba amor.

—¿Te enamoraste de él? —preguntó Julieta sonriendo.

—No, de lo que me di cuenta fue de que siempre estuve enamorada de él.

—Vaya...

—Sí, él fue el amor de mi vida, pero con el tiempo nuestra relación se enfrió y nos fuimos distanciando hasta que él me dejó por otra.

—Menudo...

—Bueno..., así es la vida. Pero no cambiaría los años que viví con él por nada del mundo.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó con inocencia.

—Preciosa, el amor de mi vida fue Francesco, tu padre.

Antes de poder hacer nada para remediarlo, Julieta volvió a perder el conocimiento.

14. ¡Joder, otra vez!

Romeo

No hacía ni media hora que había subido de casa de mi madre cuando llamaron al timbre de nuevo. Me levanté con tranquilidad, pues no lograba comprender quién volvía a molestarme.

Me sorprendí al comprobar que era mi madre otra vez.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, hastiado, apoyándome en el marco de la puerta.

—Ha vuelto a desmayarse y yo me pongo nerviosa de verla así —balbuceó restregándose las manos, acción que confirmaba su nerviosismo.

—¡Joder, otra vez! ¿Qué coño ha sucedido para que le pase con tan poco tiempo de diferencia? —gruñí cogiendo las llaves y cerrando la puerta.

—Le he contado mi historia con su padre.

—Me cago en...

—Shhh, ni se te ocurra terminar esa frase. ¿Desde cuándo eres tan malhablado?

—Desde siempre. Anda, vamos —la apremié.

Bajé las escaleras de dos en dos. No porque me preocupara Julieta, sino porque estaba enfadado con mi madre.

Al entrar, «mi mujer» ya se estaba despertando. Lo primero que hizo fue clavar aquellos enormes ojos en mí y no me gustó nada su forma de mirarme.

Mi madre llegó con otro vaso de agua, estaba claro que la deshidratación no era la causa por la que Julieta se desmayaba. Se incorporó y bebió un poco.

—Gia —susurró, llamando la atención de mi madre—. Con la historia que acabas de narrarme... ¿Lo que quieres decir es que mi padre me ha obligado a casarme con mi hermano?

¿Pero qué decía esa local? ¿Y qué cojones le había contado mi madre?

—¿Qué?! No, Julieta, claro que no. Cuando Francesco regresó se hizo una prueba de paternidad; Romeo no es hijo suyo, aunque lo crio como si lo fuera.

—Ah —respondió Julieta visiblemente aliviada.

Yo agaché la cabeza porque recordar al que para mí había sido mi padre me entristecía.

Los primeros años de mi vida fue una persona constante en ella. Cuando él regresó yo era muy pequeño y no recordaba una infancia en la que él no estuviera presente. Si echaba la vista atrás, a mi mente acudían con claridad los recuerdos de las mañanas de los domingos en los que me levantaba de mi cama y corría descalzo a la cama donde dormían los dos. Cómo me acomodaba en medio para terminar despertándolos. Nos quedábamos un buen rato allí hablando hasta que nos cansábamos y comenzábamos una guerra de almohadas.

O cuando Francesco me llevaba de excursión por la montaña y me enseñaba los nombres de árboles y hierbas. O las noches cuando me costaba dormir y se metía conmigo en mi cama para contarme un cuento... Un montón de cosas que hicieron que mi infancia fuera muy feliz.

Tenía todos esos recuerdos y muchísimos más, pero es que también los tenía de cuando crecí y me hice adulto, porque, a pesar de la separación de mis padres, él siempre estuvo presente en mi vida. Siempre.

Ese era el motivo de que aquella herencia fuera tan importante para mí. No por el dinero en sí, que también, sino porque Francesco era mi padre y yo quería, primero, acatar su última voluntad, y segundo, recibir una herencia que creí que me pertenecía, aunque Julieta fuera su hija de sangre.

Con el siguiente comentario de ella volví al presente.

—Ufff, menos mal. Porque, a pesar de que mi padre era como era, no podía creer que hubiera hecho algo así.

—Si no te importa, en mi presencia hablas bien de él —espeté con rabia.

Julieta se me quedó mirando con atención y supe que estaba analizando lo que iba a decir.

—Francesco siempre fue una figura ausente en mi vida, no puedo decir que le tenga ningún cariño. Casi no lo conocía.

—Quizá lo que deberías hacer es mantener una conversación con tu madre —dije sin poder aguantarme.

—¡Romeo! Haz el favor de controlarte —me regañó mi madre.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Julieta entrecerrando los ojos.

—Nada. Será mejor que me vaya, tengo un montón de cosas que hacer.

—Odio que hagas eso —bramó Julieta enfadada.

—¿A qué te refieres? —pregunté haciéndome el tonto.

—Que te marches cuando intento que me expliques algo.

No le respondí y tampoco hice caso a sus protestas. Salí del piso de mi madre sin volver la vista atrás.

Toda aquella situación me desconcertaba y todavía tendría que convivir con ella un año. Esperaba y deseaba que se cansara antes y se largara en breve, porque, a medida que fueran pasando los días, la cosa no haría más que complicarse. Estaba convencido de ello.

Sin embargo, contra todo pronóstico, Julieta parecía sentirse cómoda en aquel pueblecito y había hecho muy buenas migas con mi madre —algo que no me sorprendió viendo cómo se comportaba con ella, que parecía más su hija que yo—. También daba la impresión de llevarse muy bien con Pietro, por supuesto, aunque eso tampoco me extrañó. Mi amigo era incapaz de no desplegar todo su arsenal de conquista cuando veía a una mujer bella, por culpa de aquello había estado a puntito de poner fin a nuestra amistad. Y, sí, Julieta podría tener muchas cosas que no me gustaban, como que era demasiado bajita y delgada, pero no podía negar que era guapa.

Aunque tampoco lo pensaba porque yo me hubiera fijado demasiado en ella, por supuesto.

15. Era encantador, sí, señor

Julietta

Pude respirar tranquila en cuanto Gia me aseguró que Francesco no era el padre biológico de Romeo. ¡Menuda impresión me había llevado!

Ya no me sorprendí, al despertar, de verlo junto a mí. Con todo, hasta que no se marchó no logré terminar de relajarme. Cuando él estaba cerca, mi cuerpo se tensaba como las cuerdas de un arpa. Por eso en cuanto salió por la puerta volví a tumbarme en el sillón y respiré profundamente intentando relajarme.

Ese segundo desmayo me había dejado bastante chafada, y es que no era habitual sufrirlos tan seguidos. Me quedé recostada un rato más. Gia me dejó descansar y pasada una media hora decidí que había llegado el momento de irme, porque, a pesar de que no me apetecía demasiado regresar al piso y tener que ver a Romeo, quería meterme en la cama y dormir un rato, a ver si se me pasaba el malestar.

Me despedí de Gia y ella insistió en que me quedara para que pudiera cuidarme, pero, si bien se lo agradecí, me mantuve firme, pues necesitaba estar sola.

Al entrar, me encontré con Romeo sentado en uno de los bancos de la cocina dando buena cuenta de la comida que dejé preparada.

—Esto está rico —dijo con sorpresa y sin levantar la vista del plato.

El muy idiota pensaría que no sería capaz ni de freír un huevo. No le respondí y me dispuse a encerrarme en mi cuarto.

—No es que me importe lo que hagas, pero creo que deberías comer un poco.

Iba a contestarle que efectivamente no le importaba, sin embargo, logré contenerme y pensé que quizá tuviera algo de razón

y que si quería que se me pasara aquella flojera lo mejor sería ingerir algo.

Me dirigí a la nevera y me puse un poco de pasta en un plato. Romeo me lo quitó de las manos.

—Siéntate, ya me encargo yo; pareces estar a punto de desfallecer —me pidió, y le hice caso porque notaba las piernas flojas.

Me senté en el banco que había frente al que él había ocupado y cuando el timbre del microondas sonó Romeo puso el plato frente a mí y volvió a sentarse.

—Gracias —susurré. Él volvió a ser el borde de siempre y ni siquiera me respondió.

Era la primera vez que hacíamos algo juntos y, aunque solo se tratara de comer, me sentía muy incómoda. Por ello agradecí que Romeo rompiera el silencio, aunque el agradecimiento durara poco.

—No estoy acostumbrado a compartir el espacio con nadie, así que te pido que no dejes nada por el medio. —Ese hombre tenía la costumbre de hablar como si dictara órdenes.

—No soy una persona desordenada, pero esta también será mi casa durante el próximo año y espero poder sentirme cómoda en ella.

—Ya, pero es que esa no es mi intención. Preferiría que no lo hicieras y que te largaras lo antes posible. —Era encantador, sí, señor.

Opté por callarme porque en mi cabeza se estaba fraguando una idea con la que no pude evitar sonreír.

Cuando terminé de comer, me metí en la cama y dormí una media horita. Al despertar estaba como nueva, así que me duché, me aseguré de que Romeo no estuviera en casa y puse mi plan en marcha.

Lo primero que hice fue llevar un par de libros a la mesa de centro del salón. Después dejé una chaqueta encima de una silla, unos zapatos por aquí, unas camisetas por allá... Cuando puse un sujetador sobre la mesa creí excederme, pero no lo retiré. Terminé en el momento que esparcí por la mesa algunas gomas de pelo y unas cuantas horquillas.

Al echar un vistazo sonreí, pues parecía que por el precioso y ordenado piso de Romeo había pasado un huracán. Me encaminé hacia la nevera para ponerme con la segunda fase del plan.

Saqué los diferentes recipientes donde había guardado la comida; a unos les eché casi el bote entero de sal y a los otros el de pimienta. No me gustaba desperdiciar así ni la comida ni el tiempo que había tardado en hacerla, pero valdría la pena solo por intuir la manera en la que él reaccionaría.

Cuando salí de allí no pude evitar sonreír pensando en lo mucho que se enfadaría cuando viera todo aquello. Y es que, sin saberlo, Romeo acababa de declararme la guerra.

Caminé con tranquilidad hasta llegar al bar de Pietro. Ese día elegí un vestido muy favorecedor y cómodo que acompañé con unos zapatos con cuña. El conjunto me hacía sentirme bien a pesar de su sencillez. Aunque sabía que al llegar al bar tendría que cambiarme y ponerme bambas, porque, si ya es difícil servir mesas con tacones, imaginaos si el suelo es de adoquines.

—Vaya, hoy estás especialmente guapa —me piropeó Pietro nada más cruzar la puerta.

—Pietro, me ha bastado pasar poco tiempo contigo para darme cuenta de que no dejas títere con cabeza. Por el amor de Dios, si es que te gustan todas y no pierdes ocasión de hacérselo saber a cada una de ellas —apunté poniendo los ojos en blanco.

—Sí, bueno, es que yo soy así, no puedo evitarlo... —dijo ligeramente azorado.

—Ya me he percatado, ya.

Pietro no parecía mal tío, pero había algo en él que no acababa de gustarme. Entendedme, me refiero a su manera de ser, porque era guapo a rabiar; aunque las personas que se comportaban como él me parecían un poco cargantes, era como si todo lo que decían no fuera real, como si actuaran o fueran falsas... No sabría definirlo con exactitud, solo sabía que no me gustaba. Aunque, claro, tampoco tenía que gustarme, ya que se trataba únicamente de mi jefe. Con llevarme bien con él era más que suficiente.

Aquella tarde hubo bastante trabajo, además de que me tocó servir la mesa donde se sentó Romeo y fue una situación... algo extraña e incómoda, y no sabría decir exactamente por qué. Así que terminé llegando a casa más tarde de lo habitual.

Después de los dos desmayos de la mañana y del estrés vivido durante el día solo podía pensar en meterme en la cama. Pero al abrir la puerta supe que aquello no iba a pasar, pues vi a Romeo sentado en el sofá y, por la manera en la que me miró cuando entré, supe dos cosas: que me había estado esperando y que estaba muy enfadado.

16. Estaba jodido

Romeo

Disfrutaba con mi trabajo. Siempre me gustó la historia, por eso me decanté por esa carrera, a pesar de que tuve que sacarme también Administración y Dirección de Empresas porque mi padre insistió en que la necesitaría para ayudarlo.

Lo malo de haber estudiado Historia era que no me veía encerrado en un museo ni dando clases. Por eso opté por hacer de guía turístico, lo cual me permitía pasar la mayor parte de mi tiempo en la calle, y lo mejor era que podía hablar sin parar sobre la historia del pueblo donde crecí y que me entusiasmaba. No cobraba demasiado bien, pero hasta hacía poco lo compaginaba trabajando con mi padre; sin embargo, desde que este murió me daba la sensación de que me faltaba algo. Me fascinaba mi pueblo, pero muchas veces sentía que me ahogaba en un sitio tan pequeño. Durante todos los años que trabajé con Francesco pude compaginar muy bien los dos trabajos. Viajaba por el mundo y vivía en Barcelona, y cuando me agobiaba de todo aquel ajetreo regresaba a la tranquilidad del pueblo y hacía de guía turístico. Sin embargo, al morir mi padre aquello se había acabado.

—Ha sido muy interesante, Romeo —susurró muy cerca de mí una de las mujeres a las que le había hecho el *tour* aquella tarde.

—Me alegro de que te haya gustado —respondí regalándole mi mejor sonrisa.

—Muchooo —alargó las últimas letras mientras cogía mi mano y ponía un papel en ella.

Sabía que se trataba de su número de teléfono antes de abrirlo, estaba a punto de acercarme a ella para concertar una cita cuando la distinguí a lo lejos. Mis ojos se deslizaron por todo su cuerpo y un escalofrío me recorrió. Hacía tiempo que no la veía, pues tenía entendido que se había marchado a vivir fuera.

Me resultó imposible dejar de mirarla mientras se acercaba. Llevaba un vestido negro ceñido que podría parecer sencillo, pero puesto sobre su cuerpo resultaba explosivo. Tampoco ayudaba el color rojo que había utilizado para maquillar sus labios. Siempre fue increíblemente bella, pero parecía que el tiempo la había tratado muy bien. Estaba impresionante.

Me olvidé de la mujer que acababa de darme su número y si me descuido me hubiera olvidado hasta de mi nombre.

—Hola, Romeo. Cuánto tiempo... —me saludó al llegar frente a mí.

—Sí, mucho —logré decir sin que la voz me titubeara. Un gran logro si tenemos en cuenta lo nervioso que me sentía.

—He venido a pasar unos días en casa de mis padres —dijo acortando aún más la distancia que nos separaba y haciendo que clavara mis ojos en aquel carmín que hacía que sus labios resultaran más tentadores de lo que ya eran.

Sacudí la cabeza intentando centrarme en lo que había dicho. La visita a casa de sus padres era el motivo por el que se encontraba allí.

—¿Están bien? —me interesé, preocupado.

—Sí, sí, muy bien —respondió mientras tocaba mi brazo desde el codo hasta la muñeca. Me estremecí sin poder ocultarlo. Y ella se dio cuenta, por supuesto.

—Me alegro —dije como pude, y la sonrisa que me dedicó consiguió dejarme sin aliento.

—¿Te apetece tomar algo?

—Sí, claro. —Me mosqueé conmigo mismo por mostrarme tan solícito, pero no me eché atrás.

El último sitio donde quería ir era al bar de Pietro, si bien era el que nos pillaba más cerca y los dos nos dirigimos hacia allí sin acordarlo.

Escogimos una mesa en la terraza y, cuando llevábamos dos minutos sentados, apareció Julieta. Se me había olvidado por completo que ella trabajaba allí.

No la miré en ningún momento, ni siquiera cuando dejó nuestras bebidas encima de la mesa.

—¿Qué tal te va todo? —me preguntó Paola, y una parte de mí se moría de ganas de decirle que a ella qué le importaba. Sin embargo, no lo hice.

—Bueno, mi padre ha muerto.

—Ostras, Romeo, no lo sabía. Lo siento mucho, sé lo importante que era él para ti.

Se movió en su silla y supe lo que ocurriría a continuación. Una parte de mí no quería que pasara, pero la otra lo ansiaba con tanta desesperación que me sorprendí.

Se levantó de su silla y me abrazó con fuerza, yo aspiré hondo su aroma y un montón de recuerdos inundaron mi mente. Aún estábamos abrazados cuando lo oí y no pude evitar tensarme.

—¿Paola?, ¿qué haces aquí?

Ella se irguió como si de una reina se tratara y lo miró con desprecio. A pesar de ser mi amigo, una parte de mí se regocijó ante la reacción de Paola.

—Hola, Pietro. He venido a ver a mis padres.

—Ah, espero que estén bien.

—Sí, bien —respondió escueta.

Justo cuando pensaba que la cosa no podía liarse más, Pietro habló y, como era habitual en él, lo fastidió todo.

—Por cierto, ¿te ha dicho Romeo que se ha casado? Su mujer es un verdadero encanto. —Sabía que solo lo hacía para que Paola se enterara de mi situación. Funcionó, claro.

—¿Estás casado? —automáticamente miró mi dedo buscando la alianza que no llevaba.

—Sí, es una historia muy larga —confesé rascándome la nuca con nerviosismo. Me reprendí por ello, pues no le debía ninguna explicación.

Aparte de eso, de lo último que me apetecía ponerme a hablar con ella era de mi matrimonio, pero Julieta salió para atender a la mesa de al lado y Pietro aprovechó la oportunidad. Por supuesto.

—Julieta, ven un momento —la llamó.

—¿Se llama Julieta? Qué apropiado —murmuró Paola.

Mi amigo se encargó de las presentaciones, yo ni siquiera me levanté y cuando Julieta volvió a marcharse Pietro la siguió, pues

tenían faena.

—Me he quedado de piedra, pues ha sido ella la que nos ha servido antes y ni siquiera os habéis saludado —indagó Paola.

—Ya te he dicho que es una larga historia —respondí sin querer explicarle más. Pareció funcionar, porque no insistió.

—No es para nada tu estilo de mujer —terció Paola, y por primera vez desde que nos vimos un comentario suyo no me sentó bien.

—No sabía que tenía un estilo de mujer —repliqué con acidez—. Además, Julieta es guapa.

—No he dicho que no lo sea. Solo estoy sorprendida.

—Pues no deberías, hacía mucho que no nos veíamos y tampoco hemos tenido ningún tipo de contacto en todo este tiempo.

—Sí, eso es verdad.

—Paola, tengo que marcharme, espero que podamos vernos antes de que te vayas —añadí, porque me habían entrado unas enormes ganas de largarme de allí.

—Si te parece bien, te mando un mensaje y quedamos.

—De acuerdo.

—¿Tienes el mismo número?

—Sí, el mismo —dije poniéndome en pie.

Tenía que irme ya, la situación se estaba volviendo insostenible. Lo peor fue cuando me acerqué a ella y le di un beso en la sien. Paola siempre había despertado un deseo en mí muy difícil de controlar. Tanto que nunca fui capaz de hacerlo.

Y volvía a tenerla allí.

Estaba jodido.

Mucho.

17. ¿Quién era la mujer del bar?

Julieta

Desde el mismo momento en el que decidí llevar a cabo aquel plan sabía que lo haría enfadar, pero tenía claro que la fiereza que intuía en sus ojos no era solo por el desorden que encontró en su piso. Algo me decía que la mujer con la que estuvo, esa misma tarde en el bar, tenía algo que ver.

Cerré la puerta y me acerqué a él, pues estaba claro que tenía algo que decirme.

—Vas a recoger todo esto y lo dejarás exactamente como estaba.

—Su voz calmada y pausada transmitía de todo menos tranquilidad.

Aún no sé de dónde saqué el coraje para responderle aquello.

—¿Y si no quiero?

Vi cómo se incorporaba con lentitud y avanzaba hasta donde yo me encontraba con una parsimonia que nada tenía que ver con la calma. Era como un felino a puntito de lanzarse sobre su presa.

—No me jodas, Julieta. Recógelo, y no es una sugerencia —ordenó apretando la mandíbula.

Dicho esto, dio media vuelta y se encerró en su cuarto. Me planteé ponerme a recoger, pero recapacité y no me dio la gana, así que entré en mi habitación, me duché y me metí en la cama. Estaba tan agotada que me dormí en cuanto puse la cabeza sobre la almohada.

Un sonido estridente me despertó, haciendo que me incorporara de golpe. Me costó ubicarme y darme cuenta de dónde me encontraba. Tardé unos segundos en percatarme de que lo que me había despertado era Romeo, que me estaba gritando desde la puerta.

Centré la vista en él y comprobé que no parecía la misma persona que vi la noche anterior. ¿Qué había cambiado? ¿Por qué me parecía mucho más guapo? Si no hubiera estado tan dormida,

me habría dado cuenta al instante de que se había recortado la larga barba y en esos momentos era mucho más corta; barba de dos días, como yo la llamaba. También llevaba tejanos y una camiseta negra de manga corta que le quedaban impresionantemente bien. Y lo más importante: no había ni rastro del dichoso sombrero. ¿Siempre había sido tan guapo? ¿Por qué no reparé en ello?

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? —me increpó.

La verdad era que estaba tan pendiente de él que no me enteré de una palabra.

—No. Es que no ayuda mucho el hecho de que entres gritando a mi cuarto cuando estaba profundamente dormida —mentí con la intención de excusarme, porque la verdad es que, al verlo, me había despertado de golpe.

Fue justo al decir aquello cuando noté cómo su mirada recorría mi cuerpo y se detenía en una parte concreta de él. Cuando bajé la cabeza la que casi pegó un grito fui yo, pues una teta se me había salido del pijama (como era habitual cuando dormía en tirantes).

Me cubrí con rapidez y él masculló algo que entendí como que me esperaba en el salón.

Me levanté de la cama y caminé hasta el cuarto de baño, necesitaba ducharme para ver si lograba centrarme un poco. Cuando estuve lista aún me entretuve un par de minutos más deambulando por mi cuarto en un burdo intento de alargar el momento de enfrentarme a él y a lo que estaba segura que sería una conversación difícil. Al ser consciente de que no podía alargarlo más salí.

Lo primero que hice antes siquiera de mirarlo fue prepararme un café. Aunque debo decir que me sorprendió que no me abordara en cuanto pisé el salón.

Estaba dando mi segundo sorbo cuando Romeo rompió el silencio.

—No me gusta el desorden, así que te agradecería que recogieras todo lo que has dejado por el medio.

Me quedé perpleja ante el tono que utilizó para pedírmelo. Nada que ver con lo encolerizado que parecía la noche anterior.

—De acuerdo —cedí.

—¿De acuerdo?, ¿así, sin más?

—Cuando pides las cosas bien y sin gritar sales ganando. ¿No sabes el refrán ese que dice que se atrapan más moscas con miel que con vinagre?

—Se dice «hiel».

—¿Perdona? —No sabía de lo que me estaba hablando.

—Se dice: «Se atrapan más moscas con miel que con hiel».

—Ufff, a mí eso me suena mal. Yo siempre he dicho con vinagre.

—Tú lo que eres es una listilla —bromeó Romeo clavando los ojos en mí y dibujando una sonrisa tan espléndida que hizo que me viniera arriba.

—¿Quién era la mujer del bar? —solté antes de poder retener las palabras, y me arrepentí en el mismo momento en el que salieron de mi boca.

—Me parece que quedó claro desde el principio que la vida personal de cada uno no le importa al otro —espetó seco y sin rastro de sonrisa.

—Sí, pero tú también aclaraste que debíamos comportarnos de manera discreta y no me pareció que lo fueras ayer.

—No hice nada que llevara a pensar lo contrario —alegó con mucha seguridad.

—Agradecería que no me tomaras por imbécil. —Continué hablando porque por la manera en la que alzó la ceja estaba casi segura de que iba a confirmar que lo era—. Solo había que ver tu forma de mirarla, estuve a puntito de llevarte un babero.

—No creas que tú miras muy diferente a Pietro. Además, no pienso entrar en esto; con Paola es imposible que sea capaz de disimular, así que tendrás que aguantarte.

—A mí me da exactamente igual lo que sientas por ella, pero recuerda que estás casado conmigo y que no quiero ser la comidilla del pueblo.

—Te marcharás en unos meses, ¿qué más te da?

—Un año, me iré en un año —aseguré con contundencia.

—Eso ya lo veremos. Por ahora, lo que tienes que hacer es recoger este desastre —ordenó, y a mí me entraron ganas de

invitarlo a que comiera algo. Iba a ser una pena no ver su cara cuando lo hiciera.

—¿De qué te ríes? —preguntó con la sospecha dibujada en su cara.

—De nada —dije con rapidez levantándome de la silla para no continuar delatándome.

No me creyó ni por un momento, pero me dio exactamente igual. Cuando lo tuve todo recogido, salí de allí hacia la tienda de Lorenzo.

Aquel día iba a estar entretenida, ya que me tocaba trabajar en la tienda de Lorenzo y en el bar.

18. Nada más ni nada menos

Julieta

No regresé a casa a comer por no encontrarme con Romeo. Estaba segura de que ya habría probado la comida y, por más que deseara verle la cara, prefería no estar presente cuando la furia se apoderara de él.

Casi había terminado una ensalada riquísima que me había pedido en un bar cuando mi móvil sonó.

Romeo:

Desperdiciar de esa manera la comida por hacer una gracia me parece de una inmadurez absoluta. Pero, claro, ¿qué se le puede pedir a una niña que ha comido siempre con cuchara de plata? O vuelves a comprar y a hacer la comida o tendrás que pagarme un alquiler.

Pues desde luego no había resultado tan divertido como creí; eso, o que con Romeo era imposible pasarlo bien con nada.

Decidí no responderle, no valía la pena. Lo peor era que tendría que ceder, así que antes de entrar a trabajar en el bar me pasaría por la tienda y compraría algo para hacer al día siguiente. No podía permitirme pagarle un alquiler, de manera que no tenía otra alternativa que volver a cocinar. Y, ante aquel pensamiento, la idea que me pareció muy buena en el momento en el que la tuve había dejado de serlo.

Algo que también llamó mi atención del mensaje de Romeo fue que siempre se dirigía a mí como si yo lo hubiera tenido todo en la vida, como si el dinero pudiera suplir las ausencias. Era curioso, porque jamás me sentí que perteneciera a nada ni a nadie, dado que en los colegios a los que iba solían reírse de mí, pues no pertenecía ni al círculo social al que lo hacían los más ricos ni tampoco al de los que asistían con becas.

Estaba sola la mayor parte del tiempo, supongo que por eso idealicé siempre los pocos días de vacaciones que pasaba con mi madre. Aunque, analizándolo desde la distancia, sabía que no habían sido buenos, ya que la mayor parte del tiempo lo único que hacía era seguirla de un lado para otro, hasta que se cansó y contrató a niñeras que se ocupaban de mí, así solo estábamos juntas los momentos que ella decidía. Cuando tuve edad suficiente para quedarme sola, prescindí de las niñeras y como ya no le molestaba tanto pude acompañarla a más sitios. Aun así, solo me permitía estar con ella las vacaciones de verano.

Debía reconocer que en lo material nunca me faltó de nada, siempre viví bien, pero los lujos los acaparó mi madre.

En fin, que tampoco valía la pena desmentir ni afirmar nada ante él, no tenía por qué conocerme tanto. Mi único objetivo era aguantar un año a su lado, cobrar la herencia y hacer realidad mi sueño.

Nada más ni nada menos.

La tarde en el bar de Pietro se me pasó volando. La parte negativa llegó cuando ya solo quedaba una hora para cerrar y apareció Paola, que se sentó en una de las mesas que yo atendía.

Me acerqué a ella sin darle mayor importancia.

—Hola, ¿qué te pongo?

—Hola, Julieta. Ayer me quedé tan descolocada que no me dio tiempo a reaccionar. Me sorprendió mucho que Romeo estuviera casado. Contigo —añadió la última palabra mirándome de arriba abajo—. Enhorabuena.

No tenía claro si me estaba tomando el pelo y sabía que lo mío con Romeo era una falsa o si intentaba sacarme información. Ninguna de las dos cosas me gustó.

—Gracias —respondí breve.

—¿Te ha hablado Romeo de mí? —preguntó con interés.

—No. —Obvié decir que no me había hablado ni de ella ni de nada.

Justo antes de que pudiera continuar hablando apareció mi jefe.

—¿Qué haces aquí otra vez, Paola? —Me sorprendió la frialdad con la que Pietro le habló, desde luego no era normal en él y menos

tratándose de una mujer tan guapa.

—No pensé que tuviera el acceso restringido —respondió haciendo un mohín que parecía casual, pero que estaba segura de que lo tenía muy estudiado.

—Ya sabes que no lo tienes, aunque espero que la visita a tus padres no dure demasiado —espetó él con cierto resentimiento.

Yo me fui de allí en cuanto vi la oportunidad.

Me consideraba una persona curiosa por naturaleza, pero estaba claro que aquel tema no era de mi incumbencia, así que no le di más importancia, por lo menos hasta que Pietro se despidió de ella y entró renegando en el bar.

—No es propio de ti tratar así a una mujer —dije en cuanto él dejó de murmurar por lo bajini.

—Lo sé, pero es que Paola saca lo peor de mí.

—Ya lo veo, ya.

—No sé qué te ha contado Romeo, pero puedo asegurarte que no fue un capricho. Realmente me enamoré de ella y pensé que me correspondía...

No estaba entendiendo absolutamente nada de lo que me decía, así que antes de que continuara hablando se lo hice saber.

—Pietro, Romeo y yo no hemos mantenido ni una sola conversación, ni de ella ni de nadie. Hablamos lo justo en la ceremonia para poder casarnos y después de aquello apenas hemos intercambiado un puñado de palabras.

—Ah, pensé que él...

—No, no me lo ha explicado y no creo que nada de lo que vayas a decirme sea de mi incumbencia.

—Pero estás casada con él.

—Los dos sabemos lo que ese matrimonio significa.

—Bueno, también soy parte en todo esto y ya te he dicho lo más importante. Me lie con Paola cuando esta salía con Romeo.

—Vaya —susurré sin poder callarme.

—Sí, pero en mi defensa diré que pensaba que ella me quería, aunque no tardé demasiado en percatarme de que no era así. Cuando todo explotó y la verdad salió a la luz, Paola apenas tardó un

par de meses en liarse con otro y marcharse del pueblo. Nos dejó a Romeo y a mí rotos y con nuestra amistad pendiendo de un hilo.

—No soy de juzgar mucho a las personas, porque no estoy en tu lugar, pero liarte con la pareja de tu mejor amigo no es muy adecuado.

—Lo sé, pero es que Paola siempre tuvo algo que consiguió volvernlos locos a los dos.

—Es muy guapa, sí.

—Va mucho más allá de la belleza, te lo aseguro. Es algo a lo que es difícil resistirse, y una vez que te acuestas con ella ya no hay vuelta atrás, caes en sus redes para siempre.

A mí todo aquello me sonaba muy peliculero. Que, a ver, la tía podía ser una máquina en la cama —no entendía bien qué era lo que hacía para ser tan diferente—, pero eso tampoco me parecía un motivo tan categórico para que Pietro, que aparentaba ser un mujeriego empedernido, hablara así de ella.

Preferí callarme porque yo en el sexo siempre fui bastante normalita, quiero decir que no me gustaban las cosas raras ni nada fuera de lo que yo consideraba lo común, claro, porque para cada uno lo normal era una cosa diferente.

Agradecí mentalmente que nunca tuviera que acostarme con Romeo, no quería ni pensar en la presión que competir con alguien como Paola supondría para mí.

Terminé mi turno cansada y con un incipiente dolor de cabeza. Lo achaqué a que ese día trabajé en los dos sitios y no a lo que Pietro me había contado y a lo que no podía dejar de darle vueltas. Lo más patético era que nada de aquello era de mi incumbencia.

Cuando llegué al piso no había ni rastro de Romeo por ningún sitio, estaba casi segura de que se encontraría en compañía de la mantis, como yo la había bautizado en un arranque de ingenio.

19. ¡¿Que ha hecho qué?!

Julieta

Aquella mañana no me tocaba ir a la tienda de Lorenzo, pero me levanté temprano porque tenía que hacer la maldita comida. Otra vez.

No llevaba ni diez minutos en la cocina cuando se abrió la puerta del cuarto de Romeo. Me tensé al verlo salir sin nada más que unos *boxers*. Durante más segundos de lo estrictamente adecuado no pude apartar mis ojos de su cuerpo. Cuerpo que parecía estar muy en forma, aunque no entendía en qué momento hacía deporte, pues en el tiempo que yo llevaba allí no lo había visto jamás salir a correr, ir al gimnasio ni nada por el estilo.

Desvié la vista y, como si fuera una quinceañera en lugar de una mujer hecha y derecha, me sonrojé. Agaché la cabeza y continué con lo mío, lo único que esperaba era que se largara de allí cuanto antes y se pusiera algo de ropa encima.

—Pensaba que estarías en la tienda —dijo con una voz que sonó entre sorprendida y tensa.

—Hoy no trabajo.

—Ya lo veo —añadió con seriedad. Como os comenté, era la alegría de la huerta.

Sí, debía reconocer que mi respuesta había sido muy ingeniosa, porque si me encontraba allí estaba claro que no trabajaba; en fin, que verlo en calzoncillos me había dejado un poco tocada. No porque me hubiera detenido demasiado tiempo a mirarlo ni porque lo poco que vi fue un cuerpo realmente increíble, por supuesto que no.

—Verás, quería comentarte una cosa... Anoche... —titubeó, y era la primera vez que le pasaba.

Romeo no pudo continuar con lo que fuera que quería decirme porque la puerta de su habitación volvió a abrirse y por ella apareció

Paola, vestida tan solo con un espectacular conjunto de ropa interior.

Debo aclarar que el sujetador que llevaba era tan bonito que me costó apartar la vista de él. Bueno, eso y que Paola tenía unos pechos impresionantes. Más o menos como los míos, vaya, que me compraba los sujetadores con relleno desde que era una adolescente y no habían crecido mucho desde entonces. Qué malas eran las comparaciones, por Dios.

Cuando por fin fui consciente de lo que pasaba, clavé la mirada en Romeo, que por primera vez desde que se cruzó en mi vida parecía azorado.

Sentí que allí no pintaba nada, así que apagué el fuego —y una mierda iba a continuar cocinando para él—. Salí de la casa sin hacer caso a lo que Romeo trataba de decirme y que no oí porque estaba demasiado ocupada intentando localizar mi bolso para largarme de allí lo antes posible.

Era temprano y no sabía dónde acudir, eso sin tener en cuenta que con las prisas había salido descalza. Ese era uno de los inconvenientes de que me encantara caminar así cuando estaba en casa. Por todo aquello no me quedó más remedio que llamar al timbre de Gia y rezar para que estuviera despierta.

Suspiré aliviada cuando me abrió a los pocos segundos y perfectamente vestida.

—¿Estáis bien? ¿Ha pasado algo? —preguntó preocupada.

—No, qué va —respondí rápido.

—¿Y por qué me llamas a estas horas y descalza?

—Antes de continuar hablando necesito un café —le pedí, porque no se me ocurría nada que contestarle y porque pensé que me vendría bien hacer tiempo.

—Claro; perdona, pasa.

Mientras Gia preparaba el café, me dediqué a observarla y a analizar cómo me sentía. No podía decirse que ver a Romeo con Paola me hubiera sentado mal. Él no era nadie para mí, más allá de la persona a quien tenía que aguantar durante un año si quería cobrar la herencia de mi padre; pero sí era verdad que de alguna manera me sentí violenta ante la situación y un poquito humillada, aunque tampoco entendía el motivo.

Gia dejó una taza frente a mí y se quedó de pie, no cabía duda de que esperaba una explicación.

Dudé entre contárselo o no, pero, como a diferencia de Romeo yo no tenía a nadie con quien hablar, decidí que ella era la persona indicada.

—Si es que, en realidad, no ha ocurrido nada, solo que Romeo ha pasado la noche con Paola y he decidido dejarles algo de intimidad —dicho así no parecía ser nada malo.

—¿Que ha hecho qué?! De todas las tonterías que podría ser capaz de llevar a cabo, esta es la mayor. Como si esa chica no le hubiera hecho ya suficiente daño. Mi hijo es imbécil —sentenció.

—Ahí no voy a llevarte la contraria —bromeé, porque Gia parecía realmente enfadada.

—Desde luego, ¿a quién se le ocurre volver a acostarse con ella?

—Por lo visto a él. Y no lo culpo, porque Paola es una mujer...

—Paola no le conviene. Punto.

Ahí preferí callarme, pues algo me decía que a Gia el mosqueo no se le pasaría en un buen rato.

—No quiero ponerme en plan mamá gallina, mi hijo ya tiene una edad como para tomar sus propias decisiones. Y tampoco soy nadie para juzgar a otra mujer, pero es que Paola destrozó a Romeo y no me apetece que lo vuelva a pasar mal por ella —me explicó un poquito más calmada.

—Algo me ha contado Pietro, aunque no demasiado —confesé.

—Y luego está Pietro... —añadió con tristeza.

—Pero, Gia, como muy bien has dicho, tu hijo es un hombre adulto y me da a mí que si ha decidido volver a tener una relación con ella poco podrás hacer al respecto —alegué encogiéndome de hombros.

—Lo que no entiendo es cómo puedes estar tan tranquila. ¡Eres su mujer! —espetó.

Hacía rato que sospechaba que Gia terminaría echándome la bronca a mí. Opté por no abrir la boca para decirle algo que ella ya sabía: que entre su hijo y yo solo existía un matrimonio por interés.

Cuando creí que ya estaba mucho más tranquila, y después de oír cómo se cerraba la puerta de arriba, decidí subir para cambiarme de

ropa y salir lo más rápido posible de allí, más que nada por si decidían regresar.

Abrí la puerta con cautela por si acaso solo había salido ella y Romeo continuaba estando dentro. Pero no, no había nadie, así que me apresuré a entrar en mi cuarto, me duché y me vestí en tiempo récord.

Me acerqué a la cocina y cogí algo de comer, pues solo me había tomado el café. Me dirigí a la puerta y antes de cerrarla recibí un mensaje de él.

Romeo:

No deberías haber hecho algo así.

Tuve que leer el mensaje dos veces porque, hasta donde yo sabía, el que había hecho algo poco adecuado fue él.

Yo:

No sé de qué diablos me estás hablando.

Romeo:

Sé que llevarla al piso que compartimos no es precisamente ser discreto, pero no deberías habérselo contado a mi madre.

Ya no pude contenerme más.

Yo:

¿Verdad que tú haces lo que te sale de los huevos?, pues te jodes si el resto hacemos lo mismo.

Silencié el móvil y salí a la calle.

20. En casa de Pietro

Julieta

Había sido una jornada perfecta en el bar, ese equilibrio entre tener trabajo y no poder parar a darle vueltas a nada, pero tampoco ir excesivamente agobiada. Sin embargo, mi turno casi había llegado a su fin y yo no tenía ninguna gana de volver al piso, no me apetecía enfrentarme otra vez a Romeo. Echaba de menos mi vida antes de que él apareciera y empezaba a estar harta de discutir por todo. Sabía que esa podría ser su técnica para que yo me largara cuanto antes y empezaba a dudar de si sería capaz de aguantar durante un año entero aquella situación.

Ya hacía rato que no quedaba nadie y me entretuve tanto limpiando las mesas que Pietro llegó hasta mí para agarrarme el trapo.

—Julieta, las mesas nunca han estado tan limpias —bromeó mi jefe.

—Sí, ¿has sacado la basura? —pregunté por si podía hacerlo yo.

—Ya está todo, puedes marcharte.

—Sí, supongo que sí —susurré con cierta pena.

—Mujer, parece que en lugar de decirte que vuelvas a casa te estuviera mandando al matadero.

—No te creas que...

—¿Qué te pasa? —preguntó sentándose en una de las sillas. Lo imité y tomé asiento frente a él.

—No me apetece regresar y tener que enfrentarme con Romeo —confesé sin más.

—¿Enfrentarte por qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—En realidad no haría falta nada en concreto para que discutiéramos, lo hacemos por las cosas más insignificantes.

—Es normal, os habéis ido a vivir juntos sin conoceros de nada.

—Supongo que tienes razón, el problema es que esta vez he hablado más de la cuenta y parece que está mosqueado.

—¿A qué te refieres con hablar más de la cuenta?

—Será mejor que no sigas preguntando, porque si te lo cuento a ti su cabreo irá en aumento.

—Lo entiendo —dijo levantándose de la silla—. En cuanto recoja aquí me voy directo a mi casa, si te apetece venir...

—Pietro, yo no...

—Julieta, tengo un sofá maravilloso en el que se duerme fenomenal. Si alguna vez te hace falta despejarte, es todo tuyo. —No había ni un ápice del coqueteo habitual en él, así que no lo pensé.

A la mañana siguiente me tocaría volver al piso a cambiarme de ropa, pero valdría la pena por alejarme un poco de Romeo.

—De acuerdo —acepté.

—Pues venga, vámonos de aquí.

Cuando cerramos el bar, fuimos caminando, ya que donde Pietro vivía estaba a apenas diez minutos.

Nada más poner un pie en el piso de Pietro comprobé que era lo opuesto al de Romeo. Era un auténtico caos. Había cosas esparcidas por todas partes, me daba la sensación de que nada estaba en su sitio. La mesa de centro del salón se encontraba invadida por botellines de cerveza y cajas de comida vacías, tenía el convencimiento de que si Romeo veía aquello hiperventilaría.

Me acerqué al sofá para sentarme, pero me paré, ya que no había ni un solo hueco vacío en él. Pietro pasó junto a mí y recogió el montón de ropa que había por allí encima. Me senté con cuidado en una esquina empezando a dudar de que pasar la noche allí fuera buena idea.

—¿Te apetece algo de cenar? —preguntó.

—No, qué va —dije con cierta incomodidad, porque una cosa era trabajar con él y otra estar en su casa.

—¿Un café, algo de beber?

—Un vaso de agua —le pedí, no porque tuviera sed, sino para que se alejara un poco y yo poder ordenar mis ideas.

Justo cuando Pietro se dirigía a la cocina, sonó mi móvil.

Comprobé que se trataba de mi madre y me puse en pie para hablar con ella. Aún tenía en mente lo que Romeo me dijo sobre mi padre y que insinuó que le preguntara a ella, aunque creí que aquel no era el momento apropiado.

Con todo, es que tampoco hubiera tenido opción porque, al descolgar, mi madre se puso a hablar tan rápido que no era capaz de entender nada de lo que decía. Intenté tranquilizarla un par de veces, hasta que logré que hablara más despacio. Por lo visto, había perdido un vuelo a no entendí dónde y necesitaba que le hiciera una transferencia para coger el siguiente avión que iba a aquel destino.

Respiré hondo, pues mi madre parecía no comprender lo que quería decir no tener dinero para dejarle. Volví a explicárselo, pero ella se puso nerviosa porque estaba en el aeropuerto y, por más que le repetí que me resultaba imposible hacerle una transferencia de tres mil euros —estaba claro que no solo me pedía dinero para el vuelo—, daba la sensación de que no me prestaba atención, dado que solo estaba centrada en lo que ella necesitaba, exactamente igual que siempre. Así que la conversación se volvió cada vez más fea, las palabras pasaron a ser gritos y dijo cosas muy desagradables —nada nuevo, lo alarmante era el motivo por el que aquello continuaba afectándome tanto— hasta que se dio por vencida y terminó colgándome el teléfono, no sin antes dejarme claro el tipo de hija que yo era.

En cuanto bloqueé el móvil empecé a notar aquella extraña sensación y supe que iba a desmayarme. Miré a mi alrededor y comprobé que solo podía apoyarme en la pared e ir deslizándome hasta el suelo. Tuve el tiempo justo de llamar a Pietro, aunque tenía claro que el pobre no sabría qué hacer.

21. ¿Y dónde estáis?

Romeo

Entendía que no lo había hecho bien con Julieta. Que tampoco se trataba de que le debiera ninguna explicación ni nada parecido, pero debía reconocer que acostarme con Paola, en el piso que compartíamos, había estado fuera de lugar y más siendo yo el que había pedido discreción. El problema era que, cuando Paola se cruzaba en mi camino, yo me convertía en un ser sin voz propia. Me transformaba en alguien dispuesto a hacer cualquier cosa para tener la aprobación de ella. Sí, así de patético era.

Después de tanto tiempo y de todo lo que pasó entre nosotros solo tuvo que regresar al pueblo, plantarse frente a mí y chasquear los dedos para que yo volviera a caer rendido a sus pies. ¿Qué me hacía para conseguir de mí lo que quería? ¿No había tenido bastante de ella? ¿No lo había pasado ya lo suficientemente mal? Por lo visto no.

Haber caído de nuevo en sus redes me mosqueó tanto que cuando mi madre me llamó para echarme la bronca por lo que había hecho aún me cabreeé más, así que terminé pagando mi mal genio con la persona que menos se lo merecía.

Por eso continuaba despierto, a pesar de la hora que era y de que la noche anterior había dormido más bien poco. Quería esperarla para poder hablar con ella.

No tenía claro lo que le diría a Julieta cuando esta apareciera, era probable que, a pesar de mi intención de disculparme, acabáramos discutiendo como siempre. Y es que no tenía claro cómo lo hacía, pero lograba sacarme de quicio.

Por más que intenté aguantar despierto, estaba a punto de quedarme dormido en el momento que sonó mi móvil. Lo cogí sin siquiera mirar quién llamaba.

—Romeo, se ha desmayado y no sé qué hacer. Me estoy asustando porque no vuelve en sí —farfulló Pietro con nerviosismo.

—Espera un momento, que estaba medio dormido. ¿De qué me estás hablando?

—De Julieta, que se ha desmayado.

—Ah, no te preocupes, le pasa a veces —respondí levantándome del sofá con tranquilidad.

—¿Que no me preocupe? ¡¡No reacciona!! —gritó ya casi rozando la histeria.

—Voy a buscarla —dije con resignación—. Llego en tres minutos.

—Espera, no estamos en el bar —afirmó mi amigo, y a mí me costó un momento procesar la información.

—¿Y dónde estáis? —pregunté, a pesar de que intuía la respuesta.

—En mi casa.

—Cojo la furgoneta y llego en cinco minutos —contesté con frialdad.

Gruñí al colgar el teléfono, no porque me importara lo que Julieta y Pietro estuvieran haciendo en la casa de este, sino por los malos recuerdos que todo aquello me trajo.

Decidí ir en furgoneta porque, aunque la casa de Pietro no estaba lejos de la mía, si Julieta no se encontraba del todo repuesta sería mejor no hacerla caminar.

Subí las escaleras con calma y al llegar a la puerta llamé. Cuando Pietro me abrió comprobé que estaba muy agobiado.

—No reacciona. —Fue lo primero que dijo, antes incluso de dejarme entrar.

—¿Aún no se ha despertado? Normalmente no tarda tanto en hacerlo. —Por muy tranquilo que hubiera estado hasta el momento, no me gustó que Julieta tardara tanto en reaccionar. Eso no quería decir que me preocupara en exceso por ella, pero tampoco le deseaba nada malo, por supuesto.

Entré en el piso de mi amigo sorteando obstáculos. No entendía cómo era capaz de vivir de aquella manera, pero por una vez en la vida no hice ningún comentario al respecto y llegué en dos zancadas hasta el sofá donde Julieta estaba tumbada.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—No lo sé, estaba bien hasta que ha recibido una llamada de teléfono, me he quedado en la cocina para dejarle intimidad. Luego ha susurrado mi nombre, pero cuando he llegado ya me la he encontrado tumbada en el suelo.

—No tengo ni idea de con quién habla, pero cada vez que eso ocurre termina perdiendo el conocimiento —susurré visiblemente mosqueado.

—¿Por qué se desmaya?

—Por lo visto, cuando se pone nerviosa o siente ansiedad, le baja la tensión y pierde el conocimiento.

—Joder.

—Lo que pasa es que nunca tarda tanto en recuperarse. ¿Ha cenado?

—Le he preguntado si le apetecía comer algo, pero me ha dicho que no.

—Supongo que por eso está tardando más en reaccionar. A saber cuándo fue la última vez que ingirió algo.

—Romeo, quiero que sepas que si ella está aquí es...

—Prefiero no saberlo. La verdad es que me da exactamente igual lo que Julieta y tú hagáis mientras seáis discretos.

—Pero yo no...

—No quiero saber nada más, Pietro —le advertí.

La realidad era que, desde que entré en su piso y la vi echada en el sofá, tan indefensa y expuesta, un sentimiento extraño había anidado dentro de mí. Algo que me apremiaba a sacarla de allí lo antes posible, llevarla a nuestra casa y cuidarla hasta que se encontrara mejor. Lo de apartarla lo antes y lo máximo posible de mi amigo fue un pensamiento secundario y al que no pensaba hacer ningún caso. Sacudí la cabeza y decidí que no iba a darle más vueltas al asunto. Lo único importante en esos momentos era que recuperara la conciencia, pues hasta yo estaba empezando a preocuparme.

Debo aclarar que no ayudó en absoluto a mi causa de no pensar más en lo que había sentido al verla el hecho de que, justo en el momento en el que abrió los ojos, lo primero que hiciera fuera

clavarlos en los míos y susurrara mi nombre como si me necesitara.
Como si yo le hiciera falta para algo. Como si me anhelara.

Aquella manera de mirarme hizo que algo se resquebrajara en mí.

¿Qué mierda me estaba pasando?

22. Sin aliento

Julieta

Oía voces, pero era incapaz de abrir los ojos. Me daba la sensación de que aquella vez había estado sin conocimiento más tiempo de lo normal, pues sentía los brazos y las piernas pesados, como si no pudiera moverlos.

Cuando por fin conseguí separar mis párpados, lo primero que vi me dejó momentáneamente sin aliento. Romeo se encontraba recostado sobre mí y me pareció una especie de aparición, algo que quería y extrañaba sin saberlo. Estuve a punto de alzar una mano para tocarlo y cerciorarme de que era real y no un producto de mi imaginación, pero mis extremidades no me respondían. Volví a intentarlo porque, cuanto más me costaba moverlas, más ganas tenía de tocarlo. Estaba convencida de que toda aquella necesidad de él era debido a que todavía estaba traspasando la línea de la conciencia. Sí, seguro que se trataba de eso.

Sin embargo, cuando su nombre se me escapó entre los labios tuve ganas de volver a desmayarme. ¿Por qué lo llamaba como si él fuera mi salvador? ¿Desde cuándo necesitaba yo a alguien? Y lo más importante: él era la última persona en la tierra por la que deseaba sentir algo distinto al mero rechazo.

Pietro desapareció casi corriendo para volver con un vaso de agua —el agua parecía ser la cura de todos los males— y yo me incorporé poco a poco. Me sentía cansada y solo tenía ganas de dormir.

—Pietro, no quiero ser una mala invitada, pero solo me apetece meterme en una cama. Si pudieras dejarme la tuya... —le pedí en apenas un susurro.

—Claro, no hay problema —contestó él con rapidez.

—Julieta, he venido en furgoneta. Puedo llevarte a casa, está muy cerca —alegó Romeo con seriedad.

Que hablara de su piso como si fuera nuestro hogar me dejó perpleja. Lo miré entrecerrando los ojos, pues no me apetecía ningún tipo de confrontación con él y no tenía ni idea de lo que me esperaba si decidía regresar. ¿Estaría Paola en el piso? Saqué aquel pensamiento de mi cabeza, dado que era algo que no debería importarme en absoluto.

Después de unos segundos de un silencio incómodo decidí sincerarme con él.

—Mira, Romeo. Sé que crees que estos desmayos son solo por llamar la atención, pero estoy cansada y no me apetece tener un enfrentamiento con nadie. Solo tengo ganas de meterme en una cama y descansar.

—De acuerdo —respondió.

¿De acuerdo con qué? ¿Con que se iba? ¿Que no tenía pensado discutir? ¿Que lo hacía por llamar la atención? Con ese hombre nunca lograba entender nada.

Supongo que, como me lo quedé mirando sin abrir la boca, se dio por aludido y terminó explicándome lo que aquel «de acuerdo» significaba.

—A lo que me refiero es a que no tengo pensado discutir contigo, por lo menos hasta que no estés repuesta.

Guau, hasta había hecho una broma. ¿Quién era aquel hombre y qué había hecho con el capullo de mi marido? —Hasta en mis pensamientos me costaba referirme a él de aquella manera—.

Lo único que hice a modo de respuesta fue asentir con la cabeza. Cuando Pietro se acercó para ayudarme a levantarme, Romeo se interpuso.

—Déjalo, ya me encargo yo.

Aquella tajante respuesta hizo que Pietro alzara una ceja. Me dejó tranquila que él también se percatara del modo posesivo en el que lo había expresado y que no hubiera sido solo una interpretación mía.

Nos despedimos de Pietro e hicimos el camino de regreso en silencio, tampoco fue un trayecto largo porque estábamos cerca y porque con la furgoneta llegamos muy rápido.

Bajé la ventanilla y asomé la cabeza, esperaba que el aire fresco lograra despejarme un poco.

—¿Estás bien? —preguntó Romeo con preocupación.

—Sí —respondí sin mirarlo a la cara y sin abrir los ojos.

En cuanto él descendió de la furgoneta, aceleró el paso hasta llegar a mí y me ayudó a bajar. Se lo agradecí, no porque me pareciera un acto caballeroso ni nada por el estilo, sino porque las piernas aún me temblaban bastante.

Rodeó mi cintura con su mano y acomodó casi todo mi peso en su cuerpo. Me dio la sensación de que no caminaba, sino que levitaba.

A pesar del cansancio que sentía no se me pasó por alto que, cuando la camiseta se me subió, él rozó ese trozo de piel con el pulgar de su mano, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera. Imaginé que aquel cambio de actitud por su parte solo era debido a que estaba preocupado por mi desmayo —todo lo preocupado que Romeo podía estar por mí, entendedme—.

No veía el momento de meterme en la cama, pues los ojos se me cerraban. Por eso, en cuanto entramos en el piso y Romeo se percató de mi estado de agotamiento, me acompañó hasta mi cuarto.

—Será mejor que te acuestes cuanto antes o terminarás quedándote dormida de pie —dijo poniendo una mano en la parte baja de mi espalda para que entrara yo primero en mi habitación y haciendo que diera un pequeño respingo.

—Sí —respondí con sequedad.

Y es que tanta cercanía con él empezaba a agobiarme, aunque no precisamente en el mal sentido de la palabra. Estaba acostumbrada a su mal genio, su indiferencia o sus borderías, y ese buen rollo me hacía verlo desde otro prisma, algo que no quería, ya que estaba convencida de que a la mañana siguiente volvería a ser el mismo de siempre, por lo que no estaba dispuesta a bajar mis barreras con él.

—Buenas noches, Romeo. Gracias por todo, pero ya estoy mejor. Puedes salir. —Mi tono de voz fue seco y mi orden clara, algo que no le pasó inadvertido.

Se fue de la habitación sin pronunciar palabra y a mí me supo mal haberle contestado de aquel modo después de lo atento que se había mostrado conmigo. Con todo, tenía tanto sueño que me metí en la cama sin siquiera quitarme la ropa y antes de poner la cabeza en la almohada ya estaba dormida.

23. La mancha de chocolate

Julieta

Me despertó un fuerte olor a café y a algo rico, pero sin saber a qué exactamente. De lo que sí fui consciente fue del hambre que tenía, pues la última vez que había ingerido algo fue en la comida del día anterior.

Lo primero que hice fue ir directa a la ducha, después me vestí y salí al salón con cierto miedo por saber de qué humor estaría Romeo aquella mañana.

Me asomé con cautela y lo localicé en la cocina, comprobé que estaba retirando la cafetera del fuego. Desvié la mirada y observé que encima de la mesa había un plato con un montón de cruasanes.

—¿Has ido a comprar todo esto? —murmuré asombrada.

—Buenos días —dijo sin mirarme.

—Ay, sí, perdón. Buenos días. —Era la falta de costumbre de comportarnos como dos personas civilizadas.

—Sí, he ido a comprar algo para que pudieras desayunar, pues lo de saltarte las comidas me da la sensación de que no le va bien a tus desmayos.

—Supongo que no —dije dándole la razón—. ¿De qué son los cruasanes? —pregunté por cambiar de tema, pues no deseaba que hiciera ningún comentario hiriente sobre el porqué de mi pérdida de conocimiento.

—No son cruasanes, son *cornetti*. Están hechos de una especie de *brioche* y rellenos de crema pastelera, mermelada o Nutella.

—¿Y de cuál has traído?

—Como no sabía cuál te gustaría más, he comprado de todos.

—¿Puedo probar uno de cada? —pregunté, con tanto entusiasmo que Romeo soltó una carcajada.

Aquel sonido se deslizó por mi cuerpo como si de una ducha caliente se tratara, dejándome momentáneamente paralizada. Y es

que su rostro cambió por completo dándole un aspecto mucho más... ¿humano?, ¿cercano?, ¿atractivo? No sabría concretar. Además de que era la primera vez que lo veía reír de aquella manera —por lo menos conmigo, ya que sí lo hizo, días atrás, con la mujer del *tour*, si bien en aquel momento no me percaté de que era un sonido tan maravilloso—.

Me sorprendí al darme cuenta de que, cuando él aún no había dejado de reír, yo ya estaba deseando volver a oír aquella risa muchas veces más.

Para no decir nada inapropiado me metí un *cornetto* en la boca y le di un buen bocado. Era de Nutella y estaba delicioso.

—Come tranquila, que he comprado de sobra —me reprendió como si fuera una niña.

—No sé yo, tengo un hambre... —dije cuando terminé de engullir lo que me quedaba.

Después de pronunciar aquellas palabras, los ojos de Romeo se clavaron en los míos para a continuación bajarlos hasta mi boca. Se acercó a mí lentamente y pasó su dedo pulgar por mi labio inferior. Aquella caricia hizo que se me secara la garganta. Sin embargo, cuando llevó su dedo hasta su boca y lo chupó creí que volvería a perder el conocimiento.

—Te habías manchado de chocolate —susurró con voz ronca.

—Ajá. —Aquella fue la ingeniosa respuesta que fui capaz de darle.

Unos segundos después se percató de la intimidad que se había establecido entre nosotros y desvió su mirada de mí a la vez que daba un paso atrás.

Romeo se dio la vuelta y sirvió un café que me puso en la mesa.

—Gracias —murmuré azorada por lo que acababa de pasar entre nosotros. Aunque me obligué a continuar hablando para que la situación no se volviera más incómoda de lo que ya era—. ¿No trabajas hoy?

—Sí, entro en un par de horas —respondió escueto y sin volver a mirarme a la cara.

—¿Siempre te has dedicado a hacer de guía turístico? —pregunté, por darle tema de conversación.

—Es un trabajo que me gusta, pero antes lo complementaba con otras cosas, ya que no está muy bien remunerado —me explicó sin dejar de moverse por la cocina.

—¿Y con qué lo complementabas? —Romeo se dio la vuelta y la mirada que me clavó fue de prudencia y gravedad, así que decidí continuar hablando para restarle tensión a una de las conversaciones más largas que habíamos mantenido hasta el momento—. ¿Eras enterrador? Lo digo porque, como eres la alegría de la casa...

Romeo sonrió, pero, al contrario de la última vez, no le llegó a los ojos y supe que lo que estaba a punto de decir le afectaba de manera personal.

—Trabajaba con Francesco.

—¿Con mi padre? —tercié con asombro.

—Así es. Mi padre; bueno, tu padre, eso ha sonado mal, en fin... Cuando regresó aquí, con mi madre, no tenía demasiado, pero trabajó muy duro, hizo unas cuantas inversiones que lo llevaron casi a la ruina hasta que una de ellas logró hacerle ganar bastante dinero, dinero que volvió a invertir y así hasta amasar una gran fortuna. Era un hombre increíble —dijo con nostalgia y tristeza.

—Si tú lo dices... —No podía añadir nada más porque nunca conocí lo suficiente a mi padre y estaba claro que su muerte le había afectado mucho más a Romeo que a mí—. Nunca supe, ni siquiera me planteé, de dónde salía el dinero de Francesco.

—Sí, supongo que lo único que te interesaba era recibirlo para poder gastártelo. —Nada más decir aquellas palabras se percató de que había puesto fin a nuestra pequeña tregua—. No quería...

—Sí, sí querías y no pasa nada. Tal y como dijiste ayer, ya estoy repuesta y podemos volver a nuestra rutina habitual de lanzamiento de cuchillos.

Me levanté de allí para ir directa a mi cuarto. Me encerré en él y no salí hasta que oí la puerta cerrarse y supe que Romeo se había marchado. Sin despedirse. Tampoco era que aquello me sorprendiera, no se trataba de que esperara que entrara en mi habitación para decirme a dónde iba, qué iba a hacer o con quién. Sí, habíamos vivido un momento extraño en la cocina, pero no tenía

que darle mayor importancia; total, no tardamos nada en volver a sacar el hacha de guerra. Esa parecía ser la tónica con ese hombre.

Lo que no lograba entender era la manera en la que mi cuerpo reaccionaba cada vez que me tocaba. Estaba claro que si quería mantener la cordura lo mejor sería guardar las distancias.

24. ¿Algo que celebrar?

Julieta

A partir del momento extraño que vivimos en la cocina —con su dedo, mi boca y los restos de chocolate—, entre Romeo y yo se instauró una especie de tregua, imagino que aquel fue el motivo por el cual los días se sucedieron con rapidez. No discutir constantemente con él me hacía vivir con más tranquilidad y por lo tanto disfrutar de cada instante de forma diferente a como lo había hecho hasta aquel momento. Tampoco podía decirse que nos lleváramos bien, pero habíamos dejado de discutir, aunque era verdad que aquello se debía básicamente a que intentábamos coincidir lo menos posible.

A pesar de que agradecí no tener que plantar batalla en cada conversación, debía admitir que me sentía sola. Aquello tampoco era algo nuevo para mí, ya que no recordaba ni un solo instante de mi vida en el que hubiera sentido que podía contar con alguien, pero ese día del año aquel sentimiento se agudizaba. ¿El motivo? Que era mi cumpleaños y, aunque no podía asegurar que fuera en el que más sola me sentía, ya que de niña cumplí muchos años en soledad, sí estaba convencida de que mi madre no me llamaría, sabía que no se le habría pasado el mosqueo. Y, por supuesto, no recibiría la felicitación de mi padre.

Lo que sí hacía todos los años, por lo menos desde que me convertí en adulta, era comprarme una tarta y soplar las velas. Una tontería como otra cualquiera, pero con el paso del tiempo se había convertido en una especie de ritual para mí.

Así que me levanté y antes de ir al trabajo —ese día me tocaba en la tienda de Lorenzo— me acerqué a una pastelería y compré un dulce individual y unas velas. Volví a subir al piso y, para mi sorpresa, pues él no solía madrugar tanto, me encontré que Romeo ya estaba despierto.

—Buenos días —dije sin mirarlo.

—Buenos días —gruñó a modo de respuesta.

Me quedé un poco cortada porque estaba parado delante de la nevera y quería guardar el pastelito para poder irme.

—¿Me dejas? —le pedí alzando el paquete que llevaba entre las manos.

—Claro —respondió haciéndose a un lado—. ¿Tenías antojo de dulce?

—Sí..., algo así —farfullé, y no sé por qué lo hice, ya que sabía que titubear de aquella manera había quedado raro. Hubiera bastado un simple y escueto «sí».

—¿No te han dicho nunca que mientes fatal? —apuntó antes de apurar su café.

—No es ninguna mentira. Me voy a trabajar —anuncié dando media vuelta.

Me dirigí a mi cuarto para coger algunas cosas y al volver para salir me encontré con Romeo apoyado en el umbral de la puerta, con mi pastelito abierto en una mano y las velas en la otra.

—¿Algo que celebrar? —preguntó con burla.

—No —contesté demasiado rápido y aguantándome las ganas de decirle que era de muy mala educación curiosear las cosas de los demás sin que le dieran permiso para hacerlo. Logré callarme, no me apetecía empezar una discusión cuando lo único que quería era largarme de allí.

—Julieta, no es necesario que sigas mintiendo —susurró con una media sonrisa que me dejó descolocada.

—Tengo que irme —respondí dando un paso adelante y esperando que se apartara, sin conseguir que se moviera ni un ápice.

—Eso ya lo has dicho. ¿No piensas decirme nada más?

—Es que no tengo nada que añadir.

—Julieta, es tu cumpleaños. ¿No ibas a comentármelo?

Maldito el momento en el que se me ocurrió comprarme el dichoso pastelito.

—No, la verdad es que no. Tengo que irme a trabajar o llegaré tarde —repetí por enésima vez.

Pensé que insistiría, por eso me sorprendió que se apartara a un lado y me dejara salir sin volver a decirme nada. Aunque no se retiró lo suficiente y nuestros cuerpos se rozaron cuando salí. No sé si fueron imaginaciones mías o él, al igual que yo, retuvo el aliento.

Llegué a la tienda de Lorenzo veinte minutos antes de mi hora, eso pasaba cuando la prisa por salir de casa era tan grande.

—¡Buenos días, Julieta! —exclamó el dueño de la tienda con su alegría habitual.

—Hola, Lorenzo. ¿Algo importante que comentarme?

—No, la verdad es que ha sido una mañana muy tranquila.

—Vale, genial —respondí colocándome detrás del pequeño mostrador.

—Si no te importa, aunque no sea tu hora voy a irme ya, e intentaré venir un poco antes. Es que quiero invitar a Gia a desayunar.

—Por supuesto, no te preocupes. Hoy no trabajo en el bar de Pietro, así que no tengo prisa. Disfruta.

—Seguro que lo haré. *Ciao*.

No me dio tiempo a responderle porque mientras hablábamos había ido caminando hacia la salida y se marchó antes de que pudiera despedirme. La mayoría de las veces la energía de ese hombre conseguía abrumarme.

Me centré en el trabajo y me puse manos a la obra. Comprobé con rapidez que Lorenzo tenía razón y que aquella mañana estaba siendo demasiado tranquila. Cuando pasaba aquello, las horas parecían transcurrir con una lentitud desesperante.

Apenas quedaban cuarenta minutos para que Lorenzo volviera de su clase de pintura cuando Romeo apareció en la tienda dejándome algo confundida, pues era la primera vez que lo veía allí.

—¿Pasa algo? —pregunté preocupada por Gia, ya que era el único motivo que se me ocurría para que él fuera a verme.

—No, ¿por qué debería de pasar algo? —preguntó, como si fuera lo más habitual del mundo que estuviera allí.

—No sé, no esperaba verte por aquí. No es lo normal, vaya —dije encogiéndome de hombros.

—No, no lo es, pero es que hoy es tu cumpleaños y como no te he comprado nada he decidido invitarte a cenar. Por eso he venido por aquí, para avisarte de que tienes que estar lista a las ocho. Te llevaré a un sitio donde hacen la mejor *pizza* de Italia.

Dicho esto, dio media vuelta y se marchó de allí sin que pudiera añadir nada, aunque tampoco estaba segura de haber sido capaz, pues su invitación me había dejado patidifusa. Tan patidifusa que tuve que sentarme en una de las sillas de la tienda, ya que las piernas me temblaron.

¿De verdad Romeo acababa de invitarme a cenar? Y lo que era más importante: ¿aceptaría yo aquella invitación?

25. ¿Aún sigues enamorada de él?

Gia

Aquella mañana Lorenzo me sorprendió llevándome el desayuno a casa. No era la primera vez que lo hacía, ni siquiera la décima que tenía un bonito detalle conmigo.

Para el resto del mundo podría parecer que, después de que Francesco me dejara, la pena me invadió y no fui capaz de rehacer mi vida. No voy a negar que estuve muy enamorada de él, pero lo nuestro se fue enfriando con el tiempo y su forma de poner fin a nuestra relación hizo que me diera más rabia que tristeza. Con todo, aquel era un pueblo pequeño, nos habían visto infinidad de veces a Francesco y a mí juntos y todos sabían lo que sentía por él. Pero es que, además, cuando se marchó yo me vi con un hijo que ya casi no me necesitaba y con un tiempo con el que no sabía bien qué hacer, ya que durante aquellos años solo viví para ser ama de casa y para sacar a Romeo adelante.

Dejé de tener sueños, de pensar en mí, en qué me gustaba o qué necesitaba, y de pronto no supe hacia dónde tirar.

Debo reconocer que no fui una santa, tuve mis escarceos con algunos hombres, aunque siempre con sumo cuidado de hacerlo lejos del pueblo y de las habladurías que parecían perseguir a una mujer a la que su pareja había dejado. Eso sin contar el estigma que arrastraba por ser madre soltera en una época en la que hasta una divorciada era la comidilla del lugar.

Pero es que cuando Francesco se fue yo aún continuaba siendo una mujer joven y, sin embargo, me daba la sensación de ser una anciana que había desperdiciado su vida. No ayudó a las murmuraciones el tiempo que estuve paseándome como alma en pena. Lo que ellos no sabían era que mi melancolía se debía al hecho de sentirme perdida conmigo misma y no a que un hombre me hubiera dejado.

No obstante, yo jamás aclaré aquello y todo el pueblo daba por hecho que el motivo por el que lo pasé tan mal fue aquel abandono y que por eso mismo nunca fui capaz de rehacer mi vida.

Por todo aquello, cada vez que Lorenzo tenía algún detalle conmigo me hacía sentir como una quinceañera —supongo que el hecho de haberme quedado embarazada tan joven y no haber podido disfrutar de mi juventud contribuía a que se magnificara—. Pero es que ese hombre me hacía sentir emociones con las que no estaba preparada para lidiar.

Porque una cosa era lo enamorada que estuve de Francesco y lo que este me hacía sentir con veinte años y otra muy distinta lo que Lorenzo despertaba en mí cuando estaba a punto de cumplir los cincuenta.

Lo malo de todo aquello era que no tenía claro lo que Lorenzo pretendía, y no estaba segura de que mantener una aventura con alguien del pueblo fuera una buena idea.

También debía confesar que mis propias inseguridades no jugaban a mi favor. Era muy consciente de que mi cuerpo no era el mismo de hacía años y, a pesar de que Lorenzo tenía la misma edad que yo —habíamos ido juntos a clase durante toda nuestra infancia—, eso no ayudaba a que me sintiera mejor.

—No has probado bocado, ¿te pasa algo? —preguntó él haciéndome salir de mis pensamientos.

—No, qué va —respondí con rapidez dándole un gran bocado al dulce que había comprado.

—¿Qué tal va el matrimonio de tu hijo? No voy a negar que me sorprendió que Francesco hiciera algo así —añadió, y supe que lo hacía más por tener tema de conversación conmigo y por un interés genuino que por cotillear.

—Sí, a mí al principio también me desconcertó, pero debo reconocer que con el transcurso de los días no lo veo tan descabellado.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que, a pesar de sus diferencias, creo que son dos personas que se complementan y que podrían llegar a llevarse bien.

—Tú nunca has sido capaz de criticar nada de lo que Francesco hizo, ni siquiera esto. Solo a él se le ocurre enfrentar a las dos personas que consideraba sus hijos por una herencia.

—Eso no es verdad, sí veo las cosas que él ha hecho mal. —Que no habían sido pocas.

—Si tú lo dices... —respondió con resignación.

—Lo que pasa es que tengo información que ellos desconocen —confesé casi sin darme cuenta, pero es que su manera de responderme no me gustó nada.

—¿Te la dio el propio Francesco? —Sabía que a Lorenzo de todo aquello solo le importaría una cosa.

—Sí —respondí escueta, aunque tuve claro que no bastaría.

—Eso quiere decir que lo viste hace poco. —No lo preguntó.

—Quedamos para comer en Roma unos meses antes de que falleciera.

—Vaya...

—No sé qué tiene eso de sorprendente, nos llevábamos bien. —Por lo menos lo hicimos con el tiempo. Cuando él me dejó estuve demasiado resentida para mantener el contacto, aunque siempre animé a mi hijo a que lo hiciera. Sin embargo, con el paso de los años aprendí a perdonarlo.

—No, si sorprendido no estoy. Siempre supe que él fue el amor de tu vida, pero pensé que aquello había terminado.

—Lorenzo, no tenemos edad para darles tantas vueltas a las cosas. ¿Hay algo que quieras preguntarme? —Jamás, en todo el tiempo que hacía que Lorenzo y yo nos conociéramos, le había hecho una pregunta tan directa.

—Hay unas cuantas cosas, sí —dijo tragando saliva.

—Adelante —lo invité a hablar.

—¿Sigues enamorada de él?

—Hace mucho que dejé de estarlo —confesé con sinceridad.

—¿De verdad? —murmuró perplejo.

—No tengo por qué mentirte.

—No me malinterpretes, no quiero dárme las de prepotente, pero ¿por qué has rechazado cada una de las veces que te he pedido salir? —Su voz transmitía cierta tristeza y mucha frustración.

—Porque esto es un pueblo y estoy cansada de que se hable de mí.

—¿Solo por eso? ¿No tiene nada que ver Francesco? Y lo que es más importante: ¿te gusto yo? Porque, claro, quizá todas las veces que me has rechazado sea porque no te gusto y, aunque yo creo que sí te atraigo, lo último que desearía es resultar pesado.

—No, solo es que hace mucho que en el pueblo no se habla de mí y me gustaría que continuara siendo así.

—¿Y no crees que con todo lo que has pasado eso debería de importarte bien poco?

Dejé que las palabras que había dicho Lorenzo calaran en mí. Primero fui la comidilla del pueblo por mi embarazo, después por la identidad del padre de mi hijo, más tarde porque mis padres me echaron de casa y con el paso de los años por el abandono de Francesco. Y en todo aquel tiempo había intentado con todas mis fuerzas que no se hablara de mí, por supuesto, sin llegar a conseguirlo. Por lo tanto, si querían continuar haciéndolo, por lo menos que, por una vez en mi vida, fuera por decisión propia.

—Te espero esta noche aquí para cenar, a las nueve, no te retrases —dije sonriendo por la cara de estupor que puso Lorenzo.

Había llegado el momento de pensar en mí.

26. Preferiría que no tuvieras nada con ella

Romeo

Aquel día no di pie con bola, estaba disperso y la culpa de todo la tenía Julieta. No lograba entender qué me había llevado a invitarla a cenar aquella noche, pero es que me parecía tan triste que tuviera que pasar su cumpleaños sola y sin celebrarlo con nadie que, como el buen imbécil que soy, me presenté voluntario para hacerle compañía. He de reconocer que la vulnerabilidad que vi en sus ojos cuando le pregunté no ayudó en absoluto. Pero de ahí a invitarla a cenar..., no sé qué se me había pasado por la cabeza. Ya era lo suficientemente incómodo pasar tiempo con ella en el piso, como para estar uno frente al otro durante más de dos horas. La realidad era que se suponía que yo debía hacer todo lo que estuviera en mi mano para que se marchara lo antes posible, y ser amable con ella no era lo más adecuado.

Sin embargo, algo en mi conciencia me hizo actuar de aquella manera y ya no servía de nada lamentarse porque no podía cambiarlo.

Lo peor de todo era que desde hacía unos días Julieta no me resultaba tan indiferente como me hubiera gustado o como esperé en un principio. No se trataba de que tuviera sentimientos profundos hacia ella, pero sí había empezado a estar más atento a sus movimientos, a estar pendiente de que comiera como era debido, pues su último desmayo me dejó preocupado. Esto era algo que no terminaba de entender, no porque quisiera que le pasara algo malo, sino porque ya sabía de antemano que los sufría y el motivo por el que le sucedían, y estaba claro que no era nada grave como para llegar a estar intranquilo, tal y como me sucedía a mí.

Sinceramente, la primera vez que la vi me pareció la típica niña rica que solo se preocupaba por que el color de sus uñas combinara

con la ropa que llevaba puesta; en cambio, a medida que pasaban los días me daba cuenta de que Julieta tenía muchas más capas y de que no era tan simple como pensé en un primer momento.

Mi teléfono sonó haciéndome volver a la realidad. Era la segunda vez que me llamaba aquel día y, al igual que hice con la primera, le colgué el teléfono. Sabía que tendría que hablar con Paola y que no me estaba comportando bien con ella —por lo visto, últimamente no iba a ganar ningún premio a la cortesía—, pero es que desde la última vez que nos acostamos, en lugar de reavivar el fuego o hacerme enloquecer de la misma manera que lo había hecho siempre, me sentí distinto. Fue como si por fin me hubiera percatado de que no era para tanto. Supongo que, después de lo mal que lo pasé cuando me dejó, había idealizado todo lo que tenía que ver con ella. Y con eso no quiero decir que no disfrutara del sexo con Paola, eso no había cambiado, pero sí lo hizo lo que sentí por ella cuando terminamos, me dio la sensación de que era una completa desconocida para mí.

A Paola le había explicado muy por encima el motivo por el que me había casado con Julieta. Creí que no necesitaba conocer los detalles, pero pensé que, si iba a meterla en la casa que compartía con la que para ella era mi mujer, debía aclararle algunas cosas, y así lo hice.

El problema fue que siempre tuve a Paola en un pedestal, lo peor era que también lo hice con nuestra relación y en esos momentos me encontraba hecho un lío porque no estaba seguro de lo que sentía por nadie.

—Te veo disperso —dijo Pietro, y me percaté de que había llegado a su bar sin ser consciente de ello.

—Sí, un poco sí. —De nada servía mentirle.

—¿Tienen Paola o Julieta algo que ver en ello? —Pietro me conocía demasiado bien.

Desde que me llevé a Julieta de su casa no habíamos vuelto a sacar el tema de nada que tuviera relación con ella. Yo desconocía si entre ellos dos había algo y tampoco lo quería averiguar. Por ese motivo le contesté con sinceridad.

—Lo has clavado, amigo. Hoy es el cumpleaños de Julieta y la he invitado a cenar porque me daba pena que lo pasara sola.

—Eso está bien. ¿Qué te preocupa?

—Pues que creo que me he equivocado.

Prieto calló unos instantes, aunque sabía que volvería a la carga en cuanto ordenara sus ideas. No me equivoqué.

—Desconocía que cumplía años —respondió mi amigo encogiéndose de hombros.

—No te creas, yo lo he descubierto de pura casualidad. —Y a pesar de ello un agradable calorcillo anidó en mi estómago. No sabía por qué me había agradado tanto la idea de que Julieta tampoco hubiera compartido con mi amigo aquella información. Pero lo hizo.

—¿Por qué no quieres ir a cenar con Julieta? Solo es una cena.

—No tengo una relación lo suficientemente estrecha con ella como para sentarnos uno frente al otro, en un restaurante, durante unas horas.

—¿Entiendes que eso no tiene sentido cuando vivís juntos?

—Sí, ya sé que suena raro, pero es que en casa puedo optar por no cenar con ella o levantarme de la mesa cuando me apetezca. En un restaurante es diferente. No sé si me explico...

—Sí, te he entendido.

—Odio cuando hago estas cosas sin pensar, luego pasa lo que pasa —reconocí frotándome la cara.

—Si quieres puedo ir yo a cenar con ella —se ofreció solícito mi querido amigo.

—No, no quiero —gruñí.

—Lo decía por lo poco que te apetecía a ti. Julieta y yo pasamos tiempo juntos y nos llevamos bien...

—Ya sé que os lleváis bien, pero te agradecería que te mantuvieras alejado de ella. —No entendí qué me llevó a soltar aquello, pero no me arrepentí de decirlo.

—¿Trabajando juntos? —intentó bromear.

—Me has entendido perfectamente. No me gustaría que nuestra amistad se volviera a resentir por una mujer. Nos ha costado mucho volver a estar bien.

—Pero creí que Julieta no te importaba y que tu matrimonio no era más que una farsa —añadió Pietro con una media sonrisa que no me gustó lo más mínimo.

—Y lo es —afirmé.

—¿Entonces?

—No sé qué decirte, amigo, pero preferiría que no tuvieras nada con ella.

Hasta yo mismo me sorprendí después de decir esas palabras. Lo más grave del asunto era que lo deseaba así. Pero ¿qué me importaba a mí con quién saliera Julieta? ¿Qué más me daba que Pietro se acostara con ella? ¿Desde cuándo pensar que Julieta estaba con otro me afectaba?

Cada vez estaba más hecho un lío.

27. Aquello no sucedió

Julieta

No quería ir a cenar con Romeo. No me apetecía pasar unas horas sentados frente a frente sin que él tuviera algo agradable que decirme y sin que se me ocurriera nada de lo que hablar, o lo que era peor, tener que pensar temas que no nos llevaran a discutir. Me daba la sensación de que iba a ser una velada tan tensa que hubiera preferido que no me la propusiera. El problema estaba en que no me veía capaz de rechazar abiertamente su invitación.

¿Y si hacía ver que me desmayaba? Sacudí la cabeza porque utilizar aquello era un modo muy cobarde de salir de una situación que, al fin y al cabo, tampoco era tan mala, ¿no?

Apechugué con lo que había y me metí en la ducha para arreglarme. No sabía si el restaurante donde Romeo iba a llevarme vendía *pizza* a porciones o era mínimamente decente, pero tenía ganas de estrenar el vestido que Gia me regaló y aquel era el momento perfecto. Tampoco se trataba de un vestido de fiesta, era sencillo, pero menos informal de los que llevaba para ir a trabajar.

No le di más vueltas al tema, me vestí, me peiné, me maquillé y esperé a que Romeo llegara a la hora acordada para irnos a cenar.

Eran las ocho y cuarto y Romeo no había aparecido por casa. Empezaba a pensar seriamente que me había dejado plantada. Me dije a mí misma que esperaría diez minutos más y si no aparecía me pondría el pijama, soplaría mis velas y me metería en la cama. Total, aquel había sido mi plan inicial.

Un instante después sonó mi móvil, era un mensaje de él.

Romeo:

Llevo casi media hora esperándote en la puerta del restaurante. ¿Piensas venir o me marchó a casa?

Respiré hondo, pues los dos sabíamos de sobra que no me había dado la dirección del restaurante y que tan solo hacía aquello para sacarme de quicio —ya decía yo que había sido muy amable conmigo invitándome a cenar—.

La noche prometía ser peor de lo que pensé en un principio. Volví a suspirar y me dio la sensación de que con ese hombre me pasaba la vida tomando aire.

Yo:

No me has dado la dirección del restaurante. Creí que pasarías por casa y estoy esperándote aquí. Si me dices dónde es, intento llegar lo antes posible.

Utilicé hasta la última gota de diplomacia que había en mi cuerpo para responderle así.

Romeo:

Déjalo, se ha hecho tarde. Pido un par de pizzas para llevar y nos las comemos en el piso.

«Respira, Julieta, que no te dé un jamacuco». Me dejé caer en el sofá sabiendo que esa opción era casi mejor que la de cenar en el restaurante, sería mucho menos incómoda y en cuanto acabáramos podríamos largarnos cada uno a nuestro cuarto. Con todo, intenté pensar en cuándo fue la última vez que había hecho algo especial para mi cumpleaños. Ni siquiera me acordaba. Quizá aquel día que fui a tomar algo con Carol a la salida del trabajo. Pero tampoco estaba segura. Me sentí tan mal que incluso eché de menos la postal que recibía cada año de mi padre.

Cuando oí la llave en la cerradura yo aún estaba tirada en el sofá y ni siquiera me había quitado el vestido. Me levanté de golpe intentando llegar a mi cuarto antes de que Romeo entrara en el salón. No lo conseguí.

—Vaya... —Fue todo lo que dijo, sin apartar los ojos de mí y deslizando su mirada de arriba abajo.

Yo hice lo mismo, sin poder ocultar mi sorpresa y mi disgusto por haberme puesto aquel vestido cuando él no pasó por casa ni para quitarse la ropa con la que había ido a trabajar.

—Voy un momento a cambiarme —balbuceé dando un paso hacia mi habitación.

—No, déjate, te queda genial —susurró con una voz tan ronca que casi logró convencerme. Casi.

—No quiero mancharlo. Ya lo utilizaré en otra ocasión —respondí dándome la vuelta y yendo a mi cuarto.

Y una mierda iba a comer con vestido y tacones cuando él llevaba puestos unos tejanos y una camiseta vieja. Si al menos hubiéramos ido al restaurante...

Me fui quitando la ropa a trompicones, no sabía por qué exactamente estaba tan enfadada, pero lo estaba. Seguramente porque tenía la seguridad de que Romeo se había hecho el tonto a propósito aun sabiendo de sobra que no habíamos quedado en la puerta del restaurante, y todavía me encontraba más mosqueada porque hubiera preferido que no me invitara, que no me creara aquel tipo de ilusiones, pues llevaba mucho sin hacer nada especial por mi cumpleaños y, a pesar de que no era la ilusión de mi vida que fuera con él, estaba contenta por tener un plan distinto.

Encima, no lograba entender el motivo por el que me había invitado a cenar si estaba claro que no quería.

Cuando salí al salón me había lavado la cara, recogido el pelo y puesto la ropa más cómoda que tenía en el armario. Me dio rabia haber perdido tanto tiempo para luego ni siquiera salir de casa.

Romeo no se había molestado ni en poner la mesa del comedor y las dos cajas de *pizza* descansaban en la pequeña que había frente al televisor.

—He pensado que podríamos ver una peli —murmuró sin mirarme a la cara.

—Ajá. —Fue mi escueta respuesta, porque prefería que no intercambiáramos ni una palabra.

—No sabía qué tipo de *pizza* te gustaba, así que he elegido mis favoritas.

Claro que sí, en lugar de volver a llamarme y preguntarme qué me apetecía, había cogido las que más le gustaban a él. Mi enfado estaba aumentando de manera tan rápida que como continuara así

terminaría explotando. Supongo que por eso me resultó imposible continuar callada.

—Sí, es lo normal, no preguntarme si soy alérgica a algo, si me gustan tus *pizzas* favoritas o qué es lo que me apetece cenar en el día de mi cumpleaños —espeté sin poder contener la rabia que sentía.

—No sabía que eras alérgica a algo —dijo con sorpresa, y a mí me entraron unas ganas locas de gritar de pura frustración.

—¡Y no lo soy! —grité.

—¿Entonces? —preguntó haciéndose el tonto, porque yo sabía que me había entendido perfectamente.

Decidí no continuar hablando, así que me senté en el sofá y abrí una de las cajas, cogí una porción de *pizza* y me lo comí sin siquiera esperarlo. Total, en cuanto me zampara un par de trozos más pensaba irme a la cama.

Pero aquello no sucedió.

28. Que no se te olvide pedir un deseo

Romeo

Después de hablar con Pietro recapacité. No podía comportarme de aquella manera. No debía permitir que Julieta empezara a importarme. Pasara lo que pasase se marcharía, quizá en unos meses o, como mucho, en un año, pero terminaría largándose y yo no podía consentir que entrara en mi vida. De ninguna de las maneras.

Lo que tampoco me parecía bien era anular la cena y dejarla sola el día de su cumpleaños; una cosa era no querer que empezara a importarme y otra comportarme como un cabrón.

Le di vueltas durante toda la tarde a cómo hacerlo para que aquello no pareciera una cita. Llegué a la conclusión de que lo mejor sería cenar en casa, pues ya estábamos acostumbrados a hacerlo y no me daba la sensación de que fuera algo tan íntimo —aunque pudiera parecer justo lo contrario—.

Improvisé sobre la marcha y esperé media hora para mandarle un *wasap* y echarle en cara que se estuviera retrasando. Sabía que aquello no estaba bien y que podía haber optado por inventarme cualquier excusa y decirle que prefería cenar en casa, pero esa había sido la relación que habíamos tenido desde el principio. Era un tira y afloja que yo no pensaba soltar.

Julieta respondió justo lo que esperaba que dijera y todo salió a pedir de boca. Por lo menos hasta que la vi.

No sé lo que esperaba encontrar al llegar a casa con las dos cajas de *pizza* y una botella de vino, pero desde luego no era a una Julieta tan bonita que me dejó momentáneamente sin habla. Lo peor fue lo mal que me sentí por haber desbaratado nuestros planes y haberla privado de salir aquella noche.

Así que decidí hacer algo por arreglarlo y pensé que ver una película juntos ayudaría a destensar el ambiente. Aunque, por lo visto, me equivoqué.

Julieta se situó en la otra punta del sofá, alejándose de mí todo lo que pudo, y me dio la sensación de que comía demasiado rápido. Estaba casi seguro de que en cuanto terminara de cenar se iría a dormir.

—¿Quieres una copa de vino? —dije en un intento de que se quedara un rato más allí. La realidad era que tampoco sabía por qué lo hacía, ya que seguramente lo mejor sería que se marchara en cuanto acabara. Supongo que era debido a que me sentía culpable.

Julieta pareció pensarlo, la vi debatirse con ella misma y estuve a punto de sonreír porque en lugar de una copa de vino parecía estar intentando resolver un problema cuántico.

—Sí, un poco —resolvió al fin.

Me acerqué para servirle media copa y me acomodé lo más cerca de ella que pude sin invadir su espacio en exceso.

—¿Qué película te apetece ver? —pregunté mientras alargaba la mano para coger el mando. Aunque estaba casi convencido de cuál sería su contestación.

—Me da igual, me iré a dormir pronto.

No me había equivocado, sabía perfectamente que iba a decir algo así.

—Vamos, Julieta, es tu cumpleaños y solo se trata de una película.

La vi fruncir el ceño y volver a meditar lo que iba a responder. Noté el momento justo en el que su rostro se relajó y supe que se quedaría.

—De acuerdo —cedió al fin.

Me sorprendió lo poco que tardamos en ponernos de acuerdo con la película y yo me levanté a preparar unas palomitas. No concebía una sesión de cine sin ellas.

Cuando regresé también llevaba el pastelito que ella misma había comprado aquella mañana y las velas encendidas para que pudiera soplarlas. Sabía que no era una celebración idílica, pero por lo menos quería darle eso.

—Que no se te olvide pedir un deseo —dije cuando puse el dulce frente a ella. Julieta sonrió ante mis palabras y sentí algo raro en el estómago, quizá no había comido suficiente *pizza*. Seguro que era eso.

Después de repartir el minidulce entre los dos —me lo comí de un bocado— me senté muy cerca de ella para poder compartir el bol de palomitas. Al hacerlo, percibí intensamente el roce y el calor de su pierna junto a la mía. Intenté recolocarme, pero no sirvió de mucho, pues estábamos demasiado pegados.

Puse la película y, cuando apenas llevábamos media hora viéndola, sentí el peso del cuerpo de Julieta en mi lado izquierdo. Me tensé hasta que me di cuenta de que se había quedado dormida. Giré la cabeza intentando no moverme demasiado para no despertarla. El problema fue que el rostro relajado de Julieta me llamó como la luz a las polillas. No pude evitar tocarle la mejilla con el dorso de mi mano, provocando lo que menos quería, que era despertarla.

Abrió sus enormes ojos y los clavó en los míos con una intensidad que me secó la boca. Pensé que se retiraría ante la cercanía de nuestros rostros, sin embargo, hizo algo que me dejó completamente descolocado.

Me besó.

29. No tan deprisa, Julieta

Julieta

¿Conoces esa sensación que experimentas cuando aún estás haciendo algo, a pesar de que sabes desde el principio que has metido la pata hasta el fondo? Pues eso mismo sentí en el momento en el que uní mis labios a los de Romeo. Aun así, no me atrevía a apartarme porque no quería enfrentarme a lo que estaba haciendo. Ni siquiera yo sabía qué me había llevado a lanzarme a su boca de aquella manera. Por si todo aquello no fuera lo suficientemente embarazoso, el verdadero problema vino cuando me percaté de que él seguía estando quieto, totalmente rígido y sin responder a aquel beso.

Separé mis labios de los suyos poco a poco. Estaba tan avergonzada que no fui capaz ni de mirarlo a los ojos. Me levanté como un resorte y balbuceé un «buenas noches» mientras corría a encerrarme en mi cuarto. Al cerrar la puerta apoyé la espalda en ella y me llevé las manos a la cara. Tardé un rato en poder moverme y cuando lo hice me metí en la cama sin siquiera ponerme el pijama, menos mal que llevaba ropa cómoda.

Me tumbé contemplando el techo y estuve pendiente de cada sonido que procedía del salón. Cuando un cuarto de hora más tarde oí cerrarse la puerta de la habitación de Romeo, suspiré aliviada.

¿Cómo diablos había sido capaz de besarlo? ¿Qué me había llevado a lanzarme de aquella manera a sus labios? Y lo más importante: ¿por qué lo había hecho? Romeo ni siquiera me gustaba; sí, debía reconocer que cuando se recortó aquella barba y se vistió de persona normal era guapo, mucho, pero aquello no quería decir que me sintiera atraída por él, ¿verdad?

Me tapé la cabeza con la almohada para no gritar de pura frustración. Yo nunca fui una mujer recatada ni nada por el estilo, pero tampoco me dedicaba a besar a personas que me caían mal.

Con toda seguridad había sido un momento de debilidad por el día que era, nada más.

Aquella noche descansé fatal. Cuando por fin me quedé dormida — tardé horas en hacerlo— tuve sueños eróticos con cierto hombre con el que curiosamente estaba casada.

Me levanté antes de que sonara la alarma y me demoré en mi cuarto todo lo que pude para no tener que enfrentarme a Romeo. Fue todo en vano, porque cuando salí de mi habitación no había ni rastro de él por ningún sitio.

Desayuné lo primero que encontré y salí de casa, pues no quería que él volviera y tener que verlo. Sabía que tarde o temprano debería hacerlo, pero prefería que fuera tarde.

Esa mañana cuando llegué a la tienda de Lorenzo este parecía más alegre de lo normal, y aquello era mucho decir, porque ya era de por sí un hombre risueño.

En uno de los momentos en los que no había mucho movimiento en la tienda decidí enviarle un mensaje a Romeo para disculparme con él. Sabía que era mejor hacerlo cara a cara, pero no estaba preparada y tampoco creía que fuera buena idea disculparme pasados unos días, que era exactamente el tiempo que esperaba evitarlo.

Reescribí el texto tantas veces que me interrumpieron varios clientes. Después de escribir y borrar durante más de una hora, decidí que ya no le daría más vueltas o al final no le mandaría nada. Di al botón de enviar y dejé el móvil encima del mostrador como si quemara.

Yo:

*Siento mucho lo de anoche, no sé qué me pasó, pero me
percaté tarde de tu profunda incomodidad y quería
disculparme por ello.*

A pesar de haber dejado el teléfono allí, no aguanté y a los pocos segundos volví a lanzarme hacia él. Vi que Romeo estaba en línea y que había leído el mensaje, pero se desconectó al instante.

A ver, sabía que mi comportamiento había sido inadecuado, pero me había disculpado; al menos podía haberme contestado con un simple *ok*, que, por poco que me gustara, suponía algún tipo de respuesta. Pero no, prefirió hacer como que no lo había leído.

Estaba agotada, no haber descansado bien aquella noche y tener que trabajar en la tienda y en el bar, aunque hubieran sido pocas horas, me había dejado exhausta. Así que lo único que me apetecía era terminar de recoger e irme a dormir.

—Buenas noches, Pietro —me despedí de mi jefe al pasar por su lado.

—Un momento —respondió él cogiendo suavemente mi muñeca—. No me dijiste que ayer fue tu cumpleaños.

—No se lo dije a nadie —me excusé.

—Pues felicidades atrasadas y espero que lo pasaras bien.

—Sí, no estuvo mal. —Salí del paso como pude porque tampoco era plan de explicarle que había besado a su amigo en contra de su voluntad.

—Me alegro, te lo mereces —añadió acercándose a él y dándome un fuerte abrazo—. Y ahora será mejor que te vayas, porque pareces exhausta.

—Lo estoy. Buenas noches —volví a despedirme de él.

—Buenas noches, *bella*.

Me dirigí hacia casa a paso ligero con una única cosa en mente, que era el momento en el que me metiera en la cama. Al abrir la puerta y ver que no había nadie en el sofá, fui directa hacia mi habitación pensando que me había librado de mantener una conversación con Romeo. Aceleré el paso para llegar cuanto antes a mi cuarto y cuando estaba a punto de conseguirlo una gélida voz hizo que me parara en seco.

—No tan deprisa, Julieta. Me parece que tenemos que hablar.

¡Mierda! Estaba claro que no iba a salirme con la mía.

30. Me dormí, me desperté, te besé. Fin.

Romeo

Por primera vez en mi vida un beso me dejó descolocado y completamente inmóvil. Cuando quise darme cuenta ella ya se había levantado y corría a su cuarto como si le fuera la vida en ello.

Al oír cerrarse su puerta me recosté en el sofá y me llevé las manos al pelo en un burdo intento de asimilar lo que acababa de pasar.

Seguramente no debía darle más vueltas y lo único que había pasado fue que Julieta acababa de despertarse y aún se encontraba aturdida por el sueño. «Sí, debe de ser eso», me repetí una y otra vez mientras me dirigía a mi habitación. «Quizá incluso me ha confundido con otra persona»; ese pensamiento me gustó menos, por lo que decidí sacarlo de allí con la mayor rapidez posible.

Después de aquello dormí regular, me pasé la noche soñando con Julieta y con una respuesta a su beso totalmente opuesta a la que tuve.

Me levanté temprano y de tan mal humor que decidí salir a correr para ver si de aquella manera lograba deshacerme de él. Y a pesar de que corrí más que otros días, no lo conseguí.

Al regresar comprobé que Julieta ya se había marchado y yo fui directo a la ducha pensando que le estaba dando mucha más importancia a aquello de la que realmente tenía.

Sin embargo, cuando a media mañana recibí su mensaje, me percaté de que en él me pedía perdón por lo que hizo, pero no hablaba de arrepentimiento ni de que lo hubiera hecho por la confusión de tomarme por otra persona o por haberse acabado de despertar.

Aquello hizo que una sonrisa lobuna se dibujara en mi cara.

Ignoro el tiempo que estuve esperándola sentado en uno de los bancos de la cocina, lo que estaba claro era que ese día se retrasó. Tenía la certeza de que lo hizo a propósito intentando evitar encontrarse conmigo.

Tampoco sabía qué iba a decirle, pero no me servía hablarlo a través de mensajes de móvil. Quería verle la cara cuando habláramos de aquel beso.

La sorpresa se dibujó en su rostro cuando me oyó y se percató de que la estaba esperando. Sorpresa que se fue convirtiendo en espanto al comprender que le pedía que conversáramos.

No tenía claro qué saldría de aquella charla, pero verla tan desconcertada me hizo gracia, aunque no sonreí.

—Yo... ya te he mandado un *wasap*... y estoy muy cansada..., me gustaría... —balbuceó respondiendo a mi petición de que habláramos mientras daba un par de pasos hacia su cuarto.

—Julieta, siéntate —dije señalándole con la cabeza el sofá.

Mi petición sonó a orden y esperé a que ella se opusiera, sin embargo, se sentó sin volver a abrir la boca.

Me levanté del banco, me acerqué a ella y me acomodé justo a su lado pegando mi cuerpo al suyo y haciendo que se tensara. Aunque tenerla tan cerca tampoco hacía que yo estuviera demasiado relajado, pero intenté disimular.

—¿Qué pasó ayer? —pregunté sin apartar la mirada de ella.

Sabía que estaba yendo demasiado lejos por un simple beso, no hacía falta darle tantas vueltas al asunto, pero es que verla tan apurada estaba haciendo que me lo pasara realmente bien.

—Me dormí, me desperté, te besé. Fin.

Tras ese comentario no pude aguantar y una sonrisa escapó de mis labios.

—Es un buen resumen, sí.

—¿Puedo irme ya? —pidió moviéndose incómoda en el sofá.

—No. Lo que me gustaría saber es el motivo por el que me besaste —continué pinchándola.

—¡Ya te he pedido perdón! ¡No sé qué más quieres que haga! —gritó enrojeciendo de vergüenza, y supe que había llegado el

momento de que hiciera algo para que dejara de sentirse tan agobiada.

—A ver si esto ayuda a que la situación no esté tan descompensada —murmuré.

No entiendo qué me llevó a hacer aquello, pero sin pensarlo la agarré de la nuca y acorté la distancia que nos separaba estampando mis labios con los suyos en un beso mucho más profundo que el que ella me dio la noche anterior. Seguramente debido a que, en este, los dos participamos con entusiasmo.

En un momento en el que nuestros labios se separaron ligeramente Julieta susurró:

—Sí, esto lo compensa bastante.

Sonreí y volví a besarla agarrándola por la espalda e inclinándola en el sofá. Me puse encima de ella aguantando mi peso con los brazos para no aplastarla. Julieta entrelazó sus dedos en mi pelo y me acarició, yo profundicé aún más aquel beso y pegué mi cuerpo al suyo. A ella se le escapó un jadeo y yo agarré la parte baja de su camiseta metiendo la mano por debajo y ascendiendo por su abdomen. Cuando toqué su sujetador Julieta me agarró la mano y yo me paré en seco.

—Yo no soy..., quiero decir que... no sé si voy a gustarte, Romeo.

—¿Qué?! —No tenía ni puñetera idea de a qué venía aquello.

—Me parece que no soy el tipo de mujer con la que sueles estar. Además, tú mismo dijiste...

—Julieta, para de decir esas cosas, por favor —le pedí acariciando su boca con mis dedos—. La mayoría de las veces solo suelto gilipolleces.

—Dices eso porque quieres acostarte conmigo.

—No voy a rebatírtelo, por supuesto que quiero. —Julieta sonrió y yo me alegré de no haberlo mandado todo a la mierda con los comentarios tan poco apropiados que hice de ella desde que llegó—. Pero me gustaría dejar claro que me pareces una mujer preciosa.

—No es necesario que digas cosas que no sientes, voy a hacerlo de todas maneras —anunció acercándose y volviendo a unir nuestros labios.

No creí adecuado ponerme a discutir con ella en aquellos momentos sobre lo bonita que me parecía, por lo que callé y respondí al beso.

31. Estrellándome en tres, dos, uno...

Julieta

Lo último que esperaba, cuando Romeo me dijo que teníamos que hablar, era que terminaríamos besándonos desesperadamente en el sofá, sin poder apartarnos el uno del otro.

Al notar sus manos ascender por mi cuerpo me tensé. No era una persona especialmente insegura, pero, después de cómo me había tratado Romeo y de todo lo que me dijo, resultaba inevitable que me asaltara cierta vacilación, y eso sin contar que Paola no se parecía en nada a mí. Ella era todo curvas, de las que yo carecía casi por completo.

Aun así, las ganas que sentía de estar con él lograron eclipsar cualquier mal pensamiento y me dejé llevar.

A pesar del deseo que me apremiaba, Romeo decidió tomarse las cosas con una irritante calma. O eso me pareció a mí mientras me desvestía y me acariciaba, pero cambié por completo de opinión cuando deslizó su boca por mi cuerpo y con esa misma tranquilidad hizo que llegara a un orgasmo que me dejó asombrada, tanto por la intensidad como por la rapidez con la que me asaltó.

Aunque casi no me dejó tiempo a reponerme porque me dio la vuelta en el sofá haciendo que soltara el aire de golpe. Con un reguero de besos y lametones ascendió por mi espalda desde el culo hasta el cuello. Cuando llegó allí se recostó en mí y pude comprobar lo excitado que él también estaba. Oí cómo rasgaba algo con la boca y supe que se trataba de un preservativo, si bien no logré entretenerme demasiado en ello porque antes de darme cuenta de lo que pasaba entró en mí con una profunda y certera embestida que hizo que volviera a estremecerme de placer. A él se le escapó un jadeo y fue adquiriendo un ritmo suave que poco a poco aumentó de

intensidad y que consiguió volver a dejarme jadeante y queriendo más. Mucho más.

Estaba claro que Romeo sabía bien lo que hacía, tal y como me demostró durante casi toda la noche.

Esa mañana no me tocaba trabajar en la tienda de Lorenzo, por lo que abrí los ojos con calma y me desperecé estirando mi cuerpo y dándome cuenta al instante de que Romeo no se encontraba en mi cama. Tampoco esperaba que nos despertáramos abrazados o algo por el estilo, pero hacía poco que nos habíamos dormido y no pensé que se levantaría tan pronto.

Me quedé unos segundos más acostada, o eso era lo que pretendía porque cuando volví a mirar el reloj había pasado una hora. Me levanté y me metí en la ducha. Me vestí con lo primero que cogí y salí al salón sin tener muy claro qué iba a encontrarme.

Me quedé algo cortada cuando lo vi apoyado en la mesa tomándose lo que seguramente sería un café. No pude evitar que un montón de imágenes de lo que hicimos la noche anterior inundara mi mente, estaba casi segura de que me había sonrojado. No tanto por lo que sucedió, sino porque no sabía cómo afrontarlo aquella mañana. Parecía que con la salida del sol todo se veía de otra manera.

—No he querido despertarte, parecía que necesitabas descansar —gruñó.

Me hubiera tomado sus palabras a broma, pero estaba tan serio que preferí no hacerlo.

—Gracias —murmuré, y no añadí nada más.

Me acerqué a servirme un café y noté la mirada de Romeo clavada en mí en todo momento. No hice caso al temblor que aquello ocasionaba en mis piernas y me moví por la cocina hasta tener lista mi bebida. Me senté en el sofá y a pesar de tener la cabeza gacha sabía que él me observaba.

—No me has mirado a la cara ni una sola vez desde que te has levantado y ahora te has colocado lo más lejos posible de mí. ¿Estás bien? —preguntó con seriedad.

Sí que estaba bien, lo que no sabía era cómo llevar aquella situación sin parecer que pasaba de todo, y mucho menos sin dar a entender que quería más. Romeo no se encontraba en mi cama cuando me desperté, y después de lo que había pasado entre nosotros yo desconocía lo que él deseaba.

Así que decidí ser sincera.

—Es que no sé cómo actuar.

—¿Que no sabes cómo actuar? —repitió alzando una ceja.

—No, no tengo ni idea porque hace dos días casi no nos hablábamos y de pronto hemos pasado la noche juntos...

—Yo no llamaría exactamente «pasar» a lo que hemos hecho, pero continúa, por favor —me animó.

—Pues eso, que esta mañana cuando me he despertado tú ya no estabas.

—Ya te he dicho que me ha parecido que necesitabas descansar, por lo que he preferido levantarme y dejarte dormir.

—Vale, muchas gracias. La cuestión es que no sé... yo no puedo... yo no... —me aturullé.

Romeo dejó la taza sobre la encimera y se acercó al sofá. Al sentarse a mi lado, mi cuerpo reaccionó como si tuviera vida propia. Lo primero que hicieron mis ojos fue clavarse en sus labios y tuve que agarrar el vaso con fuerza para no acariciarlo. ¡Menuda mierda!

—Julieta, ¿te apetece que volvamos a pasar—hizo unas comillas en el aire al decir esa palabra— la noche juntos?

Iba contestar al instante, sin meditar nada, solo impulsada por el buen sabor de boca —no seáis marranas— que me había dejado aquella noche. Pero logré parar a tiempo y pensé unos instantes la respuesta.

Estaba convencida de que no era buena idea repetir nada. Lo mejor para los dos sería dejarlo ahí. Sobre todo para mí, que me costaba separar el sexo del amor y que me había dado cuenta de que Romeo podía hacerme sentir muchas más cosas —y no todas malas—de las que creí. Lo último que necesitaba era terminar enamorándome y que para él solo fuera una más. No debía olvidar que estábamos caminando por un campo de minas y que lo único que pasaría si continuábamos acostándonos sería que las cosas

terminaran enrareciéndose, haciendo que nuestra convivencia fuera insufrible y que aquel matrimonio se convirtiera en algo más imposible de lo que ya era.

Por todo eso mi respuesta debería haber sido esta:

«No, Romeo, no me apetece que volvamos a hacer nada juntos. Es más, creo que a partir de este momento deberíamos mantener las distancias. Muchas gracias».

Sin embargo, ¿dije algo de aquello? No, por supuesto que no.

—Sí que me apetece. —Eso fue lo que realmente respondí.

Estrellándome en tres, dos, uno...

32. Ahora te estoy preguntando a ti

Julieta

Tampoco vayáis a pensar que pasamos de prácticamente odiarnos a estar todo el día follando. No, no fue el caso.

De hecho, después de que yo le dijera que sí me apetecía repetir, no ocurrió nada más entre nosotros, y desde eso habían transcurrido tres días.

En lo que no iba a ceder, después de ser yo quien dio el primer paso besándolo y admitiendo que sí deseaba estar otra noche con él, era en proponer también el día. Por lo menos que eso lo decidiera él. Pero parecía no estar por la labor, por lo que yo continué con mis rutinas sin volver a abrir la boca.

Nuestro trato era algo más cordial que antes, por lo menos manteníamos alguna conversación banal sin terminar gritándonos o de mal humor.

Aquel día, cuando me levanté, él ya se había marchado, esa mañana le tocaba trabajar temprano. Así que me duché y me vestí tranquilamente, estaba a punto de darle el primer sorbo a mi café cuando llamaron a la puerta.

Al abrirla me percaté de que hacía días que no veía a Gia y así se lo dije.

—Benditos los ojos. Ayer al pasar por tu puerta llamé, pero no parecías estar en casa. —Cuando terminé de hablar pensé que quizá había sido demasiado directa y que Gia no era una amiga mía de toda la vida. Además de que no me debía ninguna explicación—. Perdón, con esto lo único que quería decir es que tenía ganas de verte —terminé, algo avergonzada.

—Ay, Julieta, no tienes que disculparte por nada. No sabes lo que me gusta oírte decir eso, yo también tenía ganas de verte. No sé si tendrás tiempo de tomarte un café conmigo, he traído *panforte*.

—No sé qué es eso —dije alzando los hombros. Porque, a pesar de haber estado algunas veces en Italia, me alojaba en hoteles donde siempre terminaba comiendo casi lo mismo.

—Es un dulce muy típico, se elabora con fruta y frutos secos. También lleva coco, no sé si te gusta.

—Sí, y tanto. En realidad, hay muy pocas cosas que no me gusten. Pero, como siga comiendo así, no va a entrarme la ropa. Y que conste que no es una queja. Siempre he sido de constitución delgada, a veces pienso que demasiado.

—Julieta, querida, nunca se es demasiado ni demasiado poco. No acabo de entender esta manía que tenemos las mujeres con nuestros cuerpos. Si creemos que nos sobran kilos vivimos amargadas intentando quitárnoslos, y si no, lo hacemos por cogerlos. Jamás estamos contentas, y sé que la culpa no es nuestra, sino de esta maldita sociedad y de los cánones de belleza impuestos, sobre todo a nosotras. Así que come sin pensar en si eso te engordará o no, solo disfrútalo.

No pude decir nada ante el alegato de Gia, lo único que hice fue servirme una gran porción de su pastel, que tenía una pinta increíble.

—Quería hacerte una pregunta, pero no sé si es demasiado apropiada —dijo Gia sorprendiéndome, pues no era precisamente una persona que fuera con pies de plomo a la hora de preguntarme algo.

—Házmela, no te preocupes por eso.

—¿Qué hay entre mi hijo y tú? —soltó a bocajarro.

Casi me atraganté con el trozo de dulce que acababa de meterme en la boca. No esperaba para nada que Gia me preguntara algo así. Y no tenía ni idea de por qué lo preguntaba. ¿Cómo diablos se había enterado?

—No sé..., yo no...

—Julieta, no pasa nada si no quieres contármelo, pero el otro día, cuando Romeo bajó a verme y le pregunté por ti, balbuceó una respuesta. Me extrañó que el simple hecho de que quisiera saber cómo estabas lo aturullara de aquella manera. Soy su madre, no me costó demasiado sumar dos más dos.

—No quiero sonar grosera ni que te lo tomes a mal, pero quizá deberías preguntarle a él —respondí en un intento de poner la pelota en el tejado de Romeo. No funcionó.

—Lo haré, pero ahora te estoy preguntando a ti.

Sabía que podía darle una contestación seca y fría para que dejara de insistir con el tema, pero se trataba de Gia y no me apetecía hacer eso. Por lo que decidí sincerarme.

—La verdad es que no sé qué responderte, porque hasta hace poco casi no podíamos estar en una misma habitación sin discutir. Y por eso no entiendo qué nos llevó a terminar en la cama. —Carraspeé porque no sabía si estaba dando demasiada información. Como Gia no dijo nada, continué—. Tampoco es que las cosas hayan cambiado mucho entre nosotros, solo que en estos momentos parece que mantenemos una relación más... cordial. Solo eso.

—Imaginaba algo así, sí. No quiero meterme donde no me llaman, pero me gustaría advertirte de que Romeo es..., quiero decir que lo pasó muy mal y hace mucho que no sale con nadie. Y me refiero a salir, no a acostarse; eso sí lo hace, demasiado para mi gusto...

—No te preocupes por mí, Gia.

—¡Pues claro que me preocupo por ti! —protestó a la defensiva.

—Lo que trato de decir es que sé que no soy nadie importante para él, no soy tan ingenua.

—No es eso lo que trato de decirte.

—Gia, no es que conozca demasiado a Romeo, pero me hago una idea de cómo es y por su manera de actuar de estos días conmigo entiendo muy bien que solo soy una más. Y que lo que ha pasado entre nosotros no significó nada para él.

—Lo que me preocupa es que para ti sí signifique algo.

Ahí me había pillado. Si era tan evidente para ella, seguramente Romeo también se habría dado cuenta. Y, tal vez, por ese mismo motivo hubiera preferido mantener las distancias conmigo a pesar de mi respuesta afirmativa.

Mierda.

33. Lo tengo todo bajo control

Romeo

Solo a mí se me ocurría hacer una gilipollez como aquella. ¿Quién me mandaba acostarme con Julieta? No podía decir que no lo hubiera disfrutado, no, no era eso. Pero fue una metedura de pata que no volvería a repetirse, por mucho que se lo hubiera preguntado y ella me hubiera dicho que sí. Ni por más que me apeteciera.

Debía ser capaz de pensar con la cabeza fría y no dejarme llevar por un calentón.

Si ella se quedaba más de un año, la herencia sería suya, eso estaba claro. El problema vendría si se establecía una especie de relación entre nosotros y aun así decidía marcharse... Eso sin contar que podían darse las dos cosas, que estuviera más de un año, cobrara la herencia y se largara. Una cosa estaba clara: Julieta no iba a quedarse en un pueblo como aquel, por lo que sería mejor que no volviera a pasar nada entre nosotros. Todo resultaría más sencillo si intentaba mantenerme lo más alejado posible de ella.

Volvía de hacer un *tour* ensimismado en mis cosas y no me percaté de su presencia hasta que prácticamente la tenía delante.

—Hola, Romeo.

—¿Qué tal, Paola? —No pretendía sonar tan borde, pero es que lidiar con ella en aquellos momentos no me apetecía lo más mínimo.

—Vaya, ¿no has tenido un buen día? —preguntó haciendo un mohín que me pareció sumamente estudiado.

—Un día como otro cualquiera. Pensaba que ya te habrías marchado.

—De eso quería hablarte. ¿Podemos tomar algo y te explico?

Me entraron ganas de decirle que no, sin embargo, no era capaz de negarle casi nada. Siempre había sido así.

Nos sentamos en la terraza del bar de Pietro. Deseaba que soltara lo que quería decirme y largarme a casa. Aquella noche dormí regular y me apetecía tumbarme un rato.

—He decidido quedarme en el pueblo —soltó sin borrar la sonrisa de su cara.

—¿Quedarte hasta cuándo? —pregunté entrecerrando los ojos.

—Quedarme para siempre, es decir, mis padres me han pedido que me haga cargo de la panadería, ellos quieren retirarse y les gustaría que la llevara yo.

—Pero tú siempre has querido marcharte de este pueblo, ese fue el motivo por el que te fuiste. —No sabía si estaba más sorprendido o indignado.

—Entre otras cosas, sí. Pero he decidido que ha llegado el momento de regresar.

Estuve a punto gruñir al recordar la de veces que le pedí que se quedara, que lo hiciera por nosotros, que si me daba tiempo creí poder perdonarla. Pero nada funcionó ante su resolución de marcharse de aquel pueblucho en el que no podía crecer —palabras tuyas— y en esos instantes, después de tanto tiempo, decidía volver para quedarse.

—Ya sé lo que estás pensando. Imagino que necesitaba poner tierra de por medio entre nosotros. Romeo, te engañé con tu mejor amigo. No podía quedarme y ver cómo se desmoronaba todo a nuestro alrededor.

—Quizá debiste pensarlo antes. —Me arrepentí de decir aquello en el mismo momento en el que lo solté. Hacía ya mucho tiempo que decidí pasar página sobre aquel tema, pero al tenerla de nuevo allí la cosa se complicaba.

—Sí, y ya sabes lo mucho que me arrepiento y lo que me afectó el daño que te hice.

Paola puso su mano sobre la mía y yo no fui capaz de apartarla. No sé el tiempo que estuvo ahí, pero así fue como nos encontró Julieta cuando entró en el bar a trabajar.

Medité lo que quería decirle a Paola, aunque ni yo mismo lo tenía claro. Era difícil desprenderme de lo que sentía cuando había estado tan enamorado de ella.

—No sé lo que pretendes con esto, pero yo no estoy en el mismo punto que cuando te marchaste y tampoco estoy dispuesto a reanudar nuestra relación tal y como se quedó.

—No te hablo de reanudar nada, te hablo de empezar de cero —añadió con una dulce sonrisa.

Tragué saliva, tenía la cabeza hecha un lío.

—Me lo pensaré. —Fue todo lo que pude decir.

—Con eso me basta.

Se acercó a mí y me dio un beso cerca de la comisura de los labios. Cerré los ojos al notarla tan cerca, esperando que aquel contacto me dejara fuera de juego; sin embargo, me sorprendió que mi cuerpo no reaccionara de ninguna manera.

Cuando me despedí de Paola me fui directamente a mi casa. Me dolía la cabeza y tenía ganas de tumbarme, con todo, aquello no fue posible porque en cuanto mi querida madre me oyó subir por las escaleras abrió su puerta —como si hubiera estado tras ella esperando mi llegada— y casi me obligó a entrar.

—Mamá, quiero subir y dormir un poco —protesté.

—Primero tú y yo mantendremos una conversación.

Como sabía que iba a resultar imposible marcharme sin hablar con ella, entré y me acomodé en una de las sillas del salón.

—Tú dirás —solté con hastío.

—Me gustaría saber en qué diablos estabas pensando para acostarte con Julieta.

Boqueé como un pez, no pude evitarlo. Intenté contestarle en un par de ocasiones, pero no me salían las palabras.

—No intentes negarlo porque he hablado con ella —sentenció mi madre.

Aquello aún me sorprendió más y mi curiosidad se disparó hasta límites insospechados. ¿Qué le habría dicho Julieta a mi madre?

—¿Qué te ha dicho? —pregunté sin poder evitarlo.

—El tema no es lo que ella me ha contado, sino lo que vas a contarme tú. —Aquello olía a reprimenda y, la verdad, no me apetecía nada.

—Mamá, somos adultos. Nos hemos acostado una noche, tampoco le demos tanta importancia a cosas que no la tienen.

—A lo mejor para ella sí es importante, tal vez no está tan acostumbrada como tú a cambiar de cama cada dos por tres.

—Yo no cambio de cama, solo de compañía —le vacilé, y mi madre me soltó una colleja—. ¿Te ha dicho ella algo? —indagué con ansia, acariciándome la nuca.

—No voy a desvelarte nada de lo que ella me ha contado. Solo quiero advertirte de que parece buena chica y no me gustaría que la trataras como a las demás. Estás viviendo con ella y podrías terminar haciéndole daño.

—Parece ella tu hija en lugar de yo —repliqué alzando una ceja, pues mi madre parecía haberse convertido en una acérrima protectora de Julieta.

—Solo te pido eso, que no le hagas daño. Nada más.

—No te preocupes, lo tengo todo bajo control. —Dudé si contarle o no a mi madre lo siguiente, pero deduje que se acabaría enterando y que era mejor que lo hiciera por mí—. Paola ha decidido quedarse a vivir aquí —murmuré.

—¿Quieres decir en el pueblo? —preguntó mi madre con la misma sorpresa que seguramente transmitió mi voz cuando Paola me lo dijo.

—Sí. Va a hacerse cargo de la panadería de sus padres.

—Después de todo sí le gusta este pueblucho —ironizó mi madre—. Ya sabes lo que pienso de todo esto. Te lo dejé muy claro cuando se marchó.

—Sí, lo sé, pero ya te he dicho que lo tengo todo bajo control —aseguré hundiendo las manos en mi pelo.

—No te lo crees ni tú —murmuró bajito mi madre, pero la oí perfectamente.

Solté un suspiro y dejé caer mi cabeza sobre la mesa.

34. Mi puerto seguro

Gia

No podía ocultar mi preocupación por Julieta, aquella chica a la que se le cogía cariño casi sin ser consciente de ello y a la que era inevitable querer ayudar, pues yo no había conocido jamás a nadie que pareciera estar tan perdido como ella. Una chica a la que, a pesar de haber puesto todo de su parte para que no pasara, se le iluminaban los ojos cuando hablaba de mi hijo sin siquiera ser consciente de ello.

Y luego estaba Romeo, que desde que Paola se marchó y lo dejó parecía vagar sin rumbo fijo. Sí, mi hijo también me preocupaba, pero con la diferencia de que si salía herido se lo iba a buscar él solito.

Después de por todo lo que pasé no soy una persona a la que le guste juzgar a nadie, pero estaba claro que Paola acabaría haciéndole daño, solo era cuestión de tiempo. Al igual que pasó la primera vez, porque desde luego lo que nadie esperaba era que se liara con Pietro. Aquello destrozó a Romeo, sin embargo, pese a la coraza que tiene, en el fondo es todo corazón y no pudo estar enfadado con su amigo durante mucho tiempo. Al igual que tampoco lo hubiese estado con Paola si ella llega a acceder a darle otra oportunidad. Pero decidió marcharse y dejar a mi hijo sumido en una profunda pena.

No voy a ponerme en modo protector, que te rompan el corazón forma parte de la vida y te enseña a crecer. Lo que no me gustó fue lo mal que lo pasó ni el hombre en el que se había convertido, pues parecía tener los sentimientos totalmente blindados.

Con todo, tenía claro que, aunque yo quisiera meter las narices donde no me llamaban, aquello era algo que deberían resolver ellos solitos.

—Últimamente estás inquieta, ¿qué te pasa? —preguntó Lorenzo pasándome el brazo por la cintura y acercándose a él—. ¿Es por nosotros? —La duda e inseguridad que transmitía aquella pregunta me enterneció.

—No, no es por nosotros. De hecho, hacía muchísimo tiempo que no me sentía tan bien —dije acercándome para besarlo.

Desde la noche en la que lo invité a cenar, Lorenzo se había quedado a dormir en mi casa algunos días. Y no le mentía al decirle que me encontraba bien con él. Muy bien, para ser exacta. Hacía años que nos conocíamos y cada vez me había costado más rechazar sus invitaciones para salir con él. Hasta que dejé de lado el miedo que sentía a que la gente del pueblo hablara de mí y decidí lanzarme al vacío. Estaba sumamente contenta de la decisión que había tomado.

—Me preocupa Romeo —pensé en voz alta, apartando mis labios de los suyos.

Lorenzo se incorporó en la cama para prestarme toda su atención. Esa era una de las cosas que más me gustaban de él, compartía todas mis preocupaciones con un interés genuino.

—Cuéntamelo —me animó a hablar mientras me cogía la mano y acariciaba con su pulgar la palma.

A ver si era capaz de centrarme en lo que quería decirle, porque me había vuelto adicta a las caricias de aquel hombre.

—Es un poco largo, aunque ya conoces muchos detalles. ¿Te hago un resumen?

—Como prefieras.

—Mi hijo se ha acostado con Julieta casi a la vez que Paola le ha dicho que tiene pensado quedarse a vivir en el pueblo.

—Vaya, no debe de ser una situación fácil para él. Pero ¿qué es lo que te preocupa? —Lorenzo me conocía muy bien.

—Que le haga daño a Julieta para escoger a una mujer que volverá a romperle el corazón. —Al terminar de pronunciar esas palabras respiré profundamente, como si me hubiera quitado un peso de encima.

—Ajá —respondió Lorenzo acercándose a mi cuello y besando esa zona que él sabía que era tan sensible para mí—. Lo entiendo,

pero tú tienes que comprender que no podrás hacer nada para remediarlo y que deberán ser ellos los que libren sus propias batallas.

—Lo sé, aunque eso no quiere decir que no me preocupe —murmuré, porque su boca en mi cuello estaba haciendo estragos en mí.

—Entonces tendré que hallar la manera de que pienses en otra cosa —dijo con socarronería en mi oído.

Y lo consiguió, porque en las siguientes horas no volví a pensar en nada que no fuéramos él y yo.

Lorenzo se estaba convirtiendo en un tiempo récord en mi puerto seguro. En alguien muy importante en mi vida. En la primera persona en la que pensaba cuando algo malo me pasaba y quería desahogarme o cuando se trataba de algo bueno y deseaba compartirlo.

No voy a negar que aquello me asustaba, pero tampoco iba a mentir y decir que no pensaba disfrutarlo.

35. Esa sensación de soledad

Julieta

Los últimos días me sentí muy muy sola, y eso era mucho decir. Gia no paraba mucho en casa y yo no quería molestarla demasiado. Con Pietro me llevaba bien, pero como podría hacerlo con cualquier jefe, y Romeo... Él era un caso aparte.

Desde que lo vi agarrado a la mano de Paola decidí que lo mejor sería hacer como si nada hubiera pasado entre nosotros. No volví a comportarme como al inicio, intenté ser correcta y educada, pero no pasé de ahí. Tampoco él había dado la más mínima muestra de desear que volviéramos a acostarnos juntos, incluso diría que intentaba evitar cualquier tipo de contacto entre nosotros.

Supongo que por esa sensación de soledad había aceptado salir a cenar aquella noche con un cliente del bar que llevaba algún tiempo insistiendo en que tomara algo con él. Leandro era un chico guapo y encantador que mostró interés por mí desde el primer día que llegó al bar. Pero, al ser yo una mujer casada, sus proposiciones no pasaban de ahí, a veces medio en broma, otras no tanto. Por lo menos hasta hacía un par de noches, que se quedó hasta tarde y pudimos hablar un poco más. Le expliqué muy por encima y sin entrar en demasiados detalles que mi matrimonio no era lo que se dice común. Cuando terminé de hablar me preguntó si me apetecía cenar con él y le respondí que sí sin pensarlo demasiado. Me vendría bien hacer algo diferente. Algo que no se limitara a ir del trabajo a casa e implicara poder mantener con alguien una conversación real.

Me alegré de no coincidir con Romeo al llegar a casa, así pude vestirme tranquilamente. Pensé que me daría tiempo a salir antes de que él regresara, pero me equivoqué.

Cuando me vio con el mismo vestido que me puse el día que supuestamente nosotros íbamos a ir a cenar, se paró en seco.

—¿Salimos a algún sitio y no me he enterado? —intentó bromear, pero a mí no me hizo ni puñetera gracia que diera por hecho que solo podía quedar con él, cuando él parecía tener vía libre para hacerlo con quien le diera gana.

—No. He quedado —respondí escueta.

—Dile a mi madre que te lleve al restaurante de Tomasa. Te gustará —añadió con prepotencia para terminar la frase guiñándome un ojo.

Su manera de decirlo y que pensara que había quedado con su madre aún me cabreó más.

—No he quedado con tu madre. Tengo una cita. Con un hombre —maticé, por si no lo pillaba.

La pequeñísima sonrisa que Romeo había mantenido hasta el momento se desvaneció. Pero yo no estaba dispuesta a que me soltara el rollo de que tuviera cuidado y fuera discreta. Si decía algo así iba a mandarlo a la mierda, por lo que preferí salir cuanto antes de allí.

—Buenas noches, Romeo.

No esperé respuesta y cerré la puerta a mi espalda lo más rápido que pude.

Leandro resultó ser exactamente como imaginaba, así que la cita fue tan bien que alargamos la cena hasta que nos echaron del restaurante. Después decidimos ir a tomar algo a un lugar cercano. No era que el pueblo tuviera una extensa oferta de ocio, pero logramos encontrar un local abierto.

Acabábamos de pedir cuando él se giró hacia mí y me hizo la pregunta que llevaba esperando toda la noche —tardó más de lo que pensaba—:

—Entonces, ¿no estás bien con tu marido? ¿Tienes pensado divorciarte?

Suspiré porque no quería contarle los pormenores del motivo por el que Romeo y yo nos casamos, pero tampoco podía volver a quedar con él si no le aclaraba algo.

—No exactamente, por lo menos no por el momento. Es complicado, vendría a ser algo así como que Romeo y yo hacemos

vidas separadas.

—¿A qué te refieres?

—A que él puede salir con quien quiera y yo también. —Aquello no era del todo verdad, pero tampoco una gran mentira. Y es que no sabía cómo explicarlo sin desvelar nada.

—Es decir, que sois una pareja abierta —añadió Leandro muy resuelto.

Nuestra relación no se parecía en nada a eso, pero pensé que era la manera más sencilla de salir del paso.

—Sí, algo así.

Él sonrió como si acabara de decirle que se había erradicado el hambre en el mundo. Yo no pude evitar poner los ojos en blanco.

Cuando terminamos de tomarnos la copa me invitó a su casa, pero no me pareció buena idea y opté por volver a la mía. A pesar de estar bien con él, prefería dejarlo ahí.

Nos intercambiamos los números de teléfono y me acompañó hasta la puerta de mi casa —o, mejor dicho, a la de Romeo—.

La despedida vino acompañada de un beso. Un beso que no me hizo sentir absolutamente nada, aunque logré dibujar una sonrisa forzada al separarme de él.

Mientras subía las escaleras pensé que no todas las veces se siente algo con el primer beso. No tenía por qué ser todo piel de gallina y escalofríos, a veces las cosas iban más poco a poco. Fue justo ante aquel pensamiento cuando decidí darle otra oportunidad. Porque, además, lo había pasado muy bien durante toda la noche.

Un poco antes de abrir la puerta recibí un mensaje de él.

Leandro:

He estado muy a gusto contigo, nos vemos mañana en el bar. Espero que te apetezca repetir.

Sí, definitivamente, repetiría.

Cuando encendí la luz del salón aún sonreía mientras volvía a leer el *wasap*, por lo que no me percaté de que Romeo estaba sentado en el sillón. Me sobresalté al verlo.

—Pensé que estarías dormido —susurré.

—Pues ya ves que no —gruñó sin alzar la voz.

—¿Qué haces aquí? —Quise añadir que por qué estaba a oscuras y con la televisión apagada, pero me callé.

—Besarte con otro tío en la puerta de mi casa no es lo que yo llamo ser discreta —bramó, haciendo que me parara en el sitio.

Por lo visto no iba a poder librarme de esa conversación.

36. ¿Has estado espiándome, Romeo?

Romeo

La cabeza estaba a punto de explotarme, por lo que en cuanto Julieta salió de casa me dirigí a por una pastilla a ver si lograba mitigar el dolor que parecía intensificarse por momentos.

Me dejé caer en el sofá y di vueltas a todo lo que me había pasado últimamente: Paola regresó para quedarse, solo eso ya hubiera hecho que mi cabeza estallase, pero es que yo estaba casado con una mujer a la que en un inicio aborrecía y que en aquellos momentos empezaba a gustarme, tal vez demasiado. O quizá había algo más, porque no me hizo ni puñetera gracia encontrarla vestida así para salir con otro tío. El motivo por el que tuve ganas de retenerla allí, para evitar que se viera con él, era algo que escapaba a mi entendimiento.

Y mucho menos comprendí qué me llevó a esperar despierto a que ella volviera. Desde luego, aquello sí que fue una pésima idea, porque pensé que iría a cenar y regresaría pronto, sin embargo, a medida que las horas avanzaban, en mi mente aparecían un puñado de posibilidades que, lejos de tranquilizarme, me iban poniendo más nervioso. ¿Y si pasaba la noche con él? Estaba claro que aquello no era de mi incumbencia. ¿Y si el tío era un cabrón y le hacía daño de alguna manera? Julieta no conocía demasiado el pueblo ni el país y la mayoría de las veces era demasiado confiada. ¿Y si no regresaba a la mañana siguiente? ¿Y si aquel tipo la retenía en contra de su voluntad? Si no volvía aquella noche, llamaría a la policía.

Me arrepentí de no haberle preguntado de qué conocía al tío, cómo se llamaba o cualquier otro dato sobre él.

Estuve a punto de llamar por teléfono a Pietro o a mi madre para ver si ellos sabían algo de la cita de Julieta, pero en el último momento me contuve y decidí esperar un poco más.

Cuando me preparé mi segundo café y estaba a punto de darle el primer sorbo, me lo replanteé; tal vez tomar café no era la mejor idea para mi estado de nervios. Dejé la taza llena en la encimera de la cocina y puse la televisión por si algo de lo que daban lograba entretenerme. Tampoco funcionó, así que terminé apagándola.

Ya era bastante entrada la noche cuando me pareció oír la voz de Julieta —la puerta del balcón del salón daba a la calle—, así que me asomé. Aunque hubiera sido mejor no hacerlo.

Advertí cómo Julieta se paraba frente a un tío alto que no perdió el tiempo en atraerla hacia él y besarla. Verla besar a otro hombre me sentó como si acabara de tragarme el café ardiendo de golpe. Algo me abrasó el estómago.

Me aparté de allí con rapidez y volví a sentarme en el sofá en un intento baldío de calmarme.

Al verla entrar fui incapaz de callarme, aun sabiendo que mi comentario estaba por completo fuera de lugar, ya que ni era nadie para decirle que mantuviera las formas ni yo lo había hecho.

Por eso, cuando tragó aire y clavó sus ojos en los míos, me preparé para lo que se me venía encima.

—No voy a consentir que seas tú quien me suelte algo así —zanjó apuntándome con el dedo índice.

—Y si no soy yo, ¿quién quieres que te lo diga? —intenté bromear, pero me salió fatal.

—Encima no pretendas hacerte el gracioso. ¿Estás liado con ella y me dices a mí que no puedo salir con nadie?

—¿Ella? —pregunté alzando una ceja.

—Ya sabes de quién te hablo, de Paola.

—Ah, ahora vamos a hablar de ella —dije con cinismo.

—No, por supuesto que no, pero no te atrevas a pedirme explicaciones a mí.

—¡Yo no me voy besando con nadie en la puerta de nuestra casa! —le eché en cara alzando la voz.

—No, tú la subes aquí para acostarte con ella. ¿Puedo hacer yo lo mismo? —masculó desafiante.

—Julieta... —murmurar su nombre fue todo lo que fui capaz de responder ante aquella provocación, ya que no podía contestarle que

no porque yo lo había hecho, aunque me negaba en redondo a decirle que sí.

La vi acercarse a mí y acortar la distancia que nos separaba. Tanto que cuando bajé la vista su cara estaba muy cerca de la mía. Por la manera en la que me miraba supe que no había terminado conmigo.

—¿Has estado espiándome, Romeo? —susurró, y su tono de voz había cambiado tanto que no supe identificar el motivo.

—Claro que no —alegué indignado—. ¿Por qué crees...?

Ante mi absoluto asombro, Julieta pasó sus brazos por mi nuca y estampó sus labios en los míos. A pesar de que no me esperaba para nada que me besara, no me pasó lo mismo que la primera vez y reaccioné con rapidez devolviéndole el beso con ímpetu. No pensé en nada más que en aquel beso, aparté a un lado la imagen de hacía un momento en la que ella tenía los labios pegados a los de otro hombre y me centré en que Julieta también se olvidara de aquel tío y de ese otro beso. Puse todo mi empeño en ello.

Esta vez la metí en mi cuarto, no tenía intención de dejarla salir de allí en unas cuantas horas, y con aquel pensamiento se iban al traste todas mis buenas intenciones de mantener las distancias con ella.

No fui delicado ni pareció que Julieta quisiera que lo fuera. Tampoco intercambiamos una sola palabra durante las horas que estuvimos allí encerrados. Creí que ya tendríamos tiempo de hablar cuando nos levantáramos. Sin embargo, me equivoqué, porque al despertarme a la mañana siguiente Julieta no estaba en mi cama.

37. ¿Lo dejamos ahí?

Julieta

¿Cuántas veces se podía tropezar con la misma piedra? Porque yo ya era la segunda vez que lo hacía y parecía no haber aprendido la lección.

Cuando me levanté en mitad de la noche tuve que incorporarme y sentarme en una esquina de la cama, pues, después de aplacar el ansia que tenía de Romeo, mi lado más racional volvió a hacer acto de presencia —a buenas horas—. No quise pensar en la desesperación de mis caricias ni en todo lo que hicimos o terminaría muriendo de vergüenza, no por el hecho en sí, que era lo más normal del mundo, sino por llevar la iniciativa de aquella manera, otra vez. ¿Qué me llevó a volver a besarlo? ¿Por qué no podía mantener mi boca lejos de la suya? ¿Y si él en realidad no quería? ¿Y si le supo mal rechazarme? ¿Y si me devolvió el beso por no herirme?

Las preguntas se fueron sucediendo en mi cabeza sin darme tregua y ya me resultó imposible volver a dormirme. Me levanté temprano y, cuando acababa de sentarme para tomarme el café, él salió de su habitación. Solo llevaba puestos los *boxers* y tuve que contenerme para no mirarlo con descaro; una tontería después de lo que había pasado entre nosotros, lo sé.

—Buenos días —dijo llegando hasta donde yo estaba.

—Buenos días —susurré. Me encontraba tan cortada con la situación que no era capaz ni de mirarlo a la cara.

Romeo se sirvió un café y se sentó frente a mí.

—Creo que deberíamos hablar de lo que pasó anoche —sugirió con seriedad.

Yo me tensé y me puse a la defensiva. Seguramente debido a que imaginé que me diría que no consentiría que volviera a suceder algo así entre nosotros, que no deseaba que yo lo abordara de

aquella manera de nuevo o algo parecido. Por ello, antes de que él abriera la boca y yo quedara humillada ante lo que dijera, preferí hacerlo yo y evitarme el bochorno.

—Romeo, siento haberte besado. Entiendo que no me creas porque es la segunda vez que lo hago, pero te aseguro que no volverá a pasar.

—¿Qué demonios estás diciendo? —preguntó alzando una ceja y dejando su café sobre la encimera.

—Que... yo... no quiero... —balbuceé sin decir nada en concreto.

—Julieta, ¿tú te crees que si no hubiera querido acostarme contigo lo hubiera hecho?

—Verás, es que yo te besé y no te dejé opción a...

—Vamos a ver —dijo poniendo los dedos en el puente de su nariz, como si estuviera conteniéndose—. Me la suda que me besaras tú primero, si no quisiera que lo hicieras o deseara dejarlo ahí, te lo hubiera dicho. No quiero hablar contigo porque me arrepienta de lo que pasó anoche, quiero aclarar la situación y saber qué es lo que piensas tú, porque vivimos juntos y si no lo hablamos esto podría convertirse en algo muy incómodo para los dos.

—Ah. —Eso fue todo lo que pude responder, pues no imaginé que lo que él quisiera decirme fuera por ahí.

—Cuando digo que quiero mantener una conversación contigo espero algo más que esa respuesta por tu parte —añadió, y seguidamente le dio un sorbo a su café.

—Sí, bueno, ya... —me aturullé.

—Vamos, Julieta, que tú puedes—bromeó.

Respiré hondo intentando ordenar mis ideas. Romeo acababa de aclararme que sí deseaba acostarse conmigo, pero eso no quería decir nada y si yo continuaba pasando las noches en su cama —o en la mía— acabaría sintiendo cosas por él que prefería no sentir.

Así que pensé que lo mejor sería no continuar con aquello.

—Si los dos estábamos de acuerdo en lo que pasó anoche, pues ya está. Lo dejamos ahí y listo.

—¿Lo dejamos ahí? —espetó levantando la mirada y clavándola en mí.

—Romeo, tú estás interesado en alguien que, desde luego, no soy yo. Y yo le dije a Leandro que volvería a quedar con él.

—¿Leandro? —preguntó con fingida extrañeza.

—El hombre con el que salí ayer —aclaré.

—Así que tu solución es hacer como si nada de esto hubiera ocurrido.

—Algo así. No quiero que volvamos a estar como al principio y que discutamos por todo. Hemos llegado a tolerarnos y a llevarnos más o menos bien y me gustaría que continuara siendo así.

—Genial —murmuró levantándose de la silla—. Pero te recuerdo que yo preferiría que te largaras de aquí lo antes posible, así que no cuentes con que te haga la estancia agradable.

No comprendí el cambio tan repentino de actitud que se produjo en él. No quería que se cabreara, pero tampoco sabía qué hacer.

—No entiendo por qué te enfadas.

—¿Quién ha dicho que estoy enfadado?

Los dos teníamos claro que lo estaba, pero me daba la sensación de que si continuaba insistiendo Romeo terminaría explotando. Empezaba a conocerlo y sabía que cuando se ponía así necesitaba un poco de tiempo para serenarse, por lo que no añadí nada más. Ante mi silencio él dio media vuelta y se encaminó a su cuarto.

Parecía que volvíamos al punto de partida y ya empezaba a estar harta de todo aquello.

38. ¿Una pareja abierta?

Romeo

Por mucho que tratara de negarlo, estaba enfadado con ella y conmigo. Con ella por complicar tanto las cosas, y conmigo por la reacción tan poco apropiada que tuve; pero es que cuando volvió a hablar de Leandro —al menos ya sabía cómo se llamaba— me cabreeé aún más.

Pasé diez minutos encerrado en mi cuarto pensando y barajando opciones hasta que decidí salir y hablar con Julieta. No podíamos continuar así, por mucho que a mí me beneficiara que se largara lo antes posible. Además de no poder, es que tampoco quería que volviéramos a lo que teníamos cuando ella llegó. Me gustaba mucho más tenerla dentro de mi cama que discutir por cualquier tontería.

Al llegar al salón la encontré en el mismo sitio. Volví a sentarme donde estaba antes y hablé, intentando soltarlo todo antes de que me interrumpiera.

—Siento lo que te he dicho antes, pero no entiendo por qué pasamos de ladrarnos al hablar a terminar en la cama. Quizá podríamos encontrar un punto intermedio. Ya sé que a mí me convendría que nos lleváramos a matar y que te marcharas pronto, pero es que no me apetece pasarme los próximos meses así. Creo que lo mejor sería que intentáramos llevarnos bien.

La vi pestañear unas cuantas veces. Pensé que tal vez me había pasado y que llevarnos bien no era algo que quisiéramos y que ocurriera así sin más, pero yo me refería a, por lo menos, intentarlo.

—Sí, supongo que tienes razón. De hecho, acepté salir con Leandro porque últimamente me sentía bastante sola. —Noté la manera en la que sacudía la cabeza, como si se arrepintiera de haber dicho algo así.

—Eso no deja en muy buen lugar al tipo ese —solté sin poder evitarlo.

—No quería decir eso. Leandro es un buen tío y me gusta...

—Suficiente —la corté levantando una mano para que dejara de hablar—. Que intentemos llevarnos bien no implica que nos contemos nuestras intimidades.

—No pensaba contarte nada más.

—La verdad es que preferiría no saber nada de nada. Es decir, no quiero información sobre ese tío. —Sabía que me estaba comportando como un auténtico idiota, y lo peor de todo era que realmente oírle hablar de él no me gustaba en absoluto.

—Vale, pues no hablaremos de ello. Pero no querer comentarlo no quiere decir que no exista.

—No, claro que no. Aunque prefiero que sea así —insistí.

—Vale, pero sigo teniendo dudas.

—¿Qué tipo de dudas? —pregunté con la mosca detrás de la oreja.

—A lo que me refiero es a que este pacto de silencio no nos priva de quedar con quien queramos, ¿no? Aunque no nos lo contemos, quiero decir —aclaró, y yo no supe qué responderle.

Si le decía que podíamos quedar con otras personas estaba seguro de que nuestra relación —por llamarla de alguna manera— se resentiría. Aunque yo no era nadie para prohibirle que se viera con quien le diera la gana.

—Supongo que no habrá problema. A menos que tú prefieras que no salgamos con nadie —dije para poner la pelota en su tejado y dejar que fuera ella quien tomara la decisión.

—No creo que lo que yo diga vaya a hacer que te mantengas alejado de Paola. He visto cómo la miras.

No sabía que miraba a Paola de un modo diferente y tampoco me hacía ninguna gracia que Julieta se hubiera percatado de ello.

—Claro que puedo estar lejos de ella, lo he hecho durante el último tiempo —me defendí.

—Sí, pero porque ella no vivía aquí. Tampoco pretendo obligarte a hacer algo que no quieres, por eso creo que lo más adecuado será que salgamos con quien queramos y que nosotros intentemos estar lo mejor posible.

No entendía bien el porqué, pero aquellos dos conceptos no me parecían compatibles. Aunque estaba claro que no podía negarme. Sin embargo, había algo que sentía que debía aclarar.

—De acuerdo, pero ¿qué pasará entre nosotros?

—¿Qué quieres decir? —preguntó con la confusión asomando en sus ojos.

—¿Seguiremos acostándonos? —Volví a responder con una pregunta y me enterneció ver cómo Julieta se sonrojaba.

—No me gusta pensar que nos acostaremos juntos y que también lo haremos con otras personas —murmuró, y yo apreté la mandíbula porque dentro de mis planes no entraba volver a acostarme con Paola; en cambio, ella parecía tener claro que se acostaría con otros—. No me malinterpretes, no hablo de sentimientos, me refiero a tomar precauciones para no pegarnos nada. —Tan práctica ella.

—Siempre hemos tomado precauciones, ¿no? —aclaré con un hilo de voz.

—Sí, en eso tienes razón.

—Pues ya está. Ahora termínate el café, porque nos volvemos a la cama. —Pensaba aprovechar cada minuto de ese nuevo pacto.

—¿Qué? —preguntó entre sorprendida y perpleja.

—Ya me has oído. Por cierto, tengo una duda: ¿el tal Leandro sabe que estamos casados? Más que nada porque es un hecho que conoce todo el pueblo.

—Sí, sí que lo sabe —respondió visiblemente azorada.

—¿Y qué le has contado para que no le importe salir con una mujer casada?

Julieta bajó la mirada a su taza y supe que lo que iba a contestarme no me gustaría.

—Que somos una pareja abierta.

—¿Perdona? —Fue mi turno de quedarme perplejo.

—Tampoco te ofendas tanto, creo que eso es exactamente en lo que nos hemos convertido.

Si teníamos en cuenta que Julieta y yo estábamos casados, habíamos accedido a acostarnos juntos y a hacerlo con otras personas, tenía toda la razón del mundo.

Menuda mierda.

39. Tienes que ayudarme

Julieta

Habían pasado algunas semanas. Esa noche Romeo y yo íbamos a ver una película y me tocó a mí recoger la cena. Sin pretenderlo ni planearlo, una vez a la semana —no siempre era el mismo día— nos sentábamos frente al televisor con un par de *pizzas* y veíamos la película que elegía cada uno. Porque, después de estar una noche intentando ponernos de acuerdo, llegamos a la conclusión de que lo mejor sería escoger una semana cada uno. Esa me tocaba a mí y como la anterior tuve que tragarme una película de mucha acción, de esas que Romeo sabía que yo detestaba, mi idea inicial fue poner una de terror que a mí me encantaba, pero me constaba que no todo el mundo pensaba como yo.

La relación entre Romeo y yo había mejorado considerablemente. Supimos mantener lo que acordamos y ninguno de los dos hablaba de lo que hacía las noches que salía.

Leandro y yo habíamos quedado un par de veces más y, a pesar de que me caía bien y de que disfrutaba con su compañía, no me apetecía dar un paso más y acostarme con él. No terminaba de entender el motivo, aunque era verdad que, por muy bien que me cayera y muy guapo que fuera, no sentía la atracción suficiente como para llegar a más.

Con Romeo era diferente porque jamás planeaba nada con anterioridad. Todo surgía de una manera tan natural que ni me lo planteaba. Y, claro, la atracción que sentía por él era muy evidente, a veces creía que demasiado.

Otra cosa era lo poco que me gustaba imaginarlo con Paola. Intentaba no pensar en ello, pero cuando se retrasaba o, peor aún, cuando los veía tomando algo en el bar, no podía evitar que una punzada de dolor me atravesara. Y eso que delante de mí jamás los

vi intercambiar ni una sola muestra de cariño; con todo, sabía que aquello era solo por ser discretos, tal y como Romeo solía insistir.

Sacudí la cabeza intentando sacar de allí cualquier imagen de ellos dos juntos y me encaminé hacia casa.

—¡Ya estoy aquí! —grité yendo directa a la mesa del sofá y dejando allí las cajas de *pizza*.

—Estoy en la ducha —respondió Romeo. A pesar de que su voz me llegó amortiguada, lo oí perfectamente—. Ven —me llamó, y yo tuve que pararme mentalmente porque estuve a puntito de salir corriendo.

Debía empezar a controlarme o acabaría muy pillada por él. Esas últimas semanas conocí una faceta suya que me sorprendió y me gustó a partes iguales. Y es que Romeo podía ser divertido y cariñoso, y eso era algo que a mí no me convenía lo más mínimo.

Desde que llegamos a aquel acuerdo, había comprobado que en más de una ocasión deseaba regresar a casa para verlo o cenar con él. Que lo que en un principio fue sexo desesperado y algo salvaje se había ido convirtiendo en algo mucho más íntimo y tierno.

No quería darle demasiadas vueltas, pero empezaba a ser la primera persona en la que pensaba cuando algo me pasaba y quería compartirlo con alguien.

Había dado ya el primer paso para ir a la ducha con él cuando sonó mi móvil. Comprobé que era mi madre y dudé en cogerlo, pero sabía que si no lo hacía insistiría tanto que tendría que terminar contestando.

Respiré hondo e intenté no ponerme nerviosa con lo que mi madre me dijera. «Julieta, que no te afecte», me repetía una y otra vez.

—¡Hija, estoy en la comisaría, tienes que ayudarme! —gritó con desesperación.

—Pero ¿qué ha pasado? —pregunté preocupada.

—No había fondos en mi tarjeta y he dejado pendiente una cuenta en el hotel. Y ha venido la policía, ¿puedes creerlo? —gritó sin poder ocultar su asombro.

La mayoría de las veces no entendía en qué mundo creía vivir mi madre.

—Mamá, sabías perfectamente que no te quedaba dinero —alegué cerrando los ojos—. ¿De cuánto estamos hablando? —Con toda seguridad no podría hacer nada por ayudarla, pero tenía algo en mi tarjeta, aunque no era mucho.

—De siete mil euros. —No, por supuesto que no disponía de tantísimo dinero.

—¡Mamá! Yo no puedo pagar eso. No tengo tanto dinero.

—¿Y qué quieres qué haga? Estoy en la comisaría —explicó, como si yo fuera idiota o no la estuviera entendiendo.

—Eso deberías haberlo pensado antes de gastarlo. —Mi madre no estaba acostumbrada a que yo le contestara de aquella manera, pero es que me parecía increíble que encima me reclamara una solución a mí. Claro que la culpa era mía, por todas las veces que le saqué las castañas del fuego.

—¡Julieta, hazme una transferencia! —me exigió.

—Es que no puedo, de verdad que no tengo dinero —repetí.

—¿De verdad vas a dejarme en una comisaría de policía? ¿En serio que no piensas hacer nada por mí? ¡Es que no puedo creerlo! —gritó, y me colgó el teléfono.

Me quedé unos segundos mirando el móvil y esa vez no lo sentí. Todo se volvió negro antes de que pudiera sentarme o protegerme de alguna manera.

40. Una inmensa metedura de pata

Romeo

Me extrañó que Julieta no viniera a la ducha. Pero, cuando volví a llamarla y no me respondió, pensé que quizá no me había oído.

Terminé de ducharme y me puse el pijama. Salí esperando que estuviera por el salón, aunque no la vi. Hasta que bajé la vista y la encontré tumbada en el suelo con un charco de sangre alrededor de la cabeza.

No recordaba haber pasado tanto miedo en mi vida. Julieta no volvía en sí y tuve que llamar a una ambulancia. Pensé que mi madre saldría al oír tanto follón, pero para mi sorpresa no debía encontrarse en casa.

Seguí a la ambulancia con mi furgoneta por tener un vehículo en el que regresar cuando le dieran el alta.

No pude quitarme la imagen de ella de la cabeza en todo el tiempo que duró el trayecto al hospital. Había tanta sangre en el suelo... y ella parecía tan indefensa... ¿Qué le habría sucedido para que volviera a desmayarse? ¿Y para que lo hiciera sin poder sentarse o protegerse antes? Ella decía que lo notaba cuando le sucedía, pero estaba claro que esa vez no había sido así.

No me dejaron entrar con Julieta y creí que terminaría desgastando el suelo de la sala de espera. Casi dos horas después salió un médico que me informó que ella volvía a estar consciente y que habían tenido que coserle varios puntos en la cabeza, pues al golpearse con la mesa se hizo una buena brecha. Me informó también que la dejarían unas horas en observación.

Cuando me permitieron entrar a verla la encontré tan pálida, tan vulnerable que tuve ganas de abrazarla y no dejarla salir jamás de entre mis brazos.

Esperamos juntos a que le dieran el alta. Lo primero que nos advirtió el médico fue que tendría que guardar reposo un par de días

más, que si se mareaba o vomitaba regresáramos de inmediato al hospital, y pasada una semana debería volver para que le curaran la herida.

En cuanto el doctor nos dio permiso, la ayudé a llegar a la furgoneta y conduje con todo el cuidado que pude. Al llegar a la puerta de casa y, a pesar de las protestas de Julieta, la cogí en brazos para subir las escaleras.

La dejé en el sofá del salón y respiré aliviado al ver que volvía a estar allí y que parecía un poco más repuesta.

—No me mires así, ya te he dicho mil veces que estoy bien —comentó apretando mi mano en un intento de tranquilizarme.

No pude responderle porque mi madre, a la que yo había llamado justo antes de salir del hospital, entró en casa como un vendaval. Me arrepentí en el acto de haberle devuelto la llave que ella le dio a Julieta, pues a esta le hice otra copia. Aunque sabía que era lo mejor, por si debía subir para cualquier cosa.

—Ay, preciosa, ¿cómo estás? —dijo mientras caminaba y se situaba junto a ella, empujándome a un lado.

—Estoy bien, un poco cansada, pero bien. Ha sido más el susto que otra cosa. Normalmente lo veo venir, pero esta vez no fue así.

—Mamá, será mejor que la dejemos descansar —susurré, aunque veía difícil que se marchara, cuando acababa de llegar.

—Sí, sí. Ya voy.

Estaba claro que no tenía ninguna intención de irse. Así que dejé a Julieta allí con mi madre y fui a mi habitación para cambiarme de ropa, porque tenía todo el pijama manchado de sangre.

Suspiré tratando de tranquilizarme. Ya no estaba tan nervioso, pero aún me quedaban resquicios del mal rato que había pasado. Y es que cuando la vi en el suelo, tan blanca e inmóvil, el corazón me dio un vuelco. Me temblaban tanto las manos que tardé un rato en encontrarle el pulso, tal vez solo habían sido unos segundos, pero resultaron los más largos y angustiosos de mi vida. Y aquel charco de sangre..., seguro que tendría pesadillas con eso.

Saqué otro pijama limpio del armario y oí cómo llamaban a la puerta.

—¿Puedo pasar, hijo?

—Sí, claro.

—¿Cómo estás?

—¿Que cómo estoy yo? Ha sido ella la que se ha desmayado y golpeado la cabeza contra una mesa.

—Ya lo sé, por eso he ido primero a ver qué tal estaba Julieta. Pero ha debido de ser un buen susto para ti. Por eso te pregunto.

—Bueno, ya está, ya ha pasado —respondí con el objetivo de que cambiara de tema, pues me daba la sensación de que toda la ansiedad que había logrado contener durante horas estaba a puntito de salir a flote.

—Sí, por supuesto. Sin embargo, nada de lo que estás diciendo responde a mi pregunta inicial.

—¡Me he asustado, vale! —grité—. Pensé que no lo contaría y me acojoné de verdad. —La mirada que mi madre me dedicó hizo que me sintiera muy expuesto. Eso, sumado a los nervios que había pasado, logró que hablara como un auténtico gilipollas—. Imagínate que muere en mi casa. Sería demasiado conveniente para mí, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir? —preguntó mi madre entrecerrando los ojos.

—Que si ella muere yo cobraría la herencia de Francesco.

—Mi intención al querer saber cómo estabas no tenía nada que ver con esto —me reprendió mi madre con seriedad.

—Pero es la realidad. Si ella muere o se va, la herencia es mía.

—Hijo...

—Qué quieres que te diga, mamá. Me gustaría recuperar mi vida de antes, jamás pensé que Francesco me hiciera algo así.

—Tu vida de antes era una mierda. —Me sobresalté porque no estaba acostumbrado a que mi madre hablara de aquella manera.

—¡Por lo menos no me habían forzado a casarme y a convivir con alguien a quien no quiero y a pasarme los días esperando que decida largarse para poder cobrar la puta herencia!

—Por un momento pensé que habías dejado de pensar en el maldito dinero —me echó ella en cara.

—Sí, yo también —murmuró alguien desde la puerta, y los dos nos giramos para comprobar que Julieta estaba allí—. Me voy a

dormir, estoy muy cansada. Buenas noches.

Cerré los ojos ante su escrutinio, no estaba preparado para enfrentarme al dolor que estos transmitían. También fue un burdo intento por querer desaparecer de allí.

—Buenas noches. Descansa —contestó mi madre, porque yo no era capaz de hablar.

No pretendía que Julieta me oyera; en realidad, no era mi intención decir algo así, pero mi madre me presionó tanto que, por no explicarle que lo que realmente me preocupaba era lo que estaba empezando a sentir por ella y el miedo tan intenso que sentí de perderla, dije lo primero que se me ocurrió para que me dejara en paz.

Aunque estaba claro que la había fastidiado con Julieta. A ver cómo lo hacía para arreglar aquella inmensa metedura de pata.

41. Las cartas

Julieta

Había sido un día agotador. Eso me repetía una y otra vez cuando las lágrimas caían por mis mejillas. No entendía qué me pasaba, tampoco era extraño que él pensara algo así. ¿Qué pretendía, que hubiera caído rendido a mis pies en unas pocas semanas? No, claro que no, y que conste que tampoco era mi intención. Por mucho que yo fuera una imbécil que estaba empezando —empezando, sí, claro— a sentir algo por él, eso no quería decir que a él le pasara lo mismo. De hecho, había dejado bastante claro que no era así.

A pesar de lo exhausta que estaba, aquella noche me costó mucho conciliar el sueño. Barajé un montón de posibilidades y pensé mucho en mi madre. No tenía claro si volver a llamarla me haría algún bien, pero no me quitaba de la cabeza que pudiera estar en comisaría, por mucho que, si se encontraba allí, hubiera sido culpa suya.

Empezaba a cansarme de vivir constantemente en aquella especie de montaña rusa. En cierta manera a mí también me apetecía recuperar mi vida de antes y alejarme de Romeo, quizá así, estando lejos de él, lograra dejar de tener ese cúmulo de sentimientos.

Conseguí dormirme cuando los primeros rayos de sol entraban por la ventana de mi cuarto. Me despertó la dulce voz de Gia.

—Julieta, me sabe mal despertarte, parecías dormir profundamente, pero debes tomarte la medicación que te dieron. — Enfoqué los ojos en ella y en el vaso de agua que sostenía en una mano, con la otra me tendió la pastilla y yo me la tomé sin rechistar. Tenía el cuerpo dolorido por el golpe y un suave dolor de cabeza que estaba segura que desaparecería con la medicación.

—Gracias —le dije—. No estoy acostumbrada a que me cuiden. —A pesar de que era verdad, no entendí por qué lo dije y tampoco

el motivo por el que continué hablando—. Siempre me ha dado la sensación de que he sido yo quien ha cuidado de mi madre y no al revés.

—Hay personas que no están preparadas para tener hijos. —El apuro se dibujó en su cara en cuanto lo dijo—. No me refiero a tu madre...

—No te preocupes, has hecho una descripción exacta de cómo es. —Sonreí.

—Es que yo no soy nadie para hablar mal de ella.

—No lo has hecho hasta el momento y estoy segura de que sabes muchas cosas que yo desconozco.

—Tu padre y yo estuvimos juntos bastantes años. Lo único que puedo decirte es que él hizo todo lo que estuvo en su mano para poder verte.

—Solo tenía que haber pedido la custodia compartida —alegué, notando que empezaba a alterarme.

—Era otra época y no quería entrar en juicios que se eternizarían y en los que estaba convencido de que la que saldría peor parada serías tú.

—Había muchas otras opciones que no pasaban por un juicio.

—Sé que intentó hacer las cosas lo mejor que pudo o supo.

—Casi no lo veía, creo que no hubiera requerido mucho esfuerzo hacerlo un poquito mejor —solté con rabia.

—Yo no soy nadie para contarte nada. Sería mejor que le preguntaras a tu madre.

—Ella solo me dará la versión que mejor le convenga, tal y como ha hecho siempre. La conozco bien.

—Sí, supongo que sí, pero tú no eres tonta y ya no eres una niña. Sabes bien cómo es tu madre con el dinero.

—Sí, y tanto que lo sé —gruñí.

—Pregúntale por las cartas que Francesco te escribió. No creo que las conserve, pero...

—¿Mi padre me escribía? —pregunté perpleja.

—Una carta cada semana. Jamás dejó de hacerlo. Por lo menos en los años que vivió aquí. Debes entender que tu padre no se hizo

rico de la noche a la mañana, pero, cuanto más dinero ganaba él, más difícil se lo ponía tu madre.

—Jamás me habló de esas cartas. Bueno, ella hablaba poco de mi padre, aunque nunca pensé que me ocultaría algo así.

—Lo imaginaba, pero quiero que sepas que si te cuento todo esto es porque no me gusta que pienses que Francesco no te quiso. Yo estaba con él y sé que no era así.

Me recosté en la cama cerrando los ojos. No me costaba demasiado imaginar el motivo por el que mi madre querría mi custodia. Y lo poco que le costaba chantajear a mi padre para conseguir más dinero. Llevaba toda la vida haciéndolo conmigo. Tendría que encontrar el momento para hablar con ella y que me explicase lo de las cartas. Ojalá guardara alguna...

—En cuanto puedas será mejor que te levantes a comer algo. He dejado tu desayuno encima de la mesa, no sabía si te apetecía dulce o salado y he elegido un poco de cada.

—Muchas gracias, Gia —susurré, algo emocionada porque se me hacía muy raro que me cuidaran de aquella manera.

—No hay de qué. Te lo traería a la cama, pero el médico dijo que sería conveniente que caminaras un poco por la casa. Yo estaré unas horas fuera y vendré a verte en cuanto regrese.

—¿Y Romeo? —Me arrepentí de esa pregunta en cuanto salió de mi boca.

—Bueno..., él tenía... trabajo.

—Sí, claro —respondí, pero no me creí una palabra. El apuro en la respuesta de Gia me confirmó que él no tenía ningunas ganas de verme.

42. A solas con Leandro

Julieta

Al ponerme frente al desayuno que me preparó Gia me percaté del hambre que tenía. Terminé comiéndomelo todo, lo dulce y lo salado. Cuando acabé me senté en el sofá, pues estar tumbada en la cama mirando el techo hacía que las horas pasaran muy lentamente. Me puse una película y me quedé dormida cuando solo quedaban diez minutos para el final. Menos mal que ya la había visto.

Desperté media hora más tarde y deambulé por la casa intentando que el tiempo transcurriera más rápidamente. No lo conseguí.

Romeo no apareció en todo el día. Quien sí vino a verme fue Pietro y, por supuesto, Gia, que no me dejaba sola. Ya me encontraba bastante bien y le dije a mi jefe que al día siguiente regresaría al bar.

—No hay prisa. Tómalo con calma y deja que te cuiden —respondió él guiñándome un ojo—. Por cierto, Leandro ha preguntado por ti esta mañana. Le he explicado un poco lo que te había pasado. Ha comentado que luego te llamaría, espero no haber metido la pata.

—No, qué va. No te preocupes.

No es que me apeteciera especialmente hablar con Leandro —ya tenía bastante con lidiar con todo lo que tenía encima—, pero la intención de Pietro era buena.

—Te dejo, que tengo que volver al bar. Lo dicho, no tengas prisa por regresar, lo importante es que te recuperes.

Me dio un beso en la mejilla y se marchó, dejándome con Gia.

Esa mañana había llamado a mi madre para contarle lo que me había pasado y para saber cómo estaba ella. Lo único que me dijo fue que un amigo suyo le había pagado la deuda y que si estaba fuera de la cárcel no era gracias a mí. Preferí colgar con rapidez y no

dejarla continuar, no me apetecía que volviera a alterarme. Y tampoco es que mostrara mucho interés en mi salud.

En cambio, Gia no se había movido de mi lado durante todo el día. Me sorprendía pensando que eso debía significar tener una madre, alguien que se preocupara por mí y me cuidara. No recordaba a mi propia madre hacer algo así en toda mi vida. Seguramente lo haría cuando era pequeña, pero después, al mandarme interna al colegio, se desentendió por completo. Y al llegar a la edad adulta siempre me dio la sensación de que era yo quien me hacía cargo de ella.

—Julieta, voy a salir a comprar, ¿quieres que te traiga algo? ¿Te apetece alguna cosa en especial?

—No, no te preocupes —respondí.

Gia se plantó frente a mí con los brazos en jarras.

—Claro que me preocupo, te has dado un fuerte golpe en la cabeza que ha requerido puntos. Lo que deberías hacer tú es dejar que te cuide y decirme si se te antoja alguna cosa, voy a bajar a comprar y no me cuesta nada. Así que ya puedes pedir por esa boquita.

No pude evitar sonreír a pesar de que parecía que Gia acabara de echarme un rapapolvo.

—De acuerdo, me apetece un *cornetto*.

—¿De qué?

—Si hay, de Nutella; si no, de lo que quieras. —No pude evitar pensar en los dedos de Romeo quitándome de la boca el resto de chocolate, aquel día que parecía tan lejano.

—Perfecto, pues ahora mismo te lo traigo.

Cuando apenas hacía diez minutos que Gia había salido, sonó mi móvil. Era un *wasap* de Leandro.

Leandro:

Pietro me ha contado lo que te ha pasado. Estoy debajo de tu casa, ¿puedo subir? Me gustaría comprobar que estás bien.

Tenía claro que dejar que Leandro subiera no era una buena idea; al fin y al cabo, aquella no era mi casa, pero tampoco me veía con

corazón para decirle que no lo hiciera.

Yo:
Ahora te abro.

Cuando lo tuve frente a mí no supe qué decirle ni cómo actuar. Me dio un beso rápido en los labios y yo le respondí por pura inercia.

—¿Cómo estás? Me dijo Pietro que tuvieron que llevarte al hospital.

—Sí, tuve una mala caída y me golpeé en la cabeza, pero ya estoy bien.

—Me alegro, aunque imagino que te han recomendado que guardes reposo.

No pude responderle porque justo en ese momento entró Gia.

—Te he traído lo que querías y..., oh, perdón.

—No te preocupes, Gia —dije con cierto nerviosismo—. Él es Leandro; Leandro, ella es Gia.

—Encantado, señora.

—Uy, mejor no me llames señora. ¿Te apetece algo para beber o comer?

—No, muchas gracias. La verdad es que he venido a una mala hora. Queda poco para la cena y no quisiera molestar.

—No molestas, si deseas quedarte a cenar... —propuso Gia, y cuando vio que Leandro estaba a punto de negar con la cabeza continuó— me harías un favor, porque así podría bajar a mi casa, darme una ducha y cambiarme de ropa.

Entrecerré los ojos pensando en lo que pretendía Gia. Ella se había pasado la mayor parte del tiempo cuidando de mí, pero al igual que había ido a comprar podría bajar a su casa. Además de que yo estaba bien.

—Si es por hacer compañía a Julieta, me quedo encantado —respondió él muy resuelto.

—Perfecto, no se hable más.

Media hora más tarde Gia se fue a su casa y yo volví a quedarme a solas con Leandro. Lo que menos me gustó fue la media sonrisa que Gia me dedicó antes de irse. Era ese tipo de sonrisa que

ocultaba algo y, claro, yo no tenía ni idea de qué era lo que escondía.

43. Solo hoy. Por favor

Romeo

No hacía falta que mi madre me llamara para echarme la bronca. Yo mismo me daba cuenta de que mi comportamiento con Julieta estaba siendo desconsiderado y sobre todo que actuaba como un cobarde.

Por eso cuando me pidió que fuera a hacerle compañía durante la cena, ya que no había estado en todo el puñetero día —palabras de ella—, no pude negarme.

Lo que, desde luego, no esperaba encontrar al llegar a mi casa fue la estampa que contemplé.

Julieta estaba medio tumbada en el sofá con un plato vacío encima de su regazo. La noté un poco pálida y parecía cansada, pero sonreía y no tenía tan mala cara como el día anterior.

A su lado se encontraba el tipo alto al que vi a través de la ventana. Leandro. ¿Qué coño hacía ese tío en mi casa? Una cosa era pasar por alto que Julieta saliera con él y otra muy diferente tenerlos que ver juntos en mi casa.

Por lo visto, Julieta también parecía bastante incómoda con la situación. Bien, por lo menos no era el único.

—Leandro, él es Romeo; Romeo, Leandro —nos presentó, sin añadir la coletilla de que era su marido y que yo estaba esperando sin saber bien el porqué.

El tipo se levantó con una sonrisa en los labios y estrechó mi mano con fuerza. Después, como si la cosa no fuera con él, volvió a sentarse al lado de Julieta.

—¿Ya has cenado? —me interesé, dirigiéndome solo a ella.

—Sí, Gia nos ha preparado la cena —respondió, y a mí no me costó mucho deducir que aquella encerrona había sido cosa de mi querida madre. Lo que no entendí fue el motivo por el que lo hizo.

—Voy a cenar algo yo. ¿Cómo te encuentras? —pregunté, a pesar de que hubiera preferido hacerlo cuando no estuviera aquel imbécil delante observando a uno y a otro sin borrar aquella estúpida sonrisa de la cara.

—Bien —dijo escueta Julieta sin tan siquiera mirarme a la cara.

Tampoco era que pudiera echarle nada en cara. Me había comportado como un idiota al no preguntarle ni pasarme a verla en todo el día, y también estaba el hecho de lo que solté la noche anterior. Sí, era lo más normal del mundo que estuviera enfadada conmigo.

A pesar de que dejarlos solos era lo que menos me apetecía, había dicho que iba a cenar algo, por lo que di media vuelta y cogí lo primero que pillé sin tan siquiera calentarlo. Lo dejé encima de la mesa del salón y me senté en una de las sillas quedando de cara a ellos.

Me metí la primera cucharada de comida en la boca y me hubiera dado igual que fuera langosta o arena, porque fui incapaz de saborear nada. En lo único que podía pensar y de lo que no podía apartar los ojos era de la mano de aquel tío, que estaba sobre el muslo de Julieta, acariciándoselo de arriba abajo. Lo que más me dolía era que ella parecía mucho más relajada de lo que nunca había estado conmigo.

No sé el tiempo que pasó —a mí se me hizo eterno—, pero no había terminado aún de cenar cuando, por fin, se levantó del sofá.

—Será mejor que me vaya. Ya no estás sola y mañana tengo que trabajar —dijo mirándola solo a ella y acortando las distancias para despedirse, imagino que con un beso. Lo desconozco porque fui incapaz de mirar.

—Buenas noches, *piccola* —susurró en un tono que hizo que yo apretara la mandíbula; eso, unido al hecho de que utilizara aquel apelativo cariñoso, me hizo gruñir por lo bajo. Menos mal que ninguno de los dos se dio cuenta.

—Buenas noches —respondió Julieta.

En cuanto la puerta se cerró, volví a respirar con normalidad. No me había percatado de lo tenso que estaba hasta que aquel tío se largó.

Me daba la sensación de que a Julieta le había pasado exactamente lo contrario. Parecía estar mucho más incómoda y no tardó en levantarse.

—Me voy a dormir, estoy cansada.

A pesar de que no había nadie más en el salón, aquella frase parecía estar diciéndosela más a ella misma que a mí. Quizá el hecho de que no me había mirado ni una sola vez a la cara tuviera algo que ver.

—Buenas noches, Julieta.

Ni siquiera me contestó. Después de todo lo que dije la noche anterior sabía que no iba a perdonarme, o, por lo menos, que no sería fácil que lo hiciera, pero verla tan indiferente conmigo me produjo una profunda pena. Una tristeza que me prometí a mí mismo no volver a sentir.

Hacía una hora que me había metido en la cama, después de dar un millón de vueltas tuve la certeza de que no sería capaz de dormirme. Así que me levanté y fui a la cocina a por un vaso de agua, después caminé hasta la puerta de la habitación de ella, me detuve unos instantes y cogí aire antes de abrir y entrar.

Julieta estaba hecha un ovillo en un lado de la cama. Dormía profundamente. Me senté junto a ella y la observé dormir. Un extraño nudo me oprimió el estómago. Ya lo había sentido antes, para ser exactos dos veces: una cuando Paola se marchó y otra cuando me encontré a Julieta desmayada y rodeada de sangre.

Sabía lo que me pasaba, estaba perdiendo a Julieta y, a pesar de que no tenía ni idea de cómo ni de cuándo había pasado, no quería que aquello sucediera.

Acaricié su cara y percibí el momento exacto en el que sus ojos se movieron y finalmente terminaron abriéndose. Antes de que todo lo sucedido regresara a su mente, los instantes previos a despertarse por completo me observó como si yo fuera alguien especial para ella, y aquello me hizo sentir tan bien que deseé que me mirara siempre de esa manera. La lástima fue que apenas durara unos pocos segundos.

—¿Qué haces aquí? —me increpó incorporándose.

No tenía ni la menor idea de qué responder a eso.

—Lo siento, no quería asustarte —me excusé sin darle una respuesta a su pregunta.

Me miró con desconfianza y yo hubiera dado cualquier cosa para que volviera a hacerlo de la misma manera que cuando se despertó.

—De verdad que lo siento, pero me gustaría dormir contigo esta noche. Solo hoy. Por favor —rogué, y ni siquiera supe por qué era tan importante y por qué motivo necesitaba tanto estrecharla entre mis brazos.

Algo debió notar ella en mi forma de pedírselo porque no tardó mucho en ceder. Eso sí, no dijo una palabra, solo levantó el edredón invitándome a acostarme junto a ella.

No me lo pensé ni un solo segundo.

Me tumbé en su cama, di un par de vueltas para acomodarme y me pensé mucho lo que estaba a punto de hacer, pues estaba convencido de que ella me rechazaría. A pesar de su posible negativa, lo hice de todas maneras: la cogí por la cintura, con mucho cuidado de no lastimar su herida, y la acerqué a mi cuerpo. Primero contuve el aliento esperando a que ella se apartara, sin embargo, no lo hizo, así que respiré hondo su aroma y me relajé casi al instante. No quería dormirme, me apetecía saborear un poco más aquel momento, pero por mucho que lo intenté los ojos terminaron por ceder y me quedé profundamente dormido.

44. Volver

Julieta

No entendí por qué cedí con semejante facilidad, pero había tanta vulnerabilidad en sus palabras y en sus ojos, al pedirme dormir a mi lado, que no fui capaz de resistirme. Sin embargo, después de aquello no logré pegar ojo en toda la noche. Una cosa era creer que empezaba a sentir cosas por Romeo y otra muy distinta darme cuenta de que estaba profundamente enamorada de él. Porque si acostarme con él ya había hecho estragos en mí, estar toda la noche acurrucada a su cuerpo iba a pasarme una factura que estaba segura que no podría asumir.

A ratos me aferré a él y otros lloré, porque aquella decisión que había tomado hacia mitad de la noche no solo iba a hacerme daño, es que iba a cambiar mi vida y tendría que renunciar a mis sueños. Pero no lograba encontrar otra solución viable.

Cuando Romeo se levantó me hice la dormida, algo que me costó sobremanera en el instante que me dio un suave beso cerca de la comisura de los labios, más que nada porque tuve que contener las enormes ganas de llorar que me invadieron.

Continué estando quieta hasta que oí la puerta de la calle cerrarse, entonces me levanté de un salto y me puse a recoger todas mis cosas y a meterlas en la maleta sin ton ni son. La ropa llegaría hecha un asco, pero en aquel momento era lo último que me preocupaba.

Di una última vuelta por las habitaciones para asegurarme de que no me dejaba nada. Me duché y me vestí con las prendas que había dejado fuera y salí de allí todo lo rápido que pude. Bajé las escaleras del edificio lo más silenciosamente posible, no quería que Gia me pillara.

Lorenzo y Pietro me pagaban por semanas, así que pude guardar algo de dinero, más bien poco, pero esperaba que me diera para

comprar un vuelo de regreso a España.

Tumbada en la cama de la habitación de invitados de Carol, mi excompañera de trabajo, me era imposible dejar de llorar.

Intenté contenerme cuando ella llamó a la puerta, pero tampoco lo conseguí.

—Te he traído una tila porque no creo que sea bueno que llores de esta manera cuando aún estás convaleciente. Ha sido una locura marcharte así, por lo que será mejor que pidas hora con el médico —me reprendió, no por primera vez.

—Me encuentro bien, de verdad —volví a decirle.

—No lo dudo, pero no está de más que lo hagas.

Aquella respuesta no daba pie a réplica y tampoco podía dársela, porque tenía razón.

Estaba agradecida de que Carol me hubiera dejado dormir allí hasta que hablara con el que fue mi jefe para ver si podía reincorporarme a mi puesto —esperaba que me admitieran— y encontrara algún lugar donde vivir.

Lo primero que hice cuando el avión aterrizó fue escribir a Gia para disculparme por no haberme despedido de ella, pero es que sabía que si hacía aquello me hubiera costado muchísimo más marcharme.

También avisé a Pietro y a Lorenzo y les pedí perdón por no haberles dado el tiempo suficiente para que buscaran a otra persona.

Después de enviar aquellos mensajes no esperé respuesta, silencié el teléfono y así lo tuve durante todo el día. Y aquella noche, al dejarlo en la mesita de noche, tampoco lo miré.

Sabía que iba a costarme conciliar el sueño, puesto que no podía dejar de darle vueltas a todo.

Al marcharme de casa de Romeo había perdido la herencia de mi padre, pero para mi máxima consternación aquello era lo que menos me preocupaba. Porque apenas hacía unas horas que había vuelto y ya echaba de menos el pueblo, a Gia y, sobre todo, a Romeo. Tenía claro que debería de pasar tiempo para que lo que sentía por él se

fuera mitigando y creí que poner tierra de por medio había sido la mejor opción.

Decidí trabajar en mi antiguo puesto hasta que pudiera ahorrar un poco de dinero y después buscaría algo en lo que me gustara trabajar, seguramente algún puesto en la enseñanza, que fue lo que siempre me apasionó.

Cuando sonó el despertador tenía la cabeza completamente abotargada. Había terminado durmiéndome a las tantas y mi sueño fue inquieto. Pero quería madrugar para ir lo antes posible a la empresa y saber si podía reincorporarme ya a mi antiguo puesto o debía esperar un tiempo.

Cogí el móvil que descansaba en la mesita de noche y comprobé que tenía un montón de mensajes, aunque ninguno era de Romeo. También había un par de llamadas de Gia y pensé que debería hablar con ella lo antes posible. Lo que me sorprendió fue que también había una de mi madre, hacía días que no me llamaba. Decidí que quedaría con ella, después de lo que había descubierto pensé que me debía alguna explicación.

Darle vueltas a todo aquello lo único que hizo fue que la cabeza empezara a dolerme. Sabía que volver había sido una decisión mía, pero eso no quería decir que me estuviera resultando fácil.

45. Como si Julieta jamás hubiera estado allí

Romeo

No podía negar que había sido una noche extraña. Dormí como hacía mucho que no lo lograba y no me había separado de Julieta en todo el tiempo que estuve metido en su cama. Esa necesidad de ella, de retenerla cerca, me tenía completamente descolocado.

Sacudí la cabeza y pensé que ya le daría vueltas más tarde, en aquel momento me tocaba trabajar.

Nada más terminar el *tour* me acerqué al bar de Pietro. Ocupando una de las mesas me encontré con Paola. Me costó unos instantes percatarme de que ni mis piernas flojearon ni el corazón se me aceleró, y tampoco noté aquella cosa en el estómago que siempre sentía cuando la tenía cerca.

—Buenos días —saludó.

—Hola, Paola. ¿Hoy no trabajas?

—Se ha quedado un momento mi madre en la panadería mientras yo salía a tomar un café. ¿Quieres acompañarme?

—Sí, claro.

Me senté en la silla que había junto a ella y nos pusimos a hablar sin que yo fuera consciente de lo rápido que transcurría el tiempo.

—Debería haber vuelto a la panadería hace más de una hora. Mi madre no volverá a dejarme salir —bromeó ella. Eran el tipo de bromas que hace alguien que sabe de sobra que sus padres harían cualquier cosa, incluso consentirle más de la cuenta, por su única hija.

—Sí, se nos ha hecho tarde.

Iba a levantarme de la silla cuando vi que mi madre se acercaba a nuestra mesa casi a la carrera. Supe que algo no iba bien en cuanto estuvo lo suficientemente cerca como para comprobar la palidez de su cara.

—¿Julieta ha vuelto a desmayarse? —pregunté con preocupación y levantándome tan rápidamente que tiré la silla.

—No, hijo, no es eso —dijo cogiendo aire y tranquilizándome, pues pensé que le había pasado algo. Aunque mi calma duró más bien poco—. Julieta se ha ido.

—¿Se ha ido a dónde? —No entendía lo que mi madre quería decir con aquello.

—Se ha marchado, Romeo, a su casa. A España.

Tardé unos instantes en asimilar aquello. Bueno, tardé mucho más que unos instantes, lo que quería decir es que tardé en responder. Pensar que Julieta se había ido hizo que sintiera un dolor real e intenso, tan intenso que pensé que las piernas no me sostendrían. Pero no era la primera vez que una mujer me hacía algo así y a aquel dolor lo siguió un profundo enfado por haberme abandonado.

Después de todo lo que habíamos vivido juntos se había marchado sin mirar atrás y sin siquiera despedirse. Cuanto más lo pensaba, más me cabreaba.

Deduje que debía de haber algo malo en mí para que las mujeres por las que sentía algo terminaran abandonándome de aquella manera.

Pasados unos minutos en los que mi cabeza no paraba y Paola y mi madre no me quitaban los ojos de encima, esta se acercó a mí y me posó la mano suavemente en el brazo.

—Hijo, ¿me has escuchado? —preguntó con preocupación.

—Perfectamente —respondí con todo el aplomo que pude. El estar tan enfadado me ayudó a poder pronunciar mis siguientes palabras a pesar de que en aquel momento me importara una mierda ese tema—. Eso quiere decir que soy un hombre rico, ¿no? —Incluso fui capaz de esbozar una diminuta sonrisa.

—¡Romeo! —exclamó mi madre perpleja—. No puedo creer que sea lo único que se te ocurre decir.

—¿Qué quieres que te diga? No se puede retener a alguien que no se quiere quedar. ¿Verdad que no, Paola?

Estaba cabreado con el mundo. No me gustaba que mi madre le hubiera cogido tanto cariño a Julieta para que su marcha le afectara

de aquella manera. Estaba enfadado con Paola por dejarme por mi mejor amigo, para luego largarse y más tarde regresar como si nada hubiera sucedido. Y, sobre todo, estaba enfadado con Julieta por haberme abandonado de aquella manera.

No añadí nada más y me fui de allí caminando a grandes zancadas. Necesitaba comprobar, con mis propios ojos, que lo que mi madre acababa de decirme era cierto.

No quedaba ni rastro de ella. En ninguna estancia. Era como si Julieta jamás hubiera estado allí. Como si no hubiéramos compartido mañanas de cafés y silencios, tardes de cine y risas, noches de sexo y charlas... Nada. No quedaba nada.

Me dejé caer en el sillón y pensé en lo que iba a hacer a partir de aquel momento sin ella en mi vida.

No tenía ni puta idea.

46. Sentirme en paz

Julieta

Menos mal que me habían vuelto a admitir en mi antiguo trabajo y en unos meses podría alquilar algo y marcharme de casa de Carol. Allí no estaba mal y ella me trataba genial, pero me sabía fatal molestar.

Había hablado un poco con Gia, pero esta no nombró en ningún momento a Romeo y este tampoco se había puesto en contacto conmigo, claro que yo no le mandé ningún mensaje porque no sabía ni qué decirle. No podía decirle: «Hola, Romeo. He salido huyendo porque me he enamorado de ti y me da la sensación de que tú aún estás colgado por tu ex. Así que como no quiero pasarlo mal —peor de lo que lo estaba pasando, quiero decir— y soy una cobarde, preferí huir a enfrentarme a las cosas».

No, definitivamente no podía.

Aquel día había quedado para comer con mi madre. Tenía un montón de cosas que preguntarle y decidí que, cuanto antes lo hiciera, mucho mejor.

Me sentí orgullosa de mí misma porque, por mucho que suplicó comer en un restaurante que ninguna de las dos podíamos permitirnos, no cedí. E insistí en que si comíamos allí pagaría ella. Al final, accedió a comer en un restaurante de menú. Estaba segura de que sería lo primero que me echaría en cara al verme. No me equivoqué.

No me costó dar con ella, pues el conjunto que había elegido para aquel restaurante destacaba demasiado.

—No puedo creerme que hayas elegido este sitio para invitarme a comer. —Fue lo primero que me soltó cuando llegué a su mesa.

—Ya te dije que no tendría problema en comer en cualquier otro lugar siempre y cuando pagaras tú. —Mi madre me miró con

perplejidad, pues no estaba acostumbrada a que le hablara de aquella manera.

—Si te hubieras quedado el tiempo necesario en Roma, habrías cobrado una herencia millonaria. Pero, claro, tú tenías que marcharte antes de tiempo.

—Me marché cuando me dio la gana. Porque, si tú no hubieras derrochado el dinero como lo has hecho todos estos años, podríamos vivir muy, pero que muy bien.

La cara de sorpresa e indignación de mi madre fue todo un poema.

—No puedo creer que me estés diciendo algo así. Lo único que yo quería era lo mejor para ti.

Llegados a este punto supe que sería incapaz de callarme.

—No, no te engañes. Lo único que tú siempre has querido es lo mejor para ti. ¿Por qué no dejaste que mi padre me visitara? ¿Y dónde están todas las cartas que me envió?

Mi madre boqueó como un pez sin saber qué decir. Por eso supe que no diría nada, que no respondería a mis preguntas, pero eso lo que hacía era confirmar todo lo que Gia me contó.

—No puedes estar hablando en serio, con todo lo que yo he hecho por ti... —lloriqueó poniéndose la mano en el pecho.

—Mamá, ¿dónde están las cartas? —insistí.

Dudó unos instantes si contestarme o no, pero por una vez en la vida vio claro que no iba a ceder.

—Las tiré. Llegaban muchísimas y no podía guardarlas todas —dijo, como si estuviera hablando de correo publicitario o de algo sin importancia en lugar de hacerlo de las cartas que mi padre muerto (al que yo pensaba que no le importaba una mierda) me mandaba cada semana.

Tuve unas tremendas ganas de gritarle, pero me contuve.

—¿Guardaste por lo menos alguna? —pregunté mostrando una paciencia que estaba muy lejos de sentir.

—Tengo un par, sí.

—Pues termina de comer, que vamos a buscarlas.

—¿Ahora?

—Sí, ahora —respondí con frialdad, pues sabía que si mi madre se marchaba no me las daría, se inventaría alguna excusa o incluso las tiraría. Y no quería que aquello pasara.

Prefería estar a solas, en la habitación de la casa de Carol, para leer las únicas tres cartas que mi madre había conservado de las muchas que mi padre me envió. Abrí la primera con manos temblorosas.

Hola, mia ragazza:

No sé ni cuantas cartas llevo enviadas sin obtener respuesta. Quiero pensar que no te están llegando y que no es porque te niegues a responderme.

Hoy estoy en Nueva York y me hubiera encantado que me acompañaras, pero, por más que se lo pedí a tu madre, ella se negó. Seguramente porque tenías algo importante que hacer, ya sabes que tu madre quiere lo mejor para ti y que yo jamás te diré (o escribiré, en este caso) una mala palabra de ella.

Esta vez no puedo explayarme mucho porque debo asistir a una reunión importante. Aunque no quería dejar de decirte que me gustaría que las cosas entre nosotros fueran de otra manera, porque te extraño cada día, pero, sobre todo, lo que deseo dejarte claro es que te quiero muchísimo. Eso no habrá nadie que pueda cambiarlo, ni nada que haga que deje de sentirlo jamás.

Deseo tener noticias tuyas.

Te quiero,

Tu padre

No fui consiente de que estaba llorando hasta que una gota mojó la carta. La sequé con rapidez, pues no quería que se estropeará.

Abrí las otras dos con ansia y las leí absorbiendo cada palabra. Me dio rabia porque no seguían ningún orden y estaba convencida de que en otras misivas mi padre me contaba cosas mucho más interesantes, cosas que en aquel momento deseaba conocer con todas mis fuerzas, pero que no lo haría, pues él ya no estaba.

Al terminar no solo eran unas pocas lágrimas lo que se escapaba de mis ojos, era un río y no fui capaz de contener los sollozos, aunque tampoco lo intenté.

Cada una de las palabras de mi padre me había conmovido, pero que me dijera que me quería logró aflojar alguna pieza de mi

cuerpo. Fue algo parecido a recolocarme, a desbloquearme, una sensación difícil de explicar, aunque sumamente liberadora.

Y por primera vez desde hacía años me sentí en paz.

47. El regreso a Roma

Julieta

Habían pasado un par de meses desde que me marchara de Italia. Lo último que me apetecía era volver, pero ahí estaba, subida en un avión rumbo a Roma.

Mientras volaba hacia allí pensé en lo mucho que mi vida había cambiado. Lo más importante de todo fue que decidí que había llegado el momento de poner a mi madre en su lugar, y con esto no quiero decir que le echara la bronca de su vida ni nada por el estilo, quiero decir ponerla en el lugar que le correspondía como madre.

Eliminé la cuenta bancaria que compartíamos y le dejé muy claro que no pensaba pasarle ni un solo euro más. Que si quería tener dinero iba a tocarle, por una vez en la vida, ganárselo por ella misma.

Vio que no se lo decía como otras veces y que hablaba en serio. Además, le pedí que me dejara un tiempo para digerir todo lo que me había ocultado sobre mi padre.

Podría llegar a entenderlo si lo hubiera hecho por evitarme sufrir, pero en ese caso habría sido por puro egoísmo y eso no pensaba perdonárselo, por lo menos no por el momento.

Por extraño que pudiera parecer, todo aquello me ayudó a encontrarme a mí misma. Y es que, al poner mi pasado en orden, mi presente se llenó de calma.

También hacía un par de semanas que me había mudado a un apartamento ridículamente pequeño. Todo estaba en un mismo espacio, excepto el diminuto baño, pero era lo único que podía pagar y me sentía muy orgullosa de ello.

La nota discordante en todo aquello era que no había vuelto a tener noticias de Romeo. Ni él me había escrito a mí ni yo le había escrito a él. Y Gia jamás me habló de su hijo, por mucho que nos

escribiéramos a diario y habláramos por teléfono un par de veces por semana.

No podía decir que llevara bien aquello porque, a pesar de que hubiera pasado el tiempo, no fui capaz ni de sacarlo de mi cabeza ni de dejar de sentir por él lo que continuaba sintiendo.

Por eso, regresar a Roma para firmar los papeles del divorcio y cederle la herencia era lo que menos me preocupaba; lo que peor llevaba era volver a verlo.

No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar él al verme y menos aún de cómo lo haría yo, pues desde que recibí la notificación de los abogados no había dejado de estar nerviosa y, cuanto más me acercaba a mi destino, más me temblaban las piernas.

Me quedé pasmada cuando salí y me encontré a Gia esperándome en el aeropuerto, pero no pude contenerme y salí corriendo a abrazarla. Era mucho lo que le debía a aquella mujer, ya que gracias a ella me había reconciliado con mi pasado.

Se me saltaron las lágrimas sin poder evitarlo mientras la abrazaba. Al separarnos comprobé que ella también estaba visiblemente emocionada.

Tardé unos instantes en percatarme de que Lorenzo se encontraba unos pasos detrás de ella.

—Lorenzo, qué alegría verte —dije acercándome a él.

—Igualmente, *bambina*.

Nos encaminamos los tres hasta el coche de Lorenzo. No tenía cita en el bufete de abogados hasta la tarde, por lo que Gia y Lorenzo me habían organizado el día y estaba encantada por ello.

Lorenzo se quedó con nosotras un rato, pero alegó que tenía cosas que hacer, así que nos dejó solas para la hora de comer.

Gia eligió un restaurante que insistió en que no podía perderme. Habíamos terminado de comer cuando me animé a decirle lo que ya le había comentado por teléfono, pero quería hacerlo cara a cara.

—Tengo que volver a darte las gracias por todo lo que has hecho por mí —dije alargando mi mano y cogiendo la suya.

—Ya te dije que no he hecho nada, solo contarte cosas que no sabías y que yo creía que debías saber.

—Pues gracias por eso.

—Julieta —tuvo un modo de cambiar de tema y de pronunciar mi nombre que me puso la piel de gallina—, no te lo he preguntado hasta ahora, pero es que ya no aguanto más; necesito saber por qué te marchaste.

Suspiré. Sabía que Gia no era la persona más indicada para desahogarme. ¡Era su madre, Joder! Pero es que se había convertido en mi mejor confidente.

—Si he de serte sincera...

—No espero otra cosa —me interrumpió sonriendo.

—Me he enamorado de Romeo y no quería que me hiciera daño. Está claro que él continúa queriendo a Paola y que solo estaba conmigo por estar y porque nos vimos metidos en un matrimonio que ninguno de los dos deseaba.

—Sí, es verdad que al principio fue una faena haceros pasar todo aquel tiempo juntos, pero terminaste enamorándote de él. Eso es maravilloso —comentó sonriendo.

—No, no lo es si no es correspondido. La realidad es que es una mierda —rebatí resoplando.

—Estás dando demasiadas cosas por supuestas —añadió con una enigmática sonrisa—. Y ahora será mejor que vayas al bufete o terminarás llegando tarde.

Di un brinco cuando miré la hora. Y no pude preguntarle a Gia a qué se refería con aquello, porque tenía razón: si no me daba prisa llegaría tarde.

48. La herencia

Romeo

Volver a verla fue como recibir un fuerte puñetazo en la boca del estómago. Me dejó sin respiración.

Aquel tiempo sin Julieta solo me había servido para reafirmar lo que ya sospechaba, y que no era más que me había acabado enamorando de mi mujer. Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que ella decidió marcharse y dejarme, por lo que estaba claro que sus sentimientos hacia mí no tenían nada que ver con los míos hacia ella. Lo único que no terminaba de entender era la facilidad con la que había renunciado a la herencia de Francesco, cuando parecía tan reacia a soltarla.

Saludó con un tímido «hola» en la entrada y se sentó junto a mí. Ni siquiera me dedicó una mirada, pero yo sí la observé a conciencia. Estaba tan guapa como siempre, a pesar de que detecté que debajo de sus ojos había unas sutiles ojeras. No iba vestida como la primera vez que la vi ni como lo hacía en el pueblo, sino una mezcla de las dos que la hacía parecer sexi y cómoda. Me obligué a mí mismo a retirar los ojos de ella cuando el abogado empezó a hablar. Antes de que pudiera continuar alcé una mano y dije:

—No hace falta que diga nada más. Yo renuncio a la herencia.

Julieta giró la cabeza de golpe y posó sus ojos en mí por primera vez desde que había entrado.

—¿¡Qué!? ¿¡Cómo!? No, claro que no —casi gritó Julieta poniéndose en pie.

—No quiero la herencia, es toda tuya.

—Pero yo me he ido, no aguanté un año, por lo que te pertenece a ti.

Aquella conversación podría durar años, si bien un carraspeo por parte del abogado hizo que nos calláramos los dos y fijáramos nuestras miradas en él.

—Nada de esto será necesario. El señor Francesco dejó una carta para cada uno de ustedes y pidió que se les entregara cuando vinieran a hacer efectivo el divorcio.

—¿Cómo? —respondimos a la vez.

El abogado ni siquiera nos respondió, simplemente nos tendió un sobre a cada uno donde estaba escrito nuestro nombre.

Miré el sobre, perplejo.

—Pero ¿por qué no nos los han entregado antes? —exigí con cierto enfado.

—Francesco dio unas instrucciones muy precisas de cómo llevar a cabo todos los pasos de su testamento, y esta era una de ellas —se excusó el abogado con cierto apuro.

Desconecté del mundo y me apresuré a abrir la carta que mi padre me había dejado.

Querido hijo:

Si estás leyendo esta carta es porque estoy criando malvas.

Voy a intentar ser breve. Sé que obligarte a casarte con Julieta ha debido de ser una putada para los dos, pero en mi fuero interno tenía la esperanza de que las dos personas que más quiero en el mundo acabaran juntas, illámame romántico! Pero si te han entregado esta misiva es porque algo no ha salido bien. Y desde luego que lo siento.

Porque Julieta puede llegar a ser muy cabezota, pero para la vida que ha llevado es una mujer íntegra y maravillosa. No es que lo sepa por lo mucho que la conozco, su madre no me dejó hacerlo cuando ella era pequeña y al crecer fue la propia Julieta la que se cerró en banda conmigo, pero soy un hombre de recursos y jamás he dejado de saber de ella.

Hijo, Julieta está muy sola, así que te pido por favor que no le hagas daño. Tú tienes a tu madre, que es una mujer maravillosa y con la que me arrepiento de haber hecho las cosas tan mal, pero esa es otra historia. Sin embargo, Julieta no tiene a nadie, por eso pensé que sería buena idea que terminarais juntos. Por eso y porque no puedes continuar escondiéndote de ti mismo. Lo que te hizo Paola fue una putada, pero ha llegado el momento de pasar página y de pensar en ti.

La herencia solo fue el único medio que se me ocurrió para uniros, pero no tenía pensado, ni mucho menos, dejaros a uno de los dos sin nada. Para ti será el negocio, puedes hacer lo que quieras con él, lo que sí te pido es que no dejes que te coma todas las horas del día, intenta vivir al máximo y disfrutar

de cada momento. También te dejo la mitad de las propiedades y del dinero. Con la mitad de mis bienes podréis vivir más que bien el resto de vuestras vidas.

Arreglado el asunto del dinero solo me queda decirte que te quiero muchísimo, que te has convertido en un hombre admirable y que no te imaginas lo orgulloso que estoy de ti.

Tu padre,

Francesco

Plegué la carta conteniendo las enormes ganas de llorar que sentía, o eso pensé, porque al notar la mano de Julieta sobre mi mejilla me di cuenta de que me estaba limpiando una lágrima.

Tuve unas inmensas ganas de agarrar esa mano, de acercarla a mí y de estampar mi boca con la suya, pero me contuve. No era el momento, no era el lugar y, sobre todo, no sabía si ella también lo deseaba.

49. ¿Te apetece tomar un café?

Julieta

Me entraron unas ganas inmensas de besarlo. Pero hacía tiempo que no lo veía y no sabía si había vuelto con Paola o, simplemente, si a él le apetece besarme.

La carta que me había escrito mi padre me dejó tocada. No fue la misma impresión que cuando leí las que guardaba mi madre, pero sí me emocionó.

A Romeo también, y no pude parar mi mano cuando esta se acercó a su cara para limpiarle la solitaria lágrima que le caía.

Ni siquiera pensé en que era una mujer rica, en que mi padre finalmente me había dado la mitad de la herencia, en lo enfadada que debería estar con él por haberme hecho pasar por todo aquello. Y no lo hice porque si no llega a montar aquel falso matrimonio jamás hubiera conocido a Romeo, y lo que era más importante: no me hubiera conocido a mí misma y la verdad sobre mis padres.

Después de aquello los abogados nos explicaron unas cuantas cosas a las que casi no atendí y una hora más tarde salimos del bufete y nos paramos en la puerta sin saber qué hacer o cómo despedirnos. Supongo que por eso me sorprendieron las palabras de Romeo.

—¿Te apetece tomar un café? —preguntó clavando sus ojos en los míos.

—Sí —respondí sin pensarlo en absoluto.

Nos encaminamos en silencio hacia una cafetería cercana y nos sentamos uno junto al otro. Una vez que pedimos, fue Romeo quien volvió a hablar.

—¿Qué has hecho estos meses? —se interesó, esbozando una pequeña sonrisa.

—Pues así, resumiéndolo mucho, he podido volver a mi antiguo puesto de trabajo y he alquilado un piso diminuto, poco más.

—¿Has tenido que volver al trabajo que no te gustaba? ¿Por qué?

El tiempo que estuvimos viviendo juntos le conté un poco por encima cómo era mi madre, aunque tampoco me explayé en la explicación.

—Porque lo necesito, no hay más.

—¿De verdad necesitas el dinero? Sé que Francesco te estuvo ingresando una buena cantidad incluso cuando dejaste de ser menor de edad y no le correspondía hacerlo.

—Sí, él jamás dejó de enviarme dinero. Nunca.

—¿Entonces? No es por meterme donde no me llaman, pero con lo que te daba podrías vivir mucho mejor de lo que lo haces.

—Lo haría si mi madre fuera de otra manera. Ella se gastó hasta el último euro que mi padre nos pasaba, por lo que no tenía nada.

—¿En serio?

—Y tan en serio. He tenido que dormir en casa de una compañera de trabajo hasta que he reunido el dinero suficiente para poder alquilar algo.

—Joder, siempre pensé que tendrías una pequeña fortuna.

—La podía haber tenido si mi madre no hubiese derrochado como lo hizo.

—Pero entonces hay una cosa que no entiendo, ¿por qué renunciaste a la herencia? ¿Por qué te marchaste?

No se me pasó por alto que la última pregunta la hizo con cierto dolor en su voz.

—¿Quieres la verdad?

—Por favor —me rogó.

Era una tontería no sincerarme con él. Ahora no teníamos que estar juntos por obligación ni por cobrar nada. La herencia se había repartido y si no queríamos no tendríamos que volver a vernos nunca más. Aquel pensamiento hizo que se me revolviera el estómago. Pero también me convenció sobre lo que iba a decirle.

Podría contestarle que estar en un pueblo tan pequeño me agobiaba y que necesitaba volver a mi país y a mi vida, pero los dos sabíamos que aquello sería mentira. Por eso, respiré hondo y me sinceré con él. Aunque más que sincerarme fue como tirarme al vacío sin paracaídas.

—Me he enamorado de ti. No sé ni cómo ni cuándo pasó porque te aseguro que me caías fatal, pero lo he hecho y no me apetece pasarlo mal. Tú tienes tu vida en el pueblo y lo entiendo, de verdad que sí. Además, ahora que ya nadie va a imponerte mi compañía, podrás rehacerla.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó perplejo.

—De Paola. Está claro que nunca has dejado de quererla.

—Julieta, Paola se marchó del pueblo una semana después de que tú te fueras.

Aquella confesión hizo que un calorcillo muy agradable se expandiera por mi cuerpo. Pero lo que acababa de confesar Romeo tampoco aclaraba nada.

—Que se haya ido no quiere decir que tú hayas dejado de quererla.

—Paola decidió marcharse en el mismo momento en el que le aseguré que jamás volvería a tener nada con ella.

Y aquello sí me dejó alucinada.

50. Este matrimonio ha tenido sus cosas buenas

Romeo

No podía creerme que todo aquello fuera por Paola. Pensé que Julieta no me quería, pero su confesión lo cambiaba todo, porque yo no podía obligar a nadie a que me quisiera; sin embargo, si Julieta estaba enamorada de mí no pensaba permitir que volviera a alejarse.

—Pero... tú... y ella...

Me hizo gracia que Julieta se quedara sin palabras. Ella, que parecía tener siempre réplica para todo, parecía tan sorprendida y estaba tan bonita que logré contener, a duras penas, las ganas de besarla.

—Deberías haber hablado conmigo antes de marcharte —la reprendí, y me mordí la lengua para no terminar la frase con un «y abandonarme».

—Quizá sí, pero tú tampoco pusiste las cosas fáciles. ¿O se te ha olvidado todo lo que le dijiste a tu madre? Te oí. A pesar de Paola, yo no podía quedarme en un lugar donde no querían que estuviera.

—Ya, lo que pasa es que yo sí te quería en mi casa. Desde que te has marchado nada es lo mismo. Echo de menos nuestras noches de cine, menos cuando te tocaba a ti elegir, aquello era un suplicio —bromeé—. Extraño verte por la mañana recién levantada y añoro dormir a tu lado.

—Sí, bueno, básicamente quieres una vida en pareja —añadió con cierto enfado.

—Sí, supongo que sí; el problema es que no quiero a una pareja cualquiera, te quiero a ti. Y con esto no quiero decir que te quiera solo para que me hagas compañía, a lo que me refiero es a que te amo. A que yo tampoco sé cómo ni cuándo ha pasado, pero estoy perdidamente enamorado de ti.

Sonreí cuando la vi tragar saliva y ya no pude aguantarme más. Agarré su cuello con una mano y la acerqué a mí para poder besarla como llevaba queriendo hacer desde que la vi entrar en el bufete.

Julieta respondió a mi beso con ganas. Por lo menos aquella fue su primera reacción, porque pocos segundos después noté cómo todo su cuerpo se tensaba y me aparté de ella al momento.

—¿Qué te pasa? —pregunté preocupado.

—Nada.

—Julieta...

—Pensaba en que los dos hemos recibido la mitad de la herencia y que ahora ya no hay nada que nos una. ¿Qué va a pasar con nosotros?

—Pasaré lo que queramos que pase. Empezamos esta relación por imposición, pero eso ya se ha terminado. ¿Qué quieres tú?

—Lo dices cómo si fuera fácil. Tú vives en Italia yo en España, nos separan un montón de kilómetros. No es sencillo mantener una relación así.

—Creo que te estás olvidando de un pequeñísimo detalle —respondí sonriendo.

—¿Cuál?

—Que ahora los dos somos ricos y yo no necesito trabajar de guía todos los días. Me gusta mi trabajo, disfruto mucho con él y, no voy a engañarte, me apasiona pasar tiempo en el pueblo y estar cerca de mi madre, pero Francesco me ha traspasado el negocio y podré trabajar en cualquier lugar.

—¿Me estás diciendo que estarías dispuesto a venirte conmigo?

—Había tanto asombro en su voz que me entraron ganas de abrazarla.

—Si a ti no te importa, te seguiré allí donde vayas —dije guiñándole un ojo.

—La verdad es que yo tenía un sueño, uno que pensé que no podría llevar a cabo después de renunciar a la herencia, pero ahora...

—Cuéntamelo —le pedí.

Durante la siguiente hora escuché sin perderme ni un solo detalle todo lo que Julieta deseaba y de pronto tuve unas enormes ganas de

que aquel sueño se hiciera realidad. Y, aunque sabía que debía de ser ella quien lo lograra, pensaba estar a su lado y apoyarla en todo lo que necesitara.

Y así, haciendo planes de futuro, fue como mi madre nos encontró en la terraza de aquel café.

—Hola. ¿Ya está todo arreglado?

—Más o menos —respondí sin apartar los ojos de Julieta.

—Al final ha salido bien y ninguno de los dos se queda sin nada, ¿eh? —dijo mi madre como si tal cosa.

—¿Lo sabías?! —pregunté incrédulo.

—Sí, quedé con Francesco un tiempo antes de que falleciera y me lo contó.

—Ya podías haberme dicho algo, ¿no te parece? —le reproché un poco mosqueado.

—Francesco me hizo prometerle que no lo haría, y no me gusta contradecir las últimas voluntades de nadie.

—¿Y te pareció buena idea obligarnos a casarnos?

—No, al principio no.

—¿Al principio?

—Reconocerás que este matrimonio ha tenido sus cosas buenas.

—Ah, ¿sí? —ironicé.

—Sí, porque gracias a eso Julieta ha entrado en nuestras vidas y tú has logrado deshacerte de Paola, que no es poco. —Mi madre había intentado que sonara a broma, pero yo sabía que lo decía de verdad. Paola nunca le había gustado demasiado. No como Julieta, que había momentos que parecía quererla más que a mí. Sonreí ante ese pensamiento porque me encantaba que se llevaran bien—. Pues venga, si ya os habéis puesto al día regresemos al pueblo, que he dejado la comida hecha.

Miré a Julieta, que lucía una enorme sonrisa, y le tendí la mano para que se levantara y se viniera conmigo. Cuando la cogió y la apretó con fuerza supe que había tomado la decisión de que, independientemente de lo que hiciéramos o dónde fuéramos, estaríamos juntos.

No pude resistirme a tirar de ella y volver a besarla.

51. Romeo Montesco y Julieta Capuleto

Julieta

Seguí a Romeo como si estuviera en una nube. Aún me costaba creer que él también me quisiera. Porque, si era así, había hecho el imbécil los últimos meses de mi vida. ¿Quién me mandaba a mí a ser tan cabezota y marcharme de allí sin hablar con él primero? Qué diferente habría sido todo si no me hubiera comportado de manera tan impulsiva.

En fin, que el mal ya estaba hecho, lo importante era que me quería y que yo estaba tan feliz que solo tenía ganas de gritar. Y de estar a solas con él, eso también. Aunque, para que aquello pasara, primero tuvimos que comer con Gia y, a pesar de que siempre disfrutaba con su compañía y de que la había echado mucho de menos, no podía pensar en otra cosa que en besar a Romeo —en besarlo y en mucho más, ya me entendéis—.

Creo que Romeo estaba igual que yo, porque se comió el plato de macarrones en tres bocados, cosa que hizo que su madre riera entre dientes.

—¿Está buena la pasta? —preguntó Gia clavando los ojos en su hijo.

—Ajá —respondió este con la boca llena.

—Pero si ni siquiera debes de haberte dado cuenta del sabor que tiene. La estás engullendo.

—Es precisamente por lo buena que está —añadió Romeo mirándome a mí.

—Sí, ya, claro. Anda, largaos ya, que parece que os esté reteniendo en contra de vuestra voluntad.

—No es eso... —intenté excusarme, porque me sabía fatal.

—Chicos, no nací ayer. Sé perfectamente lo que es. Adiós. Adiós —nos fue diciendo mientras nos arrastraba hacia la puerta, aunque

no tuvo que insistir mucho, la verdad.

Cuando nos vimos en el rellano, Romeo me cogió de la mano y salió corriendo por las escaleras hasta llegar a su casa.

Me daba la sensación de que tenía las mismas ganas que yo de que estuviéramos a solas. Tantas ganas que no fuimos capaces de llegar a la habitación.

Ya era casi entrada la noche cuando logramos levantarnos de la cama, y no porque nos apeteciera, sino porque no habíamos comido mucho y teníamos hambre.

Entré en la cocina y me puse a rebuscar en los armarios. Estaban incluso más vacíos que el día que llegué.

—¿Tú nunca compras o qué? —pregunté girándome hacia él con los brazos en jarras.

—Desde que te fuiste he intentado estar lo menos posible por aquí. Todo me recordaba a ti.

Su confesión me enterneció y me acerqué a besarlo. Quería darle un beso suave, pero no tardó demasiado en volverse mucho más intenso y cuando Romeo agarró mis nalgas con fuerza decidí apartar mis labios de los suyos porque, si continuábamos con aquel beso, terminaríamos por no comer. Así que, por más que me costó, me alejé de él y abrí la nevera para sacar un par de cosas y hacer lo que pudiera con ellas.

Romeo puso la mesa y al terminar se acercó a mí y me tomó por la espalda, situó su boca en mi oreja y me susurró algo.

—No sabes lo contento que estoy de volver a tenerte aquí. Te quiero, Julieta Capuleto —bromeó.

—Y yo a ti, Romeo Montesco —le seguí la broma.

Ese día cenamos pasada la medianoche. Aunque no seré yo quien se queje. Volvía a tener a Romeo entre mis brazos y parecía que lo nuestro no terminaría cuando saliera el sol.

Y no lo hizo.

Epílogo

Gia

Diez años después

Llevaba un buen rato esperando a que llegaran y como siempre me podían los nervios.

—Cualquiera diría que hace mucho que no los ves —dijo Lorenzo abrazándome por la cintura.

Tenía razón, hacía apenas unas semanas que había ido a visitarlos a España, pero los veranos eran tan distintos... Porque durante los meses de buen tiempo Romeo, Julieta y el pequeño Francesco se instalaban en el que había sido el piso de Romeo y podía verlos mucho más que el resto del año.

Mi hijo heredó el negocio de Francesco, pero delegó casi todo el trabajo en la persona de confianza que eligió, de aquella manera le robaba poco tiempo. El resto lo invertía en ayudar a Julieta con su colegio y en pasar tiempo con su familia.

Julieta hizo realidad su sueño y pudo abrir la escuela que tanto ansiaba. Los primeros años se encargó ella misma de dirigirla, pero después llegó a la conclusión de que no podía pasarse el día entero fuera de casa y reunió a un equipo de confianza, de manera que entre todos llevaban la dirección de aquel colegio que empezaba a sonar como uno de los mejores del momento por su innovadora educación.

Mi nuera y su madre habían establecido una especie de tregua. Julieta le compró una casa, pero le aseguró que sería lo único que haría por ella y que si quería vivir bien tendría que trabajar. Y cumplió su palabra.

Mi nieto Francesco tenía cinco años y nos había robado el corazón a todos desde el mismo instante en el que llegó. Era un crío despierto y peculiar, con unos intereses que no dejaban de sorprendernos.

Y yo no podía ser más feliz de lo que era. Lorenzo y yo nos habíamos casado hacía ya siete años y nuestra relación funcionó muy bien desde el primer momento. Con eso no quiero decir que no tuviéramos nuestros más y nuestros menos. El problema de haber vivido tantos años solos era que nos costó habituarnos a volver a convivir con alguien. Sin embargo, quitando algún que otro enfado, casarme con él había sido la mejor decisión que tomé en muchos años, y más porque lo hice por mí, sin pensar en nadie más.

Unos golpes en la puerta nos avisaron de que ya estaban allí. Di un pequeño grito y corrí a abrir. Lorenzo rio con ganas ante mi entusiasmo.

En cuanto la puerta se desplazó un poco alguien la abrió de golpe, haciendo que me apartara de un salto.

Vi a Julieta correr hacia el baño y miré a Romeo con preocupación, pero no fue este el que me sacó de dudas.

—*Nonna*, mamá se encuentra mal porque se ha comido a mi hermanito y ahora le molesta la barriga.

Necesité unos momentos para asimilar lo que mi nieto me decía.

—Fran, pero ¿no dijimos que sería una sorpresa y que íbamos a decírselo nosotros? —intervino Romeo poniéndose a su altura, aunque sin poder ocultar la sonrisa.

—Ya, es que mamá ha fastidiado la sorpresa —resolvió Francesco con soltura.

En cuanto fui capaz de reaccionar me abalancé hacia Romeo y lo abracé con fuerza.

—Una nieta, ¡ay, por favor, qué alegría! —exclamé achuchando con fuerza a mi hijo.

—Mamá, aún no sabemos si es niño o niña.

—Va a ser una niña, no seas aguafiestas —protesté dándole un pequeño golpe en el hombro.

Esperamos a que Julieta se encontrara mejor y cuando estuvo repuesta nos sentamos a comer. Yo le preparé lo que a ella le apeteció, a la pobre aún le costaba dejarse cuidar, pero entre Romeo y yo estábamos consiguiendo que hiciera grandes avances.

Mi vida había sido difícil y tuve momentos especialmente duros, pero en aquellos momentos, rodeada por mi familia, sabía que valió la pena cada uno de ellos.

Llené mi copa de vino y sin que nadie se percatara brindé yo sola por Francesco. Le di las gracias por aquel plan que yo no vi claro, pero que había salido a la perfección. Y es que aquel matrimonio que empezó siendo imposible se había convertido en uno muy muy feliz.

Nota de la autora

Roma siempre será una de mis ciudades favoritas. Tuve la suerte de visitarla mientras estaba escribiendo esta novela y de probar de primera mano algunos de los dulces que salen en ella. Aunque me quedé con las ganas de ir a Gimignano. Otra vez será.

Esta obra es independiente y no tiene continuación.

Ahora estoy inmersa en otro proyecto que nada tiene que ver con este.

Si queréis saber más de mí y de mis personajes, podéis encontrarme en:

Instagram: @tamaramarin04

Twitter: @tamaramarin04

Facebook: Tamara Marín o Tamara Marín Autora.

Agradecimientos

A mi madre, porque además del amor por los libros también me transmitió el placer de viajar, algo que me apasiona y que hago siempre que puedo. Porque eso es lo que vamos a llevarnos.

A mis hijas, porque me ayudáis y me enseñáis a que sea mejor madre y persona cada día.

A mi pareja, por su apoyo incondicional.

A mi hermano, porque es el mejor compañero de viajes. Ojalá podamos continuar escapándonos juntos. A cualquier sitio.

A mi padre, por darme la mejor infancia que una hija puede tener.

A Yanira, porque te has convertido en mi compañera de letras, en todos los sentidos. Por muchos momentos más juntas.

A Rubric, una vez más, gracias por TODO.

A Taira, por acompañarme, animarme y apoyarme siempre.

A Tessa, por aguantarme y por compartir conmigo tantas cosas.

A Nerea, porque trabajar contigo es tan fácil que da gusto. Por muchas portadas más.

A Taira y Evelyn, mis lectoras cero. Gracias por todas vuestras aportaciones y sugerencias.

A Rocío, por todo lo que me aportas y me enseñas.

A mis lectoras, gracias a las que me habéis seguido hasta aquí, a las que me empezasteis a leer más tarde o las que me descubriste con esta novela.

Deseo que hayáis disfrutado con esta historia.

Música

Ya sabéis que mi relación con la música cuando estoy sumergida en la creación de un libro es complicada. No puedo concentrarme si la oigo mientras escribo. Sin embargo, si una canción me recuerda a alguno de mis protagonistas, la escucho en bucle en cualquier momento.

En esta ocasión las canciones que me han acompañado han sido:

Porque queramos vernos, cantada por Vanesa Martín y Alejandro Sanz.

Y no podía faltar una italiana que se me ha pegado durante más tiempo del que hubiera querido:

Sarà perché ti amo, de Ricchi e Poveri.

Otras obras de Tamara Marín

Lucía es una profesora de treinta años. Siempre ha sido extrovertida y ha tenido un fuerte carácter, por eso se dice a ella misma que, si ha sido capaz de superar encontrarse a su marido, en su propia cama, con otra, ese tal Lucas no podrá con ella.

¿Pero cómo se van a hacer pasar por pareja si no se tragan?

¿Quién ganará la apuesta?

¿Qué sucede con Sergio?

Y, lo que es más importante, ¿será Lucía capaz de dejarse llevar y hacer que ocurra?

•

•



Olivia es una doctora que no ha tenido una vida fácil. Lo ha pasado muy mal en el amor y tiene el corazón blindado.

Ella no es ninguna princesa y no necesita que nadie la salve. Puede con todo.

Hugo es un policía paciente y cabezota, con un sentido de la protección demasiado arraigado.

¿Será Hugo capaz de llegar al corazón de Olivia?

¿Encontrará Olivia la capacidad de amar?

¿Conseguirán Hugo y Olivia dejar atrás sus miedos?

.

.



María tiene una familia que la quiere, una pareja y un buen trabajo. Es la chica perfecta, con la vida perfecta, pero algo en ella se rebela ante tanta perfección. Tendrá que aprender que para querer a alguien primero tiene que quererse a ella misma.

Álex es una persona paciente, que tiene muy claro lo que quiere y no duda en luchar por conseguirlo.

¿Podrá María deshacerse de esa sensación de vacío?

¿Por qué los dos tienen la impresión de que les falta algo?

¿Serán capaces de enamorarse, o tal vez nunca han dejado de estarlo?

·
·



Alba ha tenido una infancia muy dura que le ha hecho no creer en el amor y no querer comprometerse con nadie, bajo ningún concepto. Ella no es de nadie. Tiene suficiente con su floristería, sus amigas y algún ligue de vez en cuando.

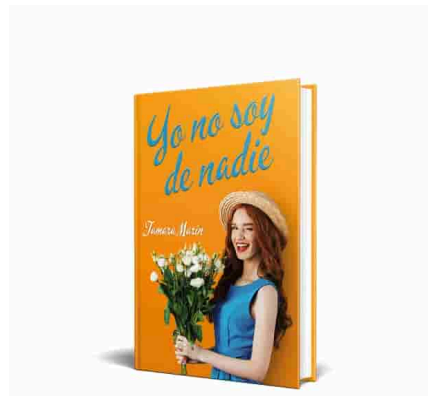
Mario es un hombre con un carácter fuerte y seguro de sí mismo. Solo hay una persona que consigue sacar lo peor de él. Una pelirroja llamada Alba.

¿Serán capaces de dejar a un lado la aversión que sienten el uno por el otro?

¿Podrá Alba superar su alergia al compromiso?

¿Qué pasará entre ellos para que no tengan más remedio que seguir viéndose?

.



Eli es una educadora infantil de veintitrés años, joven e impulsiva. Le encantan los tatuajes, los piercings y la velocidad, no necesariamente en ese orden.

Ella vive «despeinada» y le importa bien poco lo que la gente opine.

Max es un bombero de treinta y cuatro años; serio, organizado, meticulado y le gustan las mujeres parecidas a él.

¿Conseguirá Max apartar a un lado sus prejuicios?

¿Podrá Eli estar con un hombre tan opuesto a ella?

¿Serán capaces de dejar atrás sus diferencias?

•
•



Lo que más le gusta en el mundo a Julia son los dulces, por ese motivo se dedica a hacerlos.

Es una mujer independiente y con carácter, hasta que algo hace que eso cambie.

Tocará fondo con su última pareja, por lo que no querrá depender nunca más de nadie, y mucho menos enamorarse.

Marcos es un hombre seguro de sí mismo y algo gruñón. Después de vivir una dura experiencia, se prometió no volver a entregar su corazón a nadie. Tiene suficiente con su restaurante y sus relaciones esporádicas.

¿Logrará averiguar Marcos quién es esa chica que guarda tantos secretos?

¿Podrá Julia salir del bache en el que se encuentra?

¿Conseguirá Marcos reconciliarse con su pasado?

¿Serán capaces de sanar sus corazones rotos?

.



La vida de Nix es como la de cualquier otra persona hasta que, después de un accidente de coche, todo cambia.

Diego es el jefe de una de las casas de El Círculo, una organización que la adentrará en un mundo totalmente nuevo para ella. Allí convivirá con Áurea, Tyr y Eros, entre otros.

Junto a ellos penetrará en el oscuro mundo de los lùth y verá por primera vez a Ares, quien cambiará su vida para siempre.

Pero lo más importante es que gracias a sus compañeros y a El Círculo conseguirá conocerse a ella misma, sabrá cuáles son sus límites y hasta dónde pueden llegar sus «capacidades».

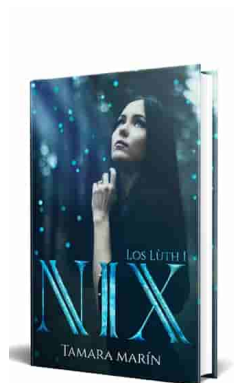
¿Quiénes son los lùth?

¿Podrá Nix derrotarlos?

¿Serán capaces Nix y Ares de compartir su amor sin salir heridos?

¿O preferirá Nix el amor de Eros?

·
·



Anjana proviene de una familia adinerada y tiene un coeficiente intelectual muy superior a la media. Sin embargo, hay algo que siempre le ha preocupado: su necesidad de energía.

Tyr es miembro de El Círculo y está deseando conocerla, aunque la primera impresión no es demasiado buena.

Ella llegará a la casa sin estar conforme, pero no podrá resistirse a lo que Diego le ofrece.

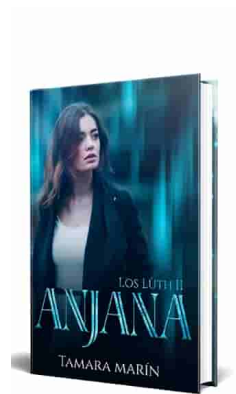
¿Qué se trae Anjana entre manos?

¿Encontrará Tyr en ella a la pareja que tanto anhela?

¿Serán capaces de acabar con la amenaza que los acecha?

El esperado desenlace de la saga Los lùth ya está aquí. ¿Te lo vas a perder?

.



Taira tiene veintiocho años, es taxista y le encanta su trabajo. Lleva media vida con Pablo, pero ya no aguanta más.

Después de tantos años sin tener una cita, la palabra Tinder le suena a chino. Aunque contará con la ayuda de su nuevo compañero de piso.

A Nico le encanta viajar y se ha pasado los últimos doce años de ciudad en ciudad. Pero, ante una inesperada llamada, deberá regresar al que era su pueblo y hacerse cargo del taller de su padre. Y es justo allí donde se reencontrará con quien lo hacía suspirar de adolescente.

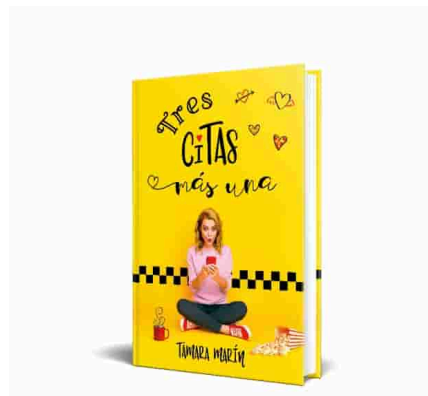
¿Será Taira capaz de recuperar el tiempo perdido?

¿Podrá Nico asentarse en su antiguo barrio y dejar de huir?

¿Lograrán superar todos los obstáculos?

.

.



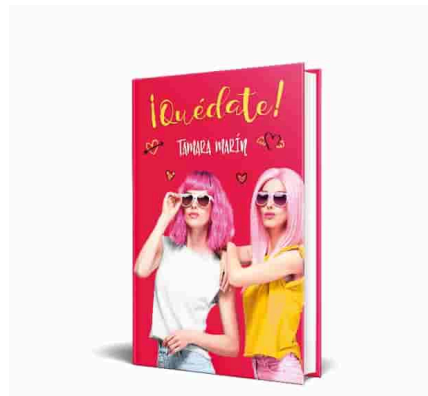
Alma ha tenido mellizos y está sobrepasada, así que cree que lo mejor es separarse de Víctor, su marido y padre de sus hijos. Pero se percata rápidamente de que esa no es la mejor solución y se arrepiente casi en el mismo instante de tomarla.

Víctor acata la decisión de Alma sin inmutarse. Y concluye que lo mejor es rehacer su vida junto a otra persona. No cuenta con que los sentimientos que aún alberga por Alma lo asaltarán a cada instante.

Carlota trabaja para Manu y lo último que quiere y necesita es empezar una relación con un hombre como su jefe.

Manu dirige un local de copas y es un mujeriego empedernido. No entiende qué tiene Carlota para que se sienta tan atraído por ella.

.



Emma tiene veintisiete años, es optimista, alegre y siempre intenta ver la parte buena de las cosas. Pero está pasando por el peor momento de su vida, por lo que decide huir de todo e irse a casa de su abuela, en un lugar perdido.

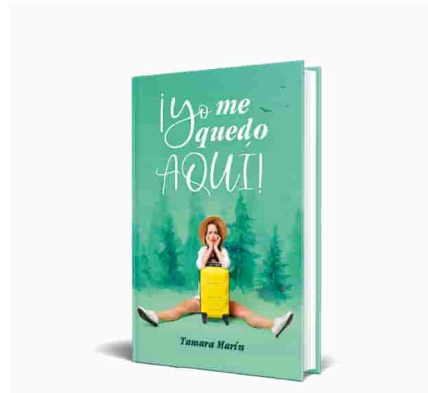
Gabriel dejó un trabajo que le entusiasmaba para hacerse cargo del negocio familiar, una pequeña casa rural, en un remoto pueblo de escasos habitantes.

¿Será capaz Emma de vivir allí o preferirá la ciudad?

¿Logrará Gabriel acercarse a ella sin salir herido?

¿Qué harán para cambiar sus vidas?

•
•



Nani y Toni se reencuentran después de unos cuantos años separados.

¿Será suficiente el amor que se profesan para que lo suyo funcione?

¿Lograrán perdonarse y empezar de cero?

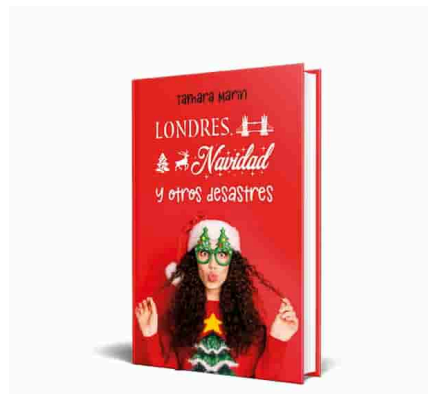
¿Podrá la magia de la Navidad volver a unirlos?

Este no es un típico cuento de Navidad. A su protagonista no le entusiasma en exceso esta época del año y por eso decide marcharse a Londres. ¡Grave error! Cómo acaba vestida de elfo y entregándole una carta a Santa Claus son cosas que ni ella misma entiende.

¿Quieres averiguarlo? Pues no te quedará más remedio que leer este relato.

.

.



Brooke vive en un pequeño estudio situado en un bonito barrio de Nueva York. Tiene un buen empleo y una vida bastante tranquila.

Sin embargo, esa calma se ve interrumpida cuando la despiden. Brooke deberá encontrar un trabajo con urgencia, aunque lo último que imagina es que acabará haciéndolo de cocinera, para un famoso jugador de la NBA.

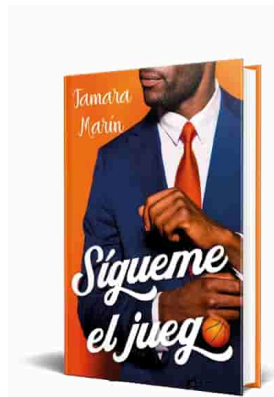
Dan necesita con premura alguien que se haga cargo de su cocina si quiere continuar manteniéndose en forma. El único problema es que pide un montón de requisitos para ese puesto, como que la persona elegida sepa cocinar tortilla de patata y que él no sienta por ella ningún tipo de atracción sexual.

¿Conseguirá Brooke hacer frente a sus inseguridades?

¿Podrá Dan confiar en Brooke?

¿Serán capaces de superar las diferencias que los separan?

•
•



Jake es el mejor representante de Nueva York. Es frío, despiadado y jamás se deja dominar por ningún sentimiento. Por algo lo llaman el Depredador.

Sin embargo, es feliz con todo lo que ha conseguido. Le ha costado mucho, y más teniendo en cuenta sus orígenes.

Liz es una periodista ingenua y dulce que se mudó de un pequeño pueblo de Wisconsin a la Gran Manzana, haciendo realidad su sueño.

Por eso no puede consentir que Jake lo haga todo pedazos. Pero poco a poco se dará cuenta de que él tiene mucho más poder en esa ciudad de lo que ella creía.

¿Qué puede unir a dos personas tan diferentes?

Si crees que esta es la típica novela en la que el tipo duro salva a la inocente chica, es que no me conoces.

.

.



Kate era una estupenda actriz, pero algo truncó su carrera de manera inesperada. Después de estar muchos años apartada de los focos, le ofrecen un papel que no puede rechazar. Sin embargo, una de las cláusulas hace que no le resulte tan fácil decir que sí.

Luke es un actor de películas de acción que se ve arrastrado a grabar un filme romántico. A pesar de que la idea no le entusiasma, decide aceptarla.

¿Podrá Kate regresar a ese mundo sin salir dañada?

¿Conseguirá Luke terminar el rodaje sin sentir nada por Kate?

¿Serán capaces de aceptar las cláusulas?

Lo que no sabe ninguno de los dos es que el rodaje de esa película cambiará sus vidas para siempre. Porque ¿y si lo suyo es un amor de película?

.

.



Por casualidades de la vida, Victoria tendrá que cenar con un famoso cantante que jamás le ha gustado. Odia lo prepotente y egocéntrico que se muestra y lo que de verdad le gustaría sería que se fuera con la música a otra parte.

Leo es un cantante de éxito que lo último que espera encontrarse, en la cena que le han preparado, es a alguien como Victoria. Por ello moverá todos los hilos que hagan falta para que sea su acompañante en la gira que está a punto de comenzar.

Pero esta no es solo su historia. También es la de Aitana y Darío, el hermano mayor de Victoria, que no sabrá lo que tiene hasta que sea demasiado tarde. O tal vez no...

Una novela que nos habla de la familia; de cinco hermanos y de cómo los sentimientos pueden cambiar sin apenas darnos cuenta.

.



Jimena es una influencer de moda que empieza a recibir anónimos. No le da mayor importancia hasta que se da cuenta de quién puede estar detrás.

Héctor es el jefe de seguridad de Leo, pero Jimena le pide ayuda y él decide dejarlo todo para hacerse cargo de su protección.

Ella esconde un montón de secretos y él está dispuesto a descubrir cada uno de ellos.

Aunque no es solo su historia. También es la de Rocío, que, a pesar de llevar media vida enamorada de José, intentará seguir adelante, pues lo suyo es imposible.

Y la de José, que no es capaz de avanzar porque, a cada paso que da, el amor que siente por Rocío se lo impide.

Esta es una novela sobre la familia, pero sobre todo nos habla del amor y de la amistad. Es la historia de cinco hermanos y de cómo los sentimientos pueden cambiar sin apenas darnos cuenta.



Charlotte no ha tenido una vida fácil, y parece que esto no hace más que empeorar.

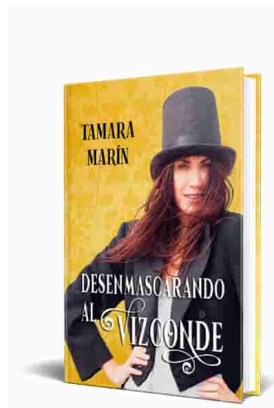
Por circunstancias de la vida acabará siendo más libre e independiente que el resto de las mujeres, sin embargo, el precio que deberá pagar por ello será elevado.

El conde de Devon hace su esperado regreso a Londres con un único objetivo en mente: casarse, tal y como le prometió a su padre.

¿Qué los llevará a pasar tiempo juntos?

¿Conseguirá el conde descubrir todos los secretos que esconde Charlotte?

¿Logrará olvidar aquello que siempre aseguró que no estaba dispuesto a perdonar?



A Arlet la han ascendido en el periódico donde trabaja. Hasta ahí todo bien, si no fuera porque el ascenso es en la sede principal, a muchos kilómetros de donde vive, y porque le han asignado la sección de moda, cuando ella no diferencia un escote barco de un palabra de honor.

Jon está al mando del periódico desde que su padre se jubilara. Es una persona responsable y metódica que intenta ajustarse a lo que todos esperan de él. Por eso no entiende qué le pasa cuando esa mujer, vestida con unos malditos tejanos, irrumpe en su vida y en su trabajo poniéndolo todo patas arriba.

¿Por qué motivo dos personas tan diferentes terminan convirtiéndose en amantes?

¿Serán capaces de controlar el inmenso deseo que sienten el uno por el otro?

¿Podrá Arlet dejar a un lado su pasado y entregarse por completo a él?

¿Logrará Jon averiguar cuál es el motivo por el que ella se comporta de una manera tan distante?



Lola ha aprendido desde muy pequeña a ser fuerte e independiente.

Trabajar como subinspectora en la comisaría donde su padre es el jefe ha reforzado esos rasgos de su carácter.

Ella solo quiere a los hombres para una cosa, y así le va muy bien, hasta que lo conoce a él.

Cuando Nacho se incorpora a su nuevo destino laboral, lo último que espera es encontrarse allí a Lola, la mujer con la que se había acostado la noche anterior.

Además, aún no saben que les tocará colaborar en un complicado caso, con mafia rusa incluida.

¿Logrará Lola dejar atrás todas sus convicciones?

¿Podrá trabajar Nacho con ella, apartando sus sentimientos?

¿Conseguirán salir ilesos de este caso?



El mismo día que dio a luz, a Elena la abandonó su pareja, que también era el padre de la niña que acababa de nacer. Desde entonces se ha convertido en una mujer disciplinada, metódica, inflexible y con una vida tremendamente ordenada y muy aburrida.

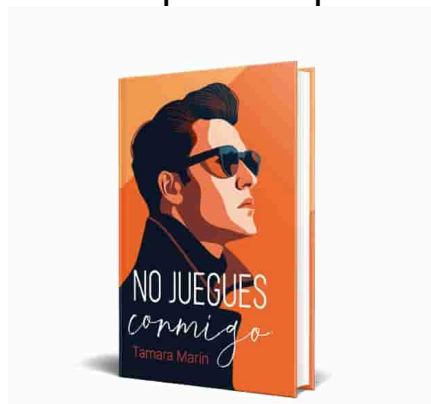
Asier es un jugador de fútbol al que su hermana y su entrenador ponen un ultimátum, pues no es la primera vez que tienen que pagar una fianza para sacarlo de la cárcel.

Elena es la abogada de Asier, aunque también se convertirá en la persona encargada de que este no vuelva a hacer nada que lo lleve a prisión.

¿Podrá Elena encauzar la vida de Asier?

¿O tal vez será Asier quien ponga patas arriba la vida de Elena?

¿Encontrarán en el otro el equilibrio que ambos necesitan?



Tras una fatídica lesión, la vida de Lupe ha dado un giro inesperado. Tendrá que reinventarse para poder seguir adelante. Aunque no estará sola, pues contará con la ayuda de su médico.

Hace mucho tiempo que Mateo piensa que el amor solo trae complicaciones, por lo que vive dividido entre su trabajo y su hija.

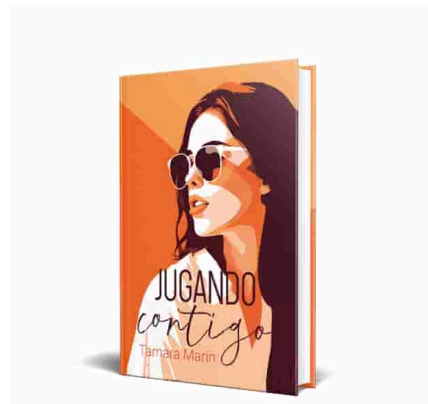
Lupe es una jugadora de fútbol con aspecto de chica dura. Mateo es doctor y padre de familia. La primera impresión es que no tienen nada en común. Sin embargo, entre ellos surgirá una inesperada amistad.

Una amistad que les hará replantearse un montón de cosas.

¿Podrá Lupe recuperarse de todo lo que la vida le tiene preparado?

¿Logrará Mateo volver a confiar en el amor?

¿Serán capaces de dejar a un lado su amistad cuando la atracción surja entre ellos?



Obligada por sus padres, Vera tiene que pasar el verano con su tía, a la que apenas conoce.

A Clara no le hace ninguna gracia que su hermana casi le imponga instalar a Vera en su casa durante tres meses.

Sin embargo, con cada verano que pasan juntas su relación se estrecha, gracias, en parte, a los libros.

Adrián tiene una vida difícil y la aparición de Vera solo conseguirá complicarla aún más.

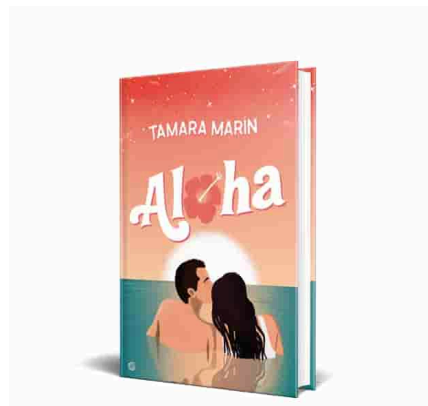
Iván es amigo de Clara y su socio en el Aloha. Lleva casi toda la vida enamorado de ella, aunque la propia Clara no se haya dado cuenta.

Unos cuantos veranos, un pueblo costero y distintas clases de amor.

¿Lograrán Vera y Adrián dejar a un lado todo lo que los separa?

¿Podrán Clara e Iván traspasar la línea de la amistad?

¿Conseguirá el Aloha unirlos a todos?



Desde que se ven por primera vez, Ismael y Cloe deberán lidiar con infinidad de mentiras y malentendidos.

Cloe no está dispuesta a dejarse seducir por un mujeriego empedernido y hará todo lo posible por evitarlo.

Ismael no entiende qué tiene esa chica de aspecto dulce para querer romper todas sus reglas con ella.

Cloe no sabe que Ismael es policía.

Ismael no sabe que Cloe será su perdición.

Dos policías, un nuevo caso y una investigación en la que nada es lo que parece.

¿Lograrán resolverlo?

¿Serán capaces de hacerlo sin resultar heridos?

Y, lo más importante, ¿qué harán con lo que sienten el uno por el otro?

